



*Yvonne
Amaral
Pereira*

**EL CABALLERO
DE NUMIERS**

Yvonne A. Pereira

**EL CABALLERO
DE NUMIERS**

Novela de la misma serie de:

EN LAS VORÁGINES DEL PECADO

y

EL DRAMA DE LA BRETAÑA

Por el Espíritu Charles

ÍNDICE

Al lector	7
Prólogo - Una reunión espiritual	9
PRIMERA PARTE LA BASTARDA DE STAINESBURG	
Capítulo 1 Amor espiritual	17
Capítulo 2 Henri Numiers	27
Capítulo 3 La bastarda de Stainesburg	31
Capítulo 4 Se traza un destino	37
Capítulo 5 Berthe de Sourmeville	43
Capítulo 6 El futuro obsesor	51
SEGUNDA PARTE LA OVEJA REBELDE	
Capítulo 1 Once años después	61
Capítulo 2 Vuelta al pasado	67
Capítulo 3 Deudas	73
Capítulo 4 Tentativas salvadoras	81
Capítulo 5 La fuga	87

TERCERA PARTE UN CORAZÓN TORTURADO

Capítulo 1 El campesino soldado	95
Capítulo 2 Los esposos	103
Capítulo 3 La intrigante del siglo XVI	113
Capítulo 4 Henri es transformado en un fante	117
Capítulo 5 El error supremo	123

CUARTA PARTE UN ALMA SIN PAZ

Capítulo 1 El suicida	135
Capítulo 2 El bálsamo celeste	143
Capítulo 3 Henri comprende que fue vengado por el orden natural de las cosas	149
Capítulo 4 Donde se ve que no siempre se está sólo	157
Capítulo 5 La perla de Bruges	167
Capítulo 6 Donde se ve que la astucia vence a la fuerza	173

QUINTA PARTE EN EL MUNDO REAL

Capítulo 1 El antiguo hogar	185
Capítulo 2 Ocaso	191
Capítulo 3 El despertar	197
Capítulo 4 Las primeras lecciones	207
Capítulo 5 Preparativos	215
Epílogo - La Vuelta	221

AL LECTOR

Como el "Drama de la Bretaña", este nuevo romance me fue dictado desde Mundo Espiritual hace cuarenta años. Su primitivo autor fue, igualmente, la entidad espiritual que se llamaba Roberto de Canalejas. Pero, como quedó dicho, esa entidad se despidió para reencarnar, y el libro quedó inacabado e imperfecto. Durante todo ese tiempo lo tuve archivado, y jamás imaginé que un día se concluiría. Muchas veces tuve la tentación de quemarlo, con el fin de desocupar cajones que me eran necesarios, pero me contuve, esperando el futuro. Lo escribí en mi juventud, para concluirlo ya con los cabellos blancos.

Como vemos, la serie que comprende "En las vorágines del Pecado", "El Caballero de Numiers" y "El Drama de la Bretaña", fue dictada de atrás hacia delante, pues el último libro de la serie fue, justamente, el primero en escribirse, es decir, "El Drama de la Bretaña". En los días presentes, al recibir la orden de concluir el trabajo, me sorprendí al verificar que se trataba de la continuación del romance "En las Vorágines del Pecado", obtenido desde el Espacio en 1957-1958, por tanto, el primero de la serie. A la entidad Charles, amado amigo del Plano Espiritual, debo la conclusión y la revisión del presente volumen. Si no fuera por su paciencia de iluminado y la buena voluntad en aprovechar páginas que tantos sacrificios costaron a Roberto de Canalejas y a mí, seguramente, se perderían esas advertencias doctrinarias que - ¿quién sabe? - podrán ser útiles a quien las lea. Siendo así, no tengo duda en dar la autoría de un libro más a la entidad Charles. Roberto la esbozó, dejándola inacabada. Charles la organizó, la redirigió y la concluyó.

Que el lector la acepte con simpatía, es mi deseo.

Río de Janeiro, 5 de septiembre de 1972.

YVONNE A. PEREIRA. .

Prólogo. Una reunión espiritual.

Penalizado con el drama al que yo pudiera asistir investigando, por gracia de Dios, las vibraciones de la luz que rodean a la aldea de Saint-Omer, en la provincia francesa de la Bretaña, rogué al Todopoderoso me permitiese investigar también sus causas remotas, ocurridas en Flandes Occidental. No me sería fácil el trabajo. Extraer del ambiente etérico de una localidad los episodios ocurridos en sus escenarios y en ella fotografiados es una tarea delicada, exhaustiva. Pero pensé:

- ¿Quién sabe si de esa exhaustiva labor no resultarían lecciones instructivas para mí mismo o para otros?

Me dirigí, pues, a Flandes Occidental. Puso en acción las potencias sagradas de mi alma. Levanté el ánimo de la propia voluntad, y comencé a investigar las vibraciones turbulentas y confusas de aquel rincón de la Tierra.

Yo fui informado por la acción del propio Arnaldo Numiers, obsesor de Andrea de Guzmán, de que los hechos unidos, en el pasado, a él mismo, a su hijo Henri y a Andrea, se habían desarrollado en las proximidades de Brujas, ciudad marítima, vieja capital de Flandes Occidental, y cuyos escenarios fueron las aldeas de Stainesburg, y de Numiers, allá por el siglo XVII. Me sería necesario, por tanto, borrar, con las fuerzas de mi pensamiento y de mi voluntad, cerca de tres siglos de vibraciones colocadas en los ambientes de Brujas y sus localidades vecinas, pues, en verdad, fue al principio del siglo XX que yo tuve la posibilidad de conocer el drama ocurrido en la Bretaña, al término del siglo XIX. Me dirigí, pues, hacia aquella provincia flamenca, prefiriendo planear por la orilla marítima... y fue lo siguiente lo que pude descubrir en su ambiente etérico, es decir, los hechos que dieron lugar a los tristes

acontecimientos verificados con la familia de Guzmán, en la aldea de Saint-Omer, en la vieja e inolvidable Bretaña.

Por la segunda mitad del siglo XVIII, hubo una reunión de mentores espirituales en los alrededores atmosféricos de Flandes Occidental. Bajaron de la región espiritual en la que habitaban, a fin de favorecer el retorno al plano terráqueo de ciertas individualidades necesitadas de una nueva etapa reencarnatoria, con la finalidad de confirmar resoluciones tomadas durante el aprendizaje espiritual, y nuevas tentativas de progreso.

Esa falange en tránsito entre el Espacio y la Tierra, desde los tiempos de Roma, provenía, ahora, de la Francia del siglo XVI. Mucho se había interesado por Francia desde la Edad Media, a cuyo progreso ayudó con su propio trabajo en el sector que le competía. Tal falange se componía de una numerosa familia de Espíritus afines, y que, desde los días de Roma, encarnaban en conjunto, fieles a un sentimiento de amor que rayaba en el egoísmo, pero cuya dedicación al bien obtuvo el beneplácito divino por la sinceridad de la que daban constantes testimonios.

El nombre de esa familia, en su última existencia, verificada en Francia, durante el gobierno de Carlos 9º y Catalina de Médicis, era Brethencourt de La-Chapelle. Dos de sus representantes deberían reencarnar para intentar estrechar los lazos de mutuo amor, debilitados por circunstancias dolorosas en aquel siglo. Ellos eran: Ruth- Carolina de La-Chapelle, y Luis de Narbonne.

Otro personaje se les uniría, celoso de reparaciones del mal causado a Luis de Narbonne y de la reconciliación definitiva con el mismo, pues, aliado de Ruth-Carolina, le causó graves daños. Era el Príncipe Federico de G..., cómplice de Ruth-Carolina, en el crimen practicado contra aquel.

Sin embargo, había tres voluntarios que deseaban seguir a la pequeña falange emigrante hacia los escenarios terrenos: Carlos Felipe 1º y Carlos Felipe 2º, de La-Chapelle, los cuales pretendían proteger a

aquellos que les eran queridos desde épocas pasadas, y Dama Blandina d'Alembert, proyectando desagaviar, ahora, la conciencia de la complicidad en el crimen contra Luis de Narbonne, al lado de Ruth-Carolina.

A estos se unía Monseñor de B..., aspirando vivir al lado de su amado Luis para siempre, y también Reginaldo de Troulles, que se decía amigo de Monseñor de B... y de Luis de Narbonne, pero que, en verdad, se enamoró de Ruth a pesar de la propia repugnancia y del deseo que tuvo de desgraciarla para vengar a Luis.

Se trataba, por tanto, de Espíritus aún moralmente perjudicados por las pasiones, y que necesitaban de nuevos períodos de progreso, a excepción de Carlos Felipe 1º y Carlos Felipe 2º, almas cándidas, en franco resurgir para la redención.

Los demás representantes de la familia reencarnarían en otros lugares, a fin de alcanzar nuevos progresos, sirviendo al prójimo, como hacía mucho tiempo.

Los Guías Espirituales de esos candidatos a la reencarnación nos advirtieron de la gran responsabilidad que les correspondía, pues seguían para realizar una nueva experimentación, y los testimonios eran pesados. Podían caer en tentación nuevamente, si sus voluntades no fuesen muy fuertes y su fe legítima. Que buscasen las cosas de Dios, y se esforzasen por cultivar los dones del alma, para salvarse. Ruth-Carolina y Dama Blandina debían grandes reparaciones a Luis de Narbonne. Deberían realizarlas para el bien del propio progreso espiritual. Federico de G... se esforzaría para ser hermano de ambos, es decir, de Ruth y de Luis, por el puro afecto del corazón y del espíritu. Monseñor de B... abrazaría en Ruth y Luis a hijos muy amados. Reginaldo de Troulles, fue aconsejado para no seguir al pequeño grupo. Pero insistió en el propósito, y su libre albedrío fue respetado.

No obstante, fue igualmente aconsejado cómo debería actuar para no desviarse del camino del deber, responsabilizándose, entonces, él mismo, por los actos que practicase contrariando los consejos recibidos. Y repitieron los mentores espirituales a los compañeros del gran drama, reunidos para oírlos, la víspera del retorno a la Tierra:

- "Todos vosotros tenéis posibilidades de vencer, pues recibisteis nuestro auxilio reeducativo mientras estuvisteis con nosotros. Pero, si no perseveráis en el Bien y en el Amor a Dios, podréis delinquir, pues la Tierra está contaminada de pasiones que os podrán alcanzar y desviar de la ruta que deberéis recorrer. La carne traiciona muchas veces la voluntad del Espíritu, si el deseo del bien no se hiciera bastante fuerte. Seréis auxiliados en la Tierra por las nobles almas de Carlos Felipe 1º y Carlos Felipe 2º, de La-Chapelle. Seguid sus ejemplos y sus consejos, los cuales serán el eco de nuestras advertencias. Si olvidaseis nuestras ponderaciones, y reincidiereis en el error, las consecuencias serán desastrosas para vuestro futuro. Id, pues, hacia la gran batalla de las reparaciones de las faltas cometidas contra el prójimo, y, por tanto, contra Dios. Dad los testimonios que debéis a la Ley Suprema y a vuestra consciencia. Empeñaos a no olvidaros de que sois hijos y herederos del Todopoderoso, y, por eso. Le debéis amor y respeto. Y acordaos de la gran sentencia proclamada por el Cristo de Dios, sentencia que es el supremo dispositivo de la ley:

- A cada uno le será dado según sus propias obras. Seguid, hijos queridos, y que el Cielo se apiade de vosotros."

Se prepararon, pues, las entidades reencarnantes, y alcanzaron la Tierra en las siguientes condiciones personales:

Luis de Narbonne, el "Capitán de la Fe", del siglo XVI, como el *Caballero Henri Numiers*.

- *Ruth-Carolina de La-Chapelle* como Berthe de Sourmeville-Staneisbourg.

- *Carlos Felipe 1º* como el Padre Rómulo Del Ambrozzini.
- *Carlos Felipe 2º* como el profesor Padre Antoine Thomas, Conde de Vermont
- *Monseñor de B...* como el campesino Arnold Numiers, padre de Henri.
- *El Príncipe Federico de G...* como el Barón Louis Frederych de Staneisbourg.
- *Dama Blandina d'Alembert* como la campesina Marie Numiers, esposa de Arnold y madre de Henri.
- *Reginaldo de Troulles* como Ferdnand de Górs, Conde de Pracontal.

Y nuevo drama de pasiones y aventuras se desencadenó en los escenarios de la Tierra, como tantos otros, de un planeta de pruebas y expiaciones, donde reencarnan réprobos y delincuentes.

PRIMERA PARTE

LA BASTARDA
DE STAINESBURG

Capítulo 1, Amor espiritual.

En la falda de las antiguas vertientes que descendían hacia Brujas, la vieja capital de Flandes Occidental, y caminando directamente hacia el Norte, se levantaba la pequeña aldea de Stainesburg, cuyo panorama inconfundible impresionaba al viajero por la majestuosidad de sus pinos poderosos como los legendarios gigantes de Germania. Cuando el Sol declinaba su aureola de fuerzas rumbo a Occidente, una pesada nostalgia de sombras acechaba la pequeña aldea mientras las nieves que permanecían en los montes más distantes refrescaban el aire, incluso antes del anochecer, obligando a los campesinos al bienestar del fuego del hogar, si el otoño entraba arrojando las hojas de la arboleda.

Nada hay más gracioso que una aldea modesta, con balcones floridos y techos de tronco agrupada en torno del templo religioso consagrado a Nuestra Señora, cuyas campanas festivas, dolientes o piadosas, resonaban gratamente en las almas simples de los aldeanos, como símbolos queridos de bendiciones cotidianas. Inmersa en quietud, sosegada y serena, con sus flores, sus casas con ventanas adornadas de cortinas azules saludando a los transeúntes, si la brisa era más fuerte, su cementerio alrededor de la iglesia, la aldea de Stainesburg era como un santuario de paz en la belicosa Europa del siglo XVII.

El Padre Rómulo Del Ambrozzini, era el pastor espiritual de las sencillas ovejas de Stainesburg y sus aldeas satélites: Numiers y Fontaine. Oriundo de una familia de nobles romanos, abandonó muy pronto el esplendor del ambiente en el que nació por el duro ministerio de dirigir almas rebeldes para el aprisco del Señor. Era sabio, virtuoso y modesto, y su lema, honrado por él hasta el sacrificio, se resumía en esta sencilla frase:

- ¡Todo por el amor de Dios!

Ese "todo", explicaba él, si lo preguntasen, era el sacrificio continuo a que el amor nos lleva”.

Los últimos sonidos de la campana, tañendo dulcemente el Ángelus, sonaban aún por la nave del templo silencioso. El Padre Rómulo, ante el altar por él amado como símbolo de obediencia y veneración, ofrecía a la Virgen los homenajes de la tarde, mientras, en el coro sencillamente esculpido, su pupilo Antoine Thomas de Vermont, daba alas a la inspiración que le hervía en el alma, interpretando en el armonio uno de aquellos himnos con que diariamente acompañaba los oficios religiosos. Allá afuera, por los campos, la tarde languidecía como si se prosternase para orar también, mientras los aldeanos, oyendo el clamor conmovedor de las campanas evocando la famosa aparición de Gabriel a la Virgen de Nazaret, cesaban el trabajo y el vocerío para decir, respetuosos:

- Allá está nuestro buen pastor, rogando a la Virgen por nosotros. Oremos también con él.

Y una vibración de efluvios celestes dulcificaba el ambiente fraterno de la aldea.

Corría el año 1680, y el Rey Luis XIV de Orleáns gobernaba Francia.

Por la nave ya se perdían, lentas y suaves, las últimas vibraciones de las campanas y de la música, que el alma de artista que era Antoine Thomas de Vermont bebiera en la fuente de las inspiraciones felices, y sus pasos, también lentos, ahora se dejaban oír descendiendo por los escalones que llevaban a la sacristía.

Antoine Thomas con la mirada melancólica recorrió el recinto. El Padre Rómulo se demoraba en el altar. Se acercó, entonces, hacia el umbral de la puerta que daba al jardín del templo, cruzó los brazos sobre el pecho, se apoyó en el portal, y, mirando al cielo parduzco que comenzaba a recamarse con el brillo de las constelaciones, suspiró

profundamente, y esperó. Antoine Thomas era un varón de poco más de treinta años de edad. Nació en cierta aldea de Provenza, de familia noble, pero sin grandes patrimonios. Huérfano de padre a los cinco años de edad, su madre, humilde, lo confió a los monjes de Saint-Sulpice, para educarse y tomar órdenes, pues la vida religiosa siempre fue digna de la nobleza, ya que ella, su madre, no poseía recursos para costearle los armamentos para la vida militar. Rómulo fue su maestro en el convento, encariñándose profundamente con el muchacho, y, cuando su madre entregaba el alma a Dios, recibió de ella la tutela del niño, ya entonces con diecisiete años de edad, y nunca más se separó de él. Ordenándose, Antoine Thomas se hizo también profesor, pues era un señor de gran cultura intelectual y artística, ejerciendo su profesión no sólo entre los nobles, sino repartiéndose también en beneficio de los menos favorecidos de la sociedad. Y, modesto, leal, sobrio de costumbres, seguía a Rómulo en las empresas de beneficencia a las que este se dedicaba, por desear trazar la propia vida por las enseñanzas cristianas. Y ahora vivían allí, vueltos hacia Dios y el trabajo, esparciendo el bien por todas partes, y protegiendo a los pequeños, allí, en las modestas y floridas aldeas de Stainesburg, de Numiers y de Fontaine. Antoine Thomas era bello y elegante en sus modales, un caballero en la más completa acepción del término.

En esa tarde de otoño, apoyado en el umbral del templo consagrado a María, la tristeza del joven artista tenía una razón más fuerte. Antoine Thomas pensaba en su amigo, el Caballero Henri Numiers, el más rico propietario de las tres aldeas, después del Barón Frederych de Stainesburg, de quien era vasallo, señor de la Quinta Numiers y de la aldehuela que la rodeaba, y el más considerado y temido espadachín en diez leguas a la redonda. Pensaba en Berthe de Sourmeville, la bastarda de Stainesburg, señora de la región, hija de un Conde y nieta de un molinero, esposa de Henri, al cual acababa de renegar, traicionando los votos del matrimonio.

De pronto, una voz solícita murmuró a su espalda:

- Vamos, hijo mío, los muchachos esperan las clases de la noche...

Se volvió y vio a Rómulo, embozado en la capa, dispuesto a salir.

- ¡Señor! -respondió él- preparaos para una noticia, más, desoladora...

- Ya la percibí en ti, mi querido Thom. Puedes decírmela sin rodeos. No obstante, estoy seguro de que no te afectará. Tú jamás cesas de vigilar a tu alrededor, razón por la que a ti mismo y a mí ahorras sinsabores...

- A pesar de eso no dejo de sufrir...

- Gracias a tus generosos impulsos por el prójimo, sí... sufres.

- ¡Sí, padre mío! El pobre Henri Numiers se embriagó hoy como jamás lo hizo. Provoca disturbios y conflictos por donde pasa, apaleó al maestro Félix, el tabernero, que osó echarlo fuera de su hospedería; se peleó a navaja con Jacques Sobreil, y Camille Courriol, que se atrevieron insinuar maliciosamente referente a la esposa infiel, y les marcó brutalmente en el rostro¹ (6). Amenaza a cielos y Tierra y dice gritando

¹ Desde el Renacimiento, era de uso antagonistas medirse en terribles duelos a navaja, por cualquier motivo, correspondiéndole la victoria a aquel que consiguiese herir al adversario en la cara, trazándole una cruz o una media luna con sus golpes. Los albergues de mala fama especulaban con ese uso por serles ventajoso, ya que los conflictivos alquilaban navajas apropiadas para el ejercicio. Esa bárbara costumbre, común desde el Renacimiento, tal vez desde la Edad Media, en Holanda y en las dos Flandes, se trasladó a España, y ahí se aclimató hasta el siglo pasado. Sin embargo, tales duelos, muy usados también por gitanos, nunca eran mortales.

que atacará el castillo de Stainesburg con la muchachada de nuestras tres aldeas, a la cual viene seduciendo y adiestrando en armas, y con los lobos que pudiera atrapar en la floresta, a fin de exterminar la raza de los que lo desgraciaron, robándole la esposa, pues responsabiliza a los de Stainesburg en general por el hecho deplorable de su Berthe y de Louis de Stainesburg.

- ¿No procuraste contenerlo, trayéndolo al Presbiterio, como las demás veces?

- Me desconoció hoy por primera vez, y me golpeó. ¡Pobre Henri! ¡Tengo el presentimiento de que no lo podremos salvar, padre mío! Él se perdió irremediamente luchando contra su propia desesperación. El Padre Rómulo no respondió a su pupilo. Éste tampoco volvió a hablar. No obstante, se encaminaron hacia la encrucijada que dividía la aldea en dos barrios distintos, dejando a la izquierda el Presbiterio, donde residían y mantenían una escuela y hospedaje para alumnos y viajantes pobres, y buscaron las callejuelas que daban a la plaza frente a la taberna del maestro Félix, de mala fama por ser un lugar de vagabundos y alborotadores que transitaban por la villa.

Entretanto, si a algún mortal le fuese posible saber el pensamiento de aquellos dos generosos hombres, comprendería que el de Rómulo Del Ambrozzini recordaba hechos, lamentando sucesos recientes, mientras sus pesados pasos medían el camino, y el pupilo lo amparaba, ofreciéndole su brazo:

Me dilacera el alma, Señor, percibir que se precipita de caída en caída, en un abismo cuyo término considero imprevisible, ese pobre Henri al que vi nacer, al que llevé a las aguas del bautismo, y enseñé a leer y las cuentas. Inspira, Señor, a tu siervo, algún recurso eficiente para salvarlo ahora, cuando, desde su niñez, yo le aconsejo y le advierto en vano, intentado combatir su incredulidad en Dios, que parece haber surgido en él desde la propia cuna. ¡Oh, Henri, Henri! ¡Aún lo recuerdo! ¡Fue ayer mismo, Dios mío, hace tres primaveras, ¡sólo! Era en junio, cuando las rosaledas se mezclaban sobre los arriates, exhalando aromas por los aires, y los cerezos enrojecían de sabrosos frutos. Los vi entrar en el templo de Nuestra Señora, ambos hermosos en su fulgurante juventud, para bendecirles los esponsales. Él, Henri Numiers, con su uniforme de Caballero, con espada en el cincho, radiante en la gloria de su amor victorioso, orgulloso de la felicidad que le centelleaba extraño brillo en la mirada. Ella, Berthe de Sourmeville, tan linda y tímida, pálida como las rosas de septiembre, con los ojos bajos, rasos de lágrimas, indecisa y encantadora como un sueño de Rafael. Caminaban hacia mí, que los esperaba al pie del altar, dichoso por celebrar sus bodas, cuando ya les había suministrado el bautismo y la educación de la niñez. ¡Qué fiesta se hizo entonces aquel día, en esta villa que parecía ser el lugar de la felicidad! ¡Toda la aldea vibró con los novios, en la gloria del matrimonio! ¡Pero, todo pasó, Dios mío! ¡Fueron tres años rápidos de felicidad!... ¡Sólo tres años! Y en el lugar de la felicidad eterna que yo entonces les auguré, desde el fondo de mi alma, ¿qué contemplo yo en este momento? A un ebrio incorregible lamentando la infidelidad de una adúltera. ¡Misericordia, oh Dios mío!

Mientras que monologaba Antoine Thomas de Vermont:

- Ebrio otra vez, ebrio siempre, desde que ella se fue, destruyendo su felicidad. Es la pasión, la vergüenza por el acto indecoroso de la mujer amada que lo hace desgraciado, pues antes no era así. ¡Ah, Berthe, Berthe! ¿Qué misterios magnéticos existirán en tu alma, para perder por amor a cuantos hombres se aproximan a ti? Franz Schmidt, que se envenenó y murió, por haber tenido la desgracia de amarte; Manfred, que

se exiló a Holanda, intentando olvidar tu desprecio; Rudolph, que casi enloqueció, al saber que te divertías a su costa, en lugar de amarlo, como el creía; Henri, con quien te casaste para hacerlo un desgraciado; Louis de Stainesburg, el hermano de leche de Henri, que se volvió un infame, siendo de carácter generoso, al apasionarse por ti y raptarte. ¿Y yo? ¿Yo, Berthe, que también te amo y no tuve las fuerzas necesarias para arrancarme este insensato corazón para olvidarte? Sufro también tu desdicha, Henri, porque soy tu amigo, y amo a ella con un amor celeste, desde que era una niña y yo le enseñaba a leer, y cuando tu no la amabas aún. Sin embargo, Berthe me ama, yo lo sé, con un sentimiento puro y santo, como se ama al ideal; tal vez era únicamente a mí a quien ella amaba, porque ella misma me confesó su amor aquella deliciosa noche de otoño, cuando la luna creciente adornaba el cielo con su pura y discreta luz, proyectando poesía sobre los jardines del Presbiterio, donde las rosas morían entre las despedidas de sus últimos perfumes. ¡Dios mío! Hace ya tres años que ese momento pasó por mi vida, y yo aún lo siento vibrar en mi ser como si fuera ahora, que lo recuerdo. Yo amaba a Berthe desde su niñez, cuando siendo yo sólo un novicio le enseñaba a leer y la música en el castillo de nuestra aldea. Con el tiempo, el amor creció dentro de mi alma, en vez de extinguirse. Pero, yo no la amaba con un sentimiento humano, propio del corazón de un hombre hacia una mujer. Yo consagraba en ella la perfección del amor en espíritu y verdad. Era un amor celeste, de un alma a otra alma, mezcla de ansia y fraternidad, espiritual, cándido y piadoso, indefinible, cuyas sagradas vibraciones me transportaban hacia Dios. Yo no la deseaba como mi mujer; deseaba, sí, su presencia en mi vida, su sonrisa y sus caricias; deseaba ser amado por ella ante Dios, con la pureza con que la amaba, la veía fiel y sumisa a mis consejos, a los conceptos de la ley de Dios. Me parecía que yo la amaba desde los siglos pasados, que ella me pertenecía, que yo era su padre, su tutor ante Dios, mi familia, y por ella sentía tales celos y cuidados como un padre por su hija única y bien amada. ¡Una piedad infinita llenaba de lágrimas mis ojos, cuando la veía alocada, engañando a uno y a otro enamorado, mientras comprendía que me era necesario renunciar al

deseo de adoptarla como hermana para guiarla, educarla y encaminarla hacia Dios!

Berthe sabía que era amada por mí, aunque yo jamás lo hubiese confesado. Berthe correspondía a mi amor pura y respetuosamente, como yo la amaba. Berthe se deshacía en llanto a mis pies, durante la confesión, pidiéndome consuelo para el amor infeliz que era lo único que minaba su corazón, advirtiéndome de que la imposibilidad de ser amada como amaba la desgraciaría. Y yo, que la amaba, pero nunca lo confesé, y era amado por ella, le señalaba el santo amor de Jesucristo como supremo recurso de amparo en la desdicha de un amor imposible.

Cierto día, Berthe fue al Presbiterio a visitar al Padre Rómulo, que había enfermado. Cuando la luna creciente se dibujó, luminosa, entrada la noche, se despidió. La acompañé hasta el jardín. Las rosas desprendían aromas penetrantes por el aire pulverizado de rocío. Alrededor, el silencio era dulcificante como las santas expresiones de la fe, predisponiendo a nuestras almas a las suaves emociones de los afectos que alimentan el corazón. Berthe se entristeció al despedirse. Me confesó que consentiría casarse con Henri Numiers, porque el destino no permitía se casara con aquel a quien verdaderamente amaba. Lloró, con tristeza, ocultando su lindo rostro entre sus blancas manos, que temblaban. Tomé esas manos entre las mías, conmovido, y procuré consolarla. Pero, ella se lanzó a mis brazos, buscando refugio, y yo la estreché fervientemente contra mi corazón, como si abrazase a un ser dulcemente amado y esperado desde hace siglos, palpitando mi corazón con una felicidad desconocida para mí. Mis labios entonces besaron su cara, besaron sus ojos y sus cabellos tan rubios como el Sol, besaron sus manos y sus vestidos blancos como aquella luna tan pura, que contemplaba nuestras dulces expresiones. Caí a sus pies, le dije que la amaba como se ama a un ángel o a una santa, y no a una mujer, que ella era mi hermana, mi novia celeste, que la amaría por los siglos siempre tierna y espiritualmente, que mi amor por ella no era la atracción de la carne que conduce al sexo, sino la expansión divina del Espíritu inmortal, que vive del amor y para el amor, y dejaba libremente correr las lágrimas que ella

enjugaba con besos tiernos que aún impresionan en mi rostro. ¡Entonces, me fue necesario llamar en mi socorro a todo el heroísmo del que podría ser capaz para no retenerla y guardarla como se guarda a una hija o una hermana adorada, para dejarla irse, aunque para conquistar la vida, que bien podría no ser halagüeña; irse para ser de otro, y para siempre! ¡Y ella se fue! ¡Dios mío! ¡Fue hacia tus brazos, pobre Henri! Y yo lo contemplé todo en silencio, sin un corazón amigo que me pudiese comprender y confortar en la penuria de mi dolor.

Capítulo 2, Henri Numiers.

Alto, fuerte, grandote como un Hércules, valiente e intrépido como ningún hidalgo en veinte leguas alrededor, el Caballero de Numiers contaba veintiséis años de edad, cuando lo trajimos de las sombras del pasado a la presencia del lector. No siendo propiamente bello, poseía, no obstante, las líneas perfectas de una plástica propia de los hombres vigorosos, que, en las lides de los campos y en el manejo de las armas, consiguieron esa masculina belleza jamás desdeñada por el buen sentido. Era rubio y colorado, y su piel, curtida por los rayos del Sol y la algidez de la nieve, presentaba ciertas manchas de pequeñas pecas que le afeaban el rostro si no fuera por el singular vigor de su cabellera encrespada y sus grandes ojos color de avellana madura, que traducían fácilmente las tumultuosas pasiones que chocaban en su espíritu. Esos ojos extraños se enternecían hasta la dulzura y la humildad, al simple recuerdo de dos personas que, aún más que a los propios padres, él consagraba la mejor ternura del corazón: Su esposa Berthe de Sourmeville y el Padre Del Ambrozzini.

Henri Numiers tenía mal genio sin ser malo, altivo y noble como un legítimo hidalgo, valiente sin fanfarronería. Honesto e incapaz de una vileza, exigía de sus relaciones sociales cualidades similares. Y, gracias a tales cualidades, era siempre respetado por cuantos lo conocían. Ese carácter trabajado con desvelo cristiano, desde la infancia, por el Padre Del Ambrozzini, se perdía, para el punto de vista religioso, pues se proclamaba ateo. Sin embargo, era caritativo y servicial, y practicaba actos de verdadera filantropía cristiana, teniendo, no obstante, el cuidado de repetir, que lo hacía porque Del Ambrozzini lo convenciera, con sus virtudes, de que era el deber del más fuerte proteger al más débil.

Henri Numiers, era el único hijo de un matrimonio de ricos campesinos de la aldea de Stainesburg. Su padre, el viejo Arnold Numiers, estuvo muy protegido por los Barones de Stainesburg, señores de la región, de los cuales había sido fiel servidor desde su juventud,

administrador de los campos, escudero de confianza del Barón Frederych, su señor. Cuando vino al mundo el primogénito de Stainesburg, Louis Frederych, Arnold Numiers vio también nacer en su hogar al primogénito de su matrimonio con la buena y sana Marie Colbert, ahora Numiers, la cual servía igualmente en el castillo, como ropera de la joven Baronesa Claire de Sourmeville-Stainesburg. Pero, el hijo del Barón Frederych, heredó de su madre una debilidad profunda, la cual, desde los primeros días después del nacimiento, amenazó robarle la vida. Consultados los facultativos, aconsejaron que buscasen, con el fin de amamantar al pequeño Louis, un ama del campo, cuya salud y robustez estuviesen a la altura de fortalecerlo lo suficiente para llamarlo a la vida a través de una buena nutrición. Arnold Numiers estimaba al Barón y a su esposa. Consideró que su mujer se encontraba en las condiciones exigidas por los médicos. Lo consultó con su mujer y, con todo combinado, ofreció los servicios a su antiguo señor. Aceptados con alegría, les fue confiada, inmediatamente, la débil criatura, y Marie Numiers pasó a vivir tanto en el castillo como en su casa, pero siempre con el niño, y amamantándolo según los métodos del campo, al mismo tiempo que amamantaba a su pequeño Henri. Claire de Sourmeville tenía extraordinarias virtudes. Muy agradecida por el favor que le prestaban, hizo al marido que ascendiera a Arnold a la categoría de segundo administrador de sus propiedades, agraciándolo, también, con tiempo diario para cuidar de sus propios intereses en la pequeña parcela de tierra que le correspondía. Henri, por tanto, se crió al lado de Louis de Stainesburg, tanto en el castillo como en su casa, alimentados ambos por el mismo seno, mecidos por los mismos cariñosos brazos, y las mismas palabras balbuceadas por uno eran luego repetidas por el otro. Con el tiempo, sin embargo, se hizo innecesaria la permanencia del ama junto al pequeño hidalgo. La salud se confirmó, y el desarrollo de la niñez se hizo seguro. Entonces vibraron los sentimientos de gratitud en el hogar de la joven Baronesa. Ella obtuvo del marido, como recompensa a la dedicación con que Marie crió a su hijo, la donación a Henri de una herencia de su patrimonio, con buenas tierras preparadas para el plantío, robles frondosos, pinos, con soberbios ramajes, un pomar bien cuidado,

y algún ganado con que iniciar la labor para una vida próspera y exenta de sacrificios. Sin embargo, hizo más el dulce corazón de Claire Sourmeville-Stainesburg: dispensó a los Numiers de los terribles impuestos feudales, les dio carta de libertad, los hizo propietarios independientes, e hizo, también, que el pequeño Numiers frecuentara, para sus estudios, las aulas del Padre Rómulo al lado de Louis. Le enseñó buenos modales, bajo la supervisión del maestro de ceremonias del castillo, es decir, del Padre Antoine Thomas, y le proporcionó instrucción militar y los ejercicios de esgrima, tan apreciados en la época. Con los mejores maestros de esgrima de la región, continuó Henri su propia instrucción, hasta que, a los dieciocho años de edad, estaba considerado el más experto espadachín de los alrededores, y, a los veintiún años, fue armado Caballero por los nuevos señores de Stainesburg, descendientes del Barón Frederych, y confirmada su merecida concesión por los gobernadores de Brujas.

Alejada, no obstante, del castillo por su nueva condición social, no por eso la familia Numiers lo abandonó. Marie, y, principalmente, su hijo lo frecuentaban con asiduidad, y Henri fue el compañero inseparable de Louis durante la niñez y la primera juventud, cabalgando a su lado alegremente durante las inocentes cazas y torneos.

Entretanto, la hacienda prosperaba rápidamente bajo la vigilancia de Arnold y de su hijo, cuyo dinamismo constructor y capacidad de trabajo admiraban a cuantos lo conocían. Y la propiedad pasó, entonces, a llamarse “Quinta Numiers”, formándose por esta época la aldea del mismo nombre en su alrededor.

Sin embargo, con el correr del tiempo, hubo grandes choques entre los de Stainesburg y los Numiers, y unos acontecimientos lamentables modificaron la vida rutinaria que prometía eternizarse entre las dos familias.

Llegaron los ardores de la juventud. Henri Numiers amaba a una mujer cuando los veinte años le doraron su alma de ilusiones y deseos el generoso corazón. Pero la amó con la terrible impetuosidad de su carácter dinámico. Amó hasta el fanatismo, hasta la locura, hasta el servilismo a esa mujer encantadora, que lo supo dominar como una niña a sus muñecos. Ya en pasadas etapas reencarnatorias le dedicó gran amor, y, un siglo antes, en Francia, se perdió de amor por ella, y por ella fue duramente vencido, muriendo en una prisión secreta bajo la responsabilidad de Catarina de Médicis, entonces Reina viuda de aquel país. Él, altivo, casi rudo en el trato para con los demás, amó a esa mujer con renunciaciones y desprendimientos, acortando incluso la propia vida en ese sentimiento que se diría obsesión predestinada a un desgraciado destino. Desposando a esa mujer que, para él, estaría por encima de los demás bienes del mundo, se vio, inesperadamente, como en la existencia anterior, traicionado en su gran sentimiento y en su honra conyugal, humillado y golpeado como el más vil bufón de feria. La vergüenza, pues, el disgusto, la rabia, el despecho, la nostalgia y la desesperación eran los sentimientos que chocaban en el alma de Henri Numiers, cuando, sacudiendo las cenizas que entenebrecen el pasado, revivimos su personalidad de entonces hacia el gran desfile a la luz de la moral espiritista.

Tales eran, en aquella ocasión, las condiciones morales del ebrio que llevaron a Rómulo Del Ambrozzini y al Conde provenzal Antoine Thomas de Vermont al albergue del maestro Félix.

Capítulo 3, La bastarda de stainesburg.

Más feliz que su pupilo Antoine Thomas -el Padre Thorn, como lo llamaban- Rómulo Del Ambrozzini convenció a Henri a retirarse del antro de vicios que era la taberna del maestro Félix, poniendo término a la bebida de vino y sidra de los que el joven venía abusando desde por la mañana. No obstante, no fue sin haber echado mano de todo el caudal de paciencia de la que estaba dotado, que el piadoso sacerdote consiguiera, una vez más, practicar aquel acto de beneficencia. Amparado por los dos virtuosos amigos, diciendo banalidades y extravagancias que causarían risa a cualquiera que no fuesen aquellos dos corazones serviciales, el Caballero de Numiers se dejó llevar a la propia residencia, en la Quinta de su propiedad, donde fue recibido por su madre, que pasó todo el día deshecha en lágrimas.

Generosamente, Rómulo, cuyos conocimientos sobre medicina eran altos, lo desnudó, bañándolo con agua fresca, le administró medicamentos reconfortantes, y le hizo echarse con el fin de reposar. Thom lo auxiliaba en silencio. Sólo sus grandes ojos gris-azulados brillaban, a veces con más vigor, aclarados por lágrimas que jamás llegaban a caer, y eran, entonces, como si los fulgores de una luz interior los iluminasen. Marie lloraba y atendía las órdenes del viejo servidor del Bien, mientras padre Arnold, inactivo y taciturno, refunfuñando juramentos impresionantes, se mantenía sentado ante la hogar encendido, echando bocanadas de humo nerviosas de la cachimba que nunca se apagaba. De vez en cuando, reaccionando contra los cuidados que le ofrecían, el joven de Numiers se ponía de pie y gritaba, encolerizado:

- ¿Sabéis, Padre mío, que ya no soy un hombre, sino un miserable vencido por la desgracia? Lo que aún me anima a vivir es el deseo de encontrarlos algún día y embriagarme con la sangre maldita de aquellos dos cómplices. ¿Creerán que por ser yo un provinciano, un aldeano

ascendido a la honra militar por el favor de los grandes, no reaccionaría contra el colactáneo que destruyó mi hogar? ¡Oh! ¿No tienen también sentimientos de honra los hombres del campo? ¿No tienen corazón para amar también a sus esposas, y no se dedican, felizmente, más que los hidalgos, a sus familias, sacrificando por ellas todo lo que tienen de bueno? Pero, así no piensan los señores de los castillos y palacios. Y por eso me juré a mí mismo recordarles todo eso, a través de una venganza que será memorable en estas buenas tierras de Flandes. Instruí, por tanto, a doscientos cincuenta jóvenes soldados, como yo. Son valientes y expertos, pero faltan caballos... Con un poco más de recursos, que conseguiré yo sólo, arrasaré castillos y villas, masacraré a hidalgos, incendiaré campos y siembras... ¡Mientras no lo haga no dejaré la sidra ni el vino! ¡Padre mío! Pero, sólo el vino no me sacia. Necesito la sangre de la venganza... ¡Es sangre lo que yo necesito, aunque sea mi propia sangre, pues, si no los pudiera matar, me mataré a mí mismo para huir de la insoportable vergüenza de este dolor que me destroza! ¡Oh! dolor infame, dolor de la deshonra y del oprobio, ¿por qué te soporto?...

No obstante, poco a poco, se tranquilizó y se dejó caer exhausto sobre el blando lecho, amparado cariñosamente por el desvelo de Rómulo y de Marie. Le siguió un pesado sueño. La fuerte respiración e ininterrumpida mostraba que el espíritu afligido encontró treguas para las angustias diarias, durante algunas horas en que el cuerpo descansaba.

Veinte años antes de los acontecimientos que acabamos de narrar, vivía en la aldea de Staneisbourg una joven campesina portadora de una gran belleza y una gracia encantadora. Se llamaba Berthe Fouchet, y contaba solamente dieciocho primaveras cuando se inició el drama de su vida. Rubia, risueña y delgada, de maneras delicadas, parecía una princesa que se ocultaba bajo los trajes groseros del campo. Y, tan buena como honesta, vivía para el trabajo, cuidando a su viejo padre enfermo, sin preocuparse del futuro, ni esperar los esponsales, sin decidirse a aceptar, todavía, las propuestas que honrados mancebos de la región ponían a sus pies.

El Castillo de Staneisbourg, como sabemos, estaba habitado por el Barón Frederych, cuya esposa, Claire de Sourmeville, fue nombrada "ángel de los pobres" por los habitantes de la región, gracias a las buenas cualidades que embellecían su espíritu. Berthe Fouchet era protegida de la Baronesa Claire, que la empleaba como su doncella en sustitución a Marie Numiers, que se retiró a su hacienda, mientras que también le confiaba trabajos delicados, como confecciones de encajes, bardados y tapicerías, tan apreciados en toda Flandes. Berthe se adaptaba a las delicadas costumbres, educándose en la convivencia de tan buena sociedad, y servía a su señora con atenciones filiales, reconocida por los beneficios recibidos.

La vida en el Castillo transcurría tranquilamente para la joven Fouchet, cuando, cierto día, recién entrado el verano, llegó a Staneisbourg el joven Conde Renaud de Sourmeville, hermano de la Baronesa, el cual no alcanzó aún los veinticinco años de edad, y era impetuoso y displicente como convenía a los de su clase.

Renaud reparó, sin tardar, en la suave gracia que irradiaba la doncella de su hermana. El corazón apasionado le latía con violencia al contemplarla, rosa casta y gentil, bajando los grandes ojos azules al brillo del fuego de los de él. Modesta, Berthe Fouchet lo evitaba, midiendo la distancia que iba de su condición humilde a la nobleza del Conde, sin desear disminuirla a costa de un error. No obstante, Renaud, poco experto en este campo, se dejó dominar por una extraña pasión y empezó a asediar con insistencia a la humilde flor campestre, que luchaba contra el amor y la seducción con todas las fuerzas que le permitían su inexperiencia de doncella simple, y las ansias de la juventud llena de sueños y arrebatadores deseos. Pero, en tan caprichosa y absorbente lucha, uno de los dos actores fatalmente sería vencido. Berthe, el polo más débil, sucumbió, entonces, al asedio seductor, y bien pronto percibió que el fruto de esa unión pecaminosa le estremecía en su pecho. Como siempre, siguieron las lágrimas en presencia del seductor, ruegos, protestas,

discusiones, que obtuvieron como cobarde fin el abandono de la parte más débil por la más fuerte. Renaud de Sourmeville dejó el Castillo súbitamente, temiendo censuras de la hermana y venganza de los campesinos. Berthe Fouchet, avergonzada, se despidió de la castellana con el pretexto de que su padre se encontraba enfermo. Pero, la situación se hizo insostenible para ella, se armó de coraje y confesó al genitor, humildemente, la falta practicada, esperando el castigo postrada a sus pies. El viejo Fouchet, sin embargo, amaba a su hija. Prefirió comprender la perfidia del hidalgo, y amparó a la pobre abandonada. No obstante, algunos meses más tarde, Berthe Fouchet moría al dar a luz el fruto de sus amores con el hermano de Claire, no obstante, el desvelo con que la rodearon su padre y el Padre Rómulo, el cual, puesto al corriente de los acontecimientos, ocultó con su protección moral a la infeliz deshonrada. Enterada de los hechos por el propio Rómulo, la Baronesa no negó la ayuda a la víctima del hermano, disponiéndose a remediar el mal cuanto le fuera posible. Pero, todo fue en vano, porque Berthe murió minada por los disgustos del infeliz amor, dejando huérfana a la hija, cuyos primeros llantos fueron arrullados por la propia tía. Bautizada días después con el nombre de su madre, la niña fue inmediatamente adoptada por la piedad de esa misma tía, Claire de Sour-meville-Stainesburg, que la llevó al Castillo radiante por poseer la hija que el Cielo le concedió.

Entretanto, la pequeña Berthe no poseía si no el nombre de su madre: Fouchet. Era preciso que la niña fuese legitimada por el padre. A toda costa, Claire consiguió que su hermano concediese una carta de permiso a la hija para usar su nombre, sin legitimarla de todo, lo que hizo que pasase a llamarse Berthe de Sourmeville. Pero, porque viviese en el Castillo y allí se educase, se llamó también de Staines-bourg, y, finalmente, era con ese ilustre título que firmaba. Pero, dándole su nombre, Renaud no le concedió el título de Condesa, y la niña, por consiguiente, no era nada más que una bastarda agradecida con el favor del nombre del padre.

Sin embargo, los años pasaron. Berthe crecía heredando la hermosura singular de su madre y el genio inquieto del padre, el cual no

llegó a conocerla por no haber vuelto jamás a Staneisbourg, ya que sucumbió en duelo unos pocos años después del nacimiento de la hija. El Barón Frederych era su legítimo tutor, con plenos poderes sobre su persona. La muchachita, por tanto, recibía una educación perfecta, digna de los nombres que llevaba, y, al lado de la tía, que la adoraba, se acostumbró también a una gran ternura por el hijo de esta, su primo Louis Frederych de Staneisbourg.

- A mi muerte, hijo mío, decía la Baronesa Claire a Louis, a fin de acostumbrarlo a la idea, y llamarlo a la responsabilidad - a mi muerte, serás el único amparo de nuestra querida Berthe, ya que a tu padre le es hostil por su nacimiento irregular y no consiente en concederle una dote para que se case bien. Mi hermano Renaud, su padre, era pobre y displicente, no conseguí de él un patrimonio para su hija. Protégela pues, y ámala, que es de nuestra sangre, y le debemos protección. Defiéndela de la mala voluntad del Barón, tu padre, que entiende que ella es una deshonra para nuestra casa, ya que, siendo su madre hija de un molinero campesino, no hubo matrimonio para su nacimiento y, por eso, no podemos presentarla en nuestro linaje familiar. Y, si percibieras que existe en tu corazón una ternura más ardiente en su favor, no conserves preconceptos: cástate con ella en tu mayoría de edad, no la deprimas con la liviandad, pues por sus venas corre mi sangre. Y yo os bendeciré desde el cielo, donde confío poder estar después de mi muerte.

Sin embargo, cierta noche, cuando la muchachita contaba diez años de edad, y Louis completaba los quince, la Baronesa Claire se recogió al lecho para el reposo de la noche y despertó moribunda a la mañana siguiente. Un mal agudo, que no dio tiempo a ser combatido por el médico del Castillo y la experiencia del Padre Rómulo, la afligió durante dos largos días, para arrebatársela al mundo al tercero, desolando el corazón de los hijos, y enlutando toda la región de Staines-bourg. Pero, antes de expirar, aún tuvo tiempo para decirle Louis:

- Ama a tu prima, hijo mío, y protégela con dedicación, porque solamente en ti ella tendrá al verdadero defensor después de mi muerte...

Y, exteriorizando la misma súplica al marido inconsolable, rogando al Padre Rómulo velar por la educación de la muchachita, expiró suavemente, bajo la bendición de una agonía tranquila, propia de los justos.

Capítulo 4, Se traza un destino.

Los días siguientes fueron profundamente desoladores para la familia de Staneisbourg. Inconsolable, el Barón Frederych no se animaba para el trabajo ni procuraba distraerse, a fin de suavizar la gran amargura de la viudez que le oprimía el corazón. Se aislaba en sus aposentos, no consintiendo en recibir ni incluso a su administrador, para los acuerdos de costumbre. Y, así, permitía libre curso a la desesperación que amenazaba robarle hasta incluso la razón, minándole las buenas funciones del corazón. El pequeño Louis y el Padre Rómulo eran los únicos que podían entrar en sus aposentos, los cuales, en vano, procuraban consolarlo. A su vez, Louis Frederych, igualmente inconsolable por la ausencia materna, ya se resentía de una fuerte alteración en la salud, que nunca fue tranquilizadora, lo que torturaba aún más el corazón del inconsolable padre. Tres meses después, permaneciendo inalterable la situación, fue aconsejado por los facultativos de Brujas que viajase, a fin de distraerse, dejando el Castillo donde recuerdos queridos, pero también dolorosos, se aglomeraban para agravarle la nostalgia de la querida fallecida. Frederych accedió, comprendiendo que urgía proteger la salud del hijo y beneficiándose a sí mismo, porque, en efecto, se sentía exhausto bajo el choque emocional.

Consultado por el padre, que no deseaba violentar su voluntad, Louis accedió también, seguro de retornar, dentro de poco, a Staneisbourg, a fin de proseguir con la rutina que tan grata le era a su corazón. Pero, quedó establecido por el castellano que la pequeña Berthe no los acompañaría. Louis protestó, diciendo que su madre rogó, en su hora extrema, protección para la pobre huérfana, añadiendo que, si la prima no los acompañaba, él prefería quedarse para hacerle compañía, velando por ella. Frederych, no obstante, presentó razones tan justas, impidiendo la partida de la pequeña con ellos, que Louis acabó comprendiendo que, en efecto, el padre tenía razón.

Berthe es una pequeña, una niña, querido Louis, y no conviene que se fatigue en constantes viajes, como haremos de ahora en adelante, sobre el dorso de caballos o por caminos agrestes, presa dentro de un carruaje. Terminaría por enfermar y, ¿quién sabe?... tal vez morir, sin el tratamiento conveniente a una niña. Además, necesita instruirse, y, viajando, ¿cómo se aplicaría a los estudios? No, una niña no puede viajar en compañía de hombres, y nosotros necesitamos de esos viajes para la recuperación de nuestra tan debilitada salud.

Louis se dio por vencido, aunque no se considerase definitivamente convencido. Padre e hijo conversaban también largamente y, al separarse, todo el viaje se encontraba programado. Sin embargo, lo que Louis ignoraba era que el padre ya se entendió con sus primos de Sourmeville, que habían acudido al Castillo para los funerales de la Baronesa, sobre el arrendamiento de Staneisbourg, pues, encontrándose enfermo, no deseaba prolongar las luchas del campo, y pensaba en retirarse definitivamente de aquella soledad, donde todo le faltaba al faltar la esposa querida. Dentro, pues, de algunos días más era pasada la escritura de arrendamiento de las propiedades de Staneisbourg por los Condes de Sourmeville, los cuales pasaron a ser los nuevos dueños de Staneisbourg, sin que Louis y su prima lo sospechasen.

En la víspera, no obstante, de tal acontecimiento, el Padre Rómulo y Arnold Numiers recibieron recados ceremoniales de parte del Barón Frederych, escritos en pergamino timbrado, convidándolos a una visita urgente en el Castillo para entendimientos importante, añadidos de la solicitud de la presencia de Marie Numiers, antigua gobernanta de la Baronesa Claire y ama de Louis, persona querida por la noble familia.

Reunidos todos en cierta sala íntima, el Barón inició un pequeño discurso bajo la sorpresa de los presentes, y, a cierta altura, esclareció:

- Y tengo el honor de participaos que me trasladaré dentro de algunos días a Alemania, donde tengo la intención de entregarme a un

riguroso tratamiento médico, así como mi pobre hijo, con lo cual residiré en un convento, donde mi hermano mayor es el prior...

Rómulo se espantó, y sinceramente sorprendido exclamó:

- ¿Qué decís, Señor Barón? ¿Por qué llevar tan lejos vuestros disgustos por la pérdida de la Señora Baronesa? Y estas propiedades tan prósperas, vuestros tributarios, acostumbrados a ver en vuestra personas más que un Señor, ¿por qué amigo mío?

- Acabo de decidir el arrendamiento de estas propiedades a nuestros primos de Sourmeville, los cuales, como sabéis, son amigos de sus vasallos, como lo fue mi pobre Claire. Ya no tengo ánimo para preocuparme del campo... y el dolor por la muerte de mi mujer me fustiga el corazón con una nostalgia deprimente. Creo que enloqueceré, si no procuro reaccionar de alguna manera. Necesito de la paz de los claustros, quiero meditar sobre Dios, prepararme para la muerte...

Siguió una pequeña pausa, durante la cual los visitantes se quedaron pensativos, tras la que prosiguió Frederych:

- De otro modo, venerable Padre, sé que sois un santo siervo del Señor y, por eso...

- Pues no sabéis entonces de la verdad, Señor Barón. Soy sólo un hombre, cuyos hombros se doblegan al peso de terribles responsabilidades...

- Y por eso me atrevo a solicitar vuestro concurso para solucionar un delicado problema que me aflige soberanamente...

- Mandad, Señor, y vuestro siervo obedecerá, si el pedido os dignáis hacerlo de acuerdo con mi conciencia.

- Como sabéis, venerable Padre, existe en nuestra casa una niña, hija de cierta aldeana que fue nuestra sierva, y a quien la Baronesa apreciaba mucho...

- Lo recuerdo, mi Señor. La niña se llama Berthe, como su madre. Fui yo quien la bautizó. Es alumna de mi pupilo, el Conde de Vermont, es decir, el Padre Antoine Thomas, igual que vuestro hijo, Louis Frederych. Y su padre fue el Conde Renaud de Sourmeville, hermano de la fallecida Señora Baronesa...

El hidalgo dejó pasar la impertinencia de la última frase y prosiguió:

- Al morir, la Baronesa me pidió que protegiese a esa niña, y los pedidos de los moribundos son sagrados, y deben ser religiosamente atendidos...

- Cuando son justos y razonables, como ese, y no perjudican al prójimo, sí, Señor mío, deben ser cumplidos. Si no me engaño, la niña en cuestión fue reconocida por su padre y tiene derechos al nombre, ¿no es verdad?

- No es del todo verdad, mi venerable Padre. Un reconocimiento oficial arrastraría muchas complicaciones para el Conde, si acaso él se hubiese casado. Sin embargo, hay un documento que autoriza a la niña a utilizar el nombre del padre, un permiso, sólo eso. Ella no fue heredera del padre, ya que no era legítima. Entretanto, me pesa declarar que el pedido de mi pobre Claire no podrá ser obedecido íntegramente, por eso... y fue por esa razón que decidí solicitar vuestra presencia aquí, acompañado de los buenos servidores Numiers, a fin de entrar en entendimientos.

Los tres visitantes miraron curiosamente al hidalgo, que pareció no comprender la emoción que provocaba, y prosiguió, después de sacudir el supuesto polvo de la corbata de encaje de Flandes, que llevaba, y de

agitar el pañuelo, igualmente de encaje, a fin de limpiarse la nariz, mientras, nerviosamente, balanceaba la pierna puesta sobre la otra:

- Por razones de mi estado de salud, que es precario, y dado que decidí residir en un convento de religiosos, no podré llevar a nuestra querida pupila que, además de ser una niña, se encuentra en época de estudios, no pudiendo, por tanto, seguir a dos hombres, que no sabrían cuidarla debidamente...

- Así es, Señor Barón. Una profesora podrá acompañaros, velando por la muchachita... Un convento de monjas educadoras convendría mucho para la educación de la pequeña Berthe... - dijo Rómulo con su franqueza, pero Frederych pareció no oírlo, y continuó:

- Celebro, entonces, confiarla, temporalmente, a vuestra guarda y bajo los cuidados paternos de nuestros estimados siervos Numiers, en quien confío enteramente, los cuales sabrán atenderla con cariño en su mansión, hasta que nuestro posible retorno para fijar residencia en nuestro viejo palacio de Brujas. No quiero residir más en esta aldea...

Solicitado a opinar por una mirada y una sonrisa de Frederych, Arnold Numiers respondió con acento conmovido, confuso ante la consideración de la que se sentía el blanco:

- ¡Oh, mi Señor! ¡Estamos a vuestras órdenes! La niña será un depósito sagrado en nuestra casa - mientras su mujer se alegraba, viéndose requerida para la tutela de la linda niña, a quien ya estimaba desde mucho antes.

Frederych de Stainesburg continuó:

- Depositaré en vuestras manos una cantidad suficiente para el cuidado y la educación de la niña... y de aquí a un año, si no me fuera posible recuperarla, la cantidad será renovada...

Rómulo lo aprobó con un movimiento de cabeza, pensativo, pero protestó:

- No hay necesidad de mensualidades, Señor Barón, los Numiers tienen lo suficiente para atender a la niña y a mí...

- Es mi deber mantener a la niña, y lo haré, venerable Padre. Claire me censuraría si no lo hiciese, pues sería injusto. Deseo que le sea dada una buena educación y buenos modos sociales, como mi pobre Claire soñaba darle. El Padre Antoine sabrá instruirla bajo vuestra supervisión, pues también vos sois aristócratas. La confío, por tanto, a vuestro paternal cuidado, y si aceptáis lo que solicito partiré tranquilo.

Siguieron, entonces, los últimos detalles, con el júbilo del matrimonio Numiers, que se sentía honrado por la confianza depositada en ellos, y el compromiso asumido por el Padre Rómulo, que, de inmediato, apreció la responsabilidad que le pesaría sobre sus hombros desde aquel momento en adelante. Una razonable cantidad le fue entregada en monedas de oro para el cuidado y educación de la pequeña Berthe, en el período de un año, y fueron intercambiadas solemnes promesas entre las cuatro personas. Sin embargo, Rómulo exigió del Barón una declaración de entrega de la niña, firmada y timbrada con su sello, siendo rápidamente atendido por este, que concluyó la visita con la siguiente solicitud:

- Antes de nuestra partida vengan todos, a fin de llevarse a nuestra pupila. Seguramente que, siendo así, ella se sentirá protegida para acostumbrarse a la idea de la separación que deberá enfrentar...

Se despidieron amablemente. Frederych insistió para que Rómulo pernoctase en el Castillo, pero el digno sacerdote se excusó, alegando que no podía faltar a las clases que impartía a los jóvenes de la región al lado de su pupilo, el Padre Thom.

Capítulo 5, Berthe de Sourmeville.

Pasaron algunos días tras las escenas que acabamos de narrar. El Barón de Stainesburg se despidió de sus antiguos criados y amigos, y hacía tres días que partió con su hijo rumbo a tierras de Alemania. La niña de Sourmeville llegó a la aldea en la víspera de su partida, tal como fue decidido, y no se volvió a ver más con su muy querido primo Louis Frederych, del que no deseaba separarse de ninguna forma.

Ambos abrazados a la hora de la partida, se deshacían en lágrimas, besándose tiernamente, como hermanos que se adorasen, siendo necesario apartarlos para que la patética escena no se prolongase afligiendo a todos. Una vez en la Quinta Numiers, no cesó aún de llorar, y, a pesar de lo mucho que quería a la buena ama de su primo, a Henri, con quien frecuentemente jugaba en los juegos del parque o en los pasatiempos de salón; a pesar de lo mucho que estimaba a los buenos Numiers y a pesar de lo mucho que era por ellos estimada, el cambio fue demasiado brusco para que pudiese permanecer indiferente al sufrimiento.

El Padre Rómulo la llevó en la tarde del tercer día al Presbiterio, a fin de iniciar las clases confiadas a su cuidado, esforzándose por aconsejarla para que se acomodase a la nueva situación, que sería ciertamente, temporal.

Caía dulcemente el crepúsculo, envuelto en tonos rosáceos que se convertían, poco a poco, en el color nostálgico del lila. En algaraza amistosa, los pájaros se despedían del Sol, ya al lado de sus nidos, donde los hijitos aún sin plumas esperaban el bienestar materno para las dulzuras de la noche bajo sus alas protectoras. En la torre del sencillo templo, las golondrinas revoloteaban, inquietas, llenando los aires de trinos alegres, como niños traviesos discutiendo sin cesar. Y de los

jardines del Presbiterio, el dulce perfume de las rosas trepadoras, que adornaban los balcones, subía para balsamizar el aire y encantar el olfato del Padre Rómulo, mientras, a su lado, apoyada en el balcón que daba a los banales floridos, una linda niña de diez años de edad lloraba inconsolable, con el rostro oculto entre sus manos. Era Berthe de Sourmeville, la hija bastarda de un Conde, pero también la nieta de un molinero, pobre criatura colocada en una encrucijada de la vida para reconocerse separada de una o de otra clase social, sin poder comprender por qué se veía hostilizada por la clase a la que mejor se adaptaba, y por qué no se adaptaba a la que mejor la acogía y estimaba.

No se podría, en verdad, imaginar hermosura idéntica a la de esa niña. Todo en ella era gracioso, mimoso, agradable, extraordinariamente bello. Se diría de esos ángeles que los poetas y los pintores sueñan para inmortalizar en obras primas que vencen los siglos. Y Rómulo, que, siendo creyente fervoroso en Dios, sería también artista, admiraba aquella armonía de conjunto al tiempo en que, mentalmente, conversaba consigo mismo:

- ¿Será su alma tan hermosa como el cuerpo? Ojala sea ella obediente a los principios que le deseo proporcionar...

En efecto, con su tez limpia y blanca como los pétalos de un lirio, con sus grandes y rasgados ojos azules en un oval perfecto, los cabellos rubios brillantes, caídos caprichosamente sobre los hombros, Berthe se diría que era una visión celeste que a todos encantase. El Conde de Vermont no cesaba de mirarla. Tenía la vaga impresión de que amaba a aquella niña desde muchos siglos antes; quisiera que ella fuese su hermana, su hija, cualquier cosa que la uniese a él para que pudiese velar por ella y dirigirla, pues temía por ella; y, por encima de todo, sentía por ella una infinita piedad en su corazón. La verdad era que, un siglo antes, Antoine Thomas, se llamaba Carlos Felipe 2º de La-Chapelle y fue el hermano mayor de esa niña, a la cual educó como si fuera su propio padre. Ella se llamaba, entonces, Ruth-Carolina, y un gran amor espiritual venía uniéndolos desde siglos anteriores. Pero, esa misma niña,

ese Espíritu, se perdió frente al Evangelio en el siglo XVI, por amor a él mismo, vengando torpemente ofensas a él y a la familia practicadas todas por los promotores de la célebre matanza de San Bartolomé, en la Francia de 1572. Sin embargo, ahora allí estaban, nuevamente, uno frente al otro, él redimido, ella delincuente, separados por las circunstancias expiatorias, unidos, no obstante, espiritualmente, por un amor inolvidable, que los acompañaría para siempre, por tratarse de un patrimonio del Espíritu de ambos.

Él venía, tal como en la anterior existencia, siendo su profesor de letras y de música, desde tres años antes. Iba diariamente al Castillo, acompañando a Rómulo, y, pacientemente, le enseñó a leer y a escribir y contar con tal habilidad que, a los diez años de edad, la niña se adelantó a la niñez de su época. El clavicordio y el arpa no se le imponían, y el joven religioso se enorgullecía de ser él mismo el cultivador de las dotes de aquella inteligencia, y de aquel talento que despuntaban llenos de ardor para la conquista de la vida.

El Padre Thom contaba, entonces, veinticinco años, y hace cinco se ordenó sacerdote. En su anterior existencia terrena, había sido pastor de la Iglesia Reformista Luterana. Sin embargo, los Espíritus prudentes, al reencarnar acostumbran a cambiar de ambiente religioso, a fin de que la constante permanencia en un mismo sector no los torne fanáticos, intransigentes y preconceptuosos. Pero, Antoine Thomas era, por encima de todo, cristiano, y, como discípulo de Cristo, se amoldaría dignamente en cualquier circunstancia religiosa a la que tuviera que atenerse.

Entretanto, Rómulo ofreció a la alumna un ligero aperitivo, mientras esperaban la cena, que se realizaría en la Quinta Numiers, convidados por sus propietarios, y, al levantarse de la mesa, le dijo paternalmente:

- Coraje, *Señorita* de Sourmeville. Sé fuerte, porque el heroísmo en el infortunio se caracteriza bien en las almas nobles. Y nuestros disgustos

tienden incluso a agravarse, si no los suavizamos con la buena voluntad de la resignación. Tienes una nueva familia que te ama con un desvelo incalculable. Te ruego que correspondas a ese afecto, ya que debemos confiar en aquellos que nos demuestran dedicación en los días de mayores aprensiones.

Subieron al carruaje y se dirigieron a la Quinta, teniendo el Padre Thom, la gentileza de guiar a los caballos.

Entretanto, la mayor satisfacción acogió a Berthe en el seno de la familia Numiers. Marie gozaba de alegría, viéndose como madre adoptiva de la hermosa hija de la infeliz Berthe Fouchet. Y, sentándola en sus rodillas a cada instante, con la intención de mimarla, desviándola de los recuerdos que la afligían, le tomaba los cabellos y los admiraba, examinando sus vestiduras, las manos, los pies, como si la niña fuese más que una hija adoptiva, un ángel idolatrado, de quien estuvo separada por largo tiempo, y a la cual acababa de reencontrar llena de nostalgias.

- ¡Arnold! ¡Henri! ¡Venid, mirad! - decía sonriente - qué lindas son sus manitas, se parecen a las manos de la Virgen del altar, si no hago mal en compararlas. ¡Y qué cabellos! ¡Son de pura seda, y tan perfumados! ¡Oh, querida niña, ¿estás a gusto con nosotros? Serás muy amiga nuestra también, ¿no es verdad?

- Es verdad, señora, seré muy amiga vuestra, ya que sois mi buena ama, y que criaste a mi querido primo Louis...

Henri se aproximó, curioso, con las manos cruzadas por detrás de la espalda, la cabellera rubia enmarcando la blanca frente, los labios apretados con aire despectivo. Contaba, entonces, quince años de edad, igual que Louis Frederych. Se paró delante de la niña y, celoso, la apartó, mirándola con severidad:

- ¿Aún no perdiste la costumbre de tener a Louis en los labios para entrometerlo en todas las conversaciones? ¿No te cansas de recordarlo, cuando se fue y te abandonó aquí?

- Él se fue pero volverá para llevarme a su lado, así me lo prometió cuando se despidió. Es mi primo, y se casará conmigo cuando sea un hombre y yo una moza...

- No sé si se casará contigo... No creo eso... Lo que sé es que yo también soy tu amigo, y, si fuese un Caballero, por ejemplo, me casaría contigo... Pero, te traigo aquí unos palomos, que tanto te gustan...

Y sacó del macuto que llevaba al hombro, dos lindas aves y las pasó a las manos de Berthe:

- Tómalos, pues; quédatelos. Son tranquilos. Te seguirán donde vayas, se posarán en tus hombros y en tus manos.

- Tú fuiste siempre gentil, Henri. Siempre me traías al Castillo liebres vivas, aves, frutos y flores. Y, ahora, palomos. Sí, eres un gentil hombre, a pesar de no ser aún un Caballero. Si sirvieras en el Batallón del nuevo Señor de Stainesburg, él te armaría Caballero cuando cumplieras la mayoría de edad. Louis también era bueno como tú... ¡ay! ¡Siento tantas nostalgias de él!

- ¡Ah! Prometo que seré siempre mejor de lo que él fue... y haré que lo olvides, ya lo verás, ya lo verás...

Ellos eran Ruth-Carolina y Luis de Narbonne nuevamente frente a frente, reencarnados.

No obstante, pasaron los días y los meses. Al finalizar el primer año, un correo especial trajo al Padre Rómulo una carta del Barón Frederych, recomendando a la niña de Sourmeville por un año más, acompañada de las respectivas mensualidades. El hidalgo se disculpaba por no poder volver a verla. Las noticias no eran buenas. La permanencia en el convento le agravó la salud, y la neurastenia surgió. Por eso, continuó la vida incierta de viajes. Louis estudiaba pintura con eméritos

maestros de Nuremberg, y pensaba trasladarse, más tarde, a Holanda, con el fin de perfeccionar la aptitud bajo la dirección de la escuela flamenca de pintura, y ninguna esperanza había de regresar tan pronto a Flandes.

En ese período, se habían confirmado las primeras impresiones de Henri por la hija adoptiva de sus padres. Su alma, desde aquel primer atardecer, se abrió en vivos afectos, sin que él mismo lo comprendiese, por la hija de Renaud de Sourmeville. Era su compañero de juergas, su obediente amigo, el esclavo atento a todos los caprichos, el perro fiel listo para seguirla donde desease ir, el defensor apasionado, el hermano celoso adivinándole los pensamientos más insignificantes. En los primeros meses de convivencia entre los aldeanos, la gentil niña, inconsolable por la separación de los suyos, se mostraba esquiva y orgullosa, no adaptándose si no al cariño de los Numiers, del Padre Rómulo y, por encima de todo, el cariño de Antoine Thomas. La vieron, entonces, revivir y alegrarse a las horas de la clase y durante los ensayos de canto con el joven religioso; y también era con visible placer que, de su mano ella caminaba por los prados adornados de florecitas silvestres, o escuchaba sus historias, cerca del fuego, en las noches frías, en la casa de los Numiers. Pero, Henri, con sus insistentes atenciones, parecía cansarla y, muchas veces, lo dispensaba de su compañía, rogándole que no la importunase con tantos desvelos. Sin embargo, el joven, era paciente, se reía de los enfados de su amiga y dejaba crecer en el corazón, los afectos que amenazaban consolidarse para el futuro.

Sin embargo, con el tiempo Berthe se tornó menos rígida para su compañero de niñez, le hablaba con más dulzura, reconociendo su inexcusable bondad del corazón, y pasó incluso a dedicarle un tierno y agradecido afecto. Además, Henri se hizo hombre, era, ciertamente, el más bello y valiente joven de la región. Su porte altanero de hombre de armas, su pericia en la esgrima, su destreza en el juego de las navajas, en el que jamás se dejaba herir, su gallardía de caballero, y su temeridad dando caza, él solo, a los lobos, acompañándose nada más que de un cayado con punta de acero y de la navaja de monte, mientras que para él consiguió la admiración de los habitantes de la aldea, despertó también,

en el corazón de la joven, el respeto y la afectiva simpatía, que ella no ocultaba. Si, entretanto, le fuese posible a alguien escudriñar en el interior de esa niña que ya despuntaba para la vida, entre los enredos de un drama que se delineaba imprevisible en las líneas del futuro allá encontraría, grabada en sus pliegues espirituales, una imagen que no sería la de Henri ni la del mismo Louis, a quien ella tanto parecía amar. Esa imagen sería, ciertamente, la de su maestro de letras y de artes, aquel dulce Antoine Thomas, su bien amado hermano de una existencia pasada, del cual se perdió ante la gran ley divina de *amor a Dios y al prójimo*, en el ansia de vengarle la muerte trágica.

Capítulo 6, El futuro obsesor.

Durante cuatro años consecutivos vino el mensajero del Barón Frederych, cuando llegaba la Navidad, trayendo noticias, entregando cartas y presentes de Louis a su prima, al antiguo colactáneo y al ama, y solicitando, igualmente, noticias de la misma y de los amigos a quien ella fue confiada. La mensualidad era entregada a Rómulo puntualmente, la cual entregaba al matrimonio Numiers. Y este, sin tocarla jamás, la destinaba a la propia Berthe, empleándola en negocios bajo su nombre, haciendo crecer la suma para las sorpresas del futuro. Padre e hijo habían fijado su residencia en Nuremberg, y el Barón Frederych tardaba en restablecerse de los propios achaques. No obstante, en el quinto año, cuando, justamente, la joven cumplía los quince años, la Navidad llegó y se fue, el Año Nuevo vino con sus pintorescas tradiciones, y también se fue, pero el mensajero del Barón no apareció en la Quinta Numiers. Ansiosa, Berthe lo esperó durante todo el mes de enero, pensando en que los caminos estarían obstruidos por la nieve, y que, seguramente, sería esa la razón del retraso del mismo. Pero, llegó también febrero, y marzo finalizó, después, con las conmemoraciones de la Semana Santa; abril volvió con las suntuosas promesas de la primavera, y el correo de los ausentes no apareció. Se afligía y lloraba la pobre muchachita, considerándose abandonada, y, con el fin de tranquilizarla, el Padre Rómulo se presentó en el Castillo solicitando noticias. Los Sourmerville en esa ocasión no informaron de nada; sólo que el Barón, después de arrendar las propiedades de Stainesburg, las hipotecaron a ellos mismos, y no dio más señales de vida. Rómulo les habló, entonces, de la situación, embarazosa para todos, de la joven Berthe, dejada en la Quinta Numiers bajo su vigilancia, para ser buscada más tarde. Los Señores de Sourmeville lo lamentaron, pero no reconocían a la niña como descendiente de la familia, ya que Renaud murió siendo soltero. Y se negaron a interferir a favor de la misma. Por Navidad del sexto año, no

apareciendo el mensajero con alguna noticia, Berthe se consideró abandonada a propósito por el Barón, y procuró olvidar a los antiguos parientes para dedicarse mejor a la nueva familia que la adoraba, mientras esta daba gracias al Cielo por verla definitivamente bajo su tutela. Las esperanzas de volver al seno de los Stainesburg, pues, se esfumaron del pensamiento de Berthe, y ella procuró, finalmente, adaptarse a la vida de la aldea. Sin embargo, conservaba aquella actitud altiva y graciosa de las personas bien educadas, mientras, continuaba educándose bajo los cuidados de Antoine Thomas, y Rómulo, se diría la dama de estirpe exilada entre aldeanos por un incomprensible capricho del destino, como realmente era.

Ahora, la encontramos con dieciocho años de edad. Su hermosura no sufrió alteraciones, si no para perfeccionarse, y su gracia se volvió tan cautivante que se veía pretendida por todos los pequeños hidalgos y Caballeros de la región que veían en ella a la esposa ideal para hacerlos felices. Pero, Berthe se portaba con frivolidad, sin preferir a ninguno, aunque permitiendo a todos cortejarla, para la desesperación de los mismos Señores; y, paralelamente, al Conde de Vermont, el Padre Thom, y sabiéndose santamente amada por él, una única alianza se imponía a su corazón a través del reconocimiento debido a la familia que la adoptó, ya que su amor era imposible a la unión con el propio Caballero de Numiers, ya que Louis Frederych la olvidó para siempre en el fondo de la solitaria aldea. Henri, no obstante, la amaba y sufría, desanimado de solicitarle la palabra para el matrimonio. A su vez, Berthe comprendía ser amada por él, pero, reconociendo la profundidad del sentimiento que ella misma dedicaba a Antoine Thomas, confundía mentalmente ese espiritual amor con el amor humano, y se decía a sí misma, en las horas de reflexión:

- Este infeliz amor me hará desgraciada. Jamás me conformaré con vivir separada de Thom, ajena a su vida, fuera de su camino. ¿Qué será de mí el día en que él deje Staneisbourg para volver a su tierra o a su convento? Yo quisiera seguirlo, al menos como una hermana, una hija, una esclava. Será preciso que, a sus pies, yo le confiese mi amor y le hable de mi sufrimiento, para que al menos se compadezca de mí...

Y, en efecto, aquella noche pura, de luna creciente, se comprendieron, se entrelazaron las propias almas en los besos que se permitieron, y se prometieron, para siempre, el eterno amor de las almas, amor que se eterniza a través de los milenios para detenerse solamente a los pies del Todopoderoso.

Sin embargo, sería necesario apagar en el corazón ese amor, intenso como todo sentimiento del espíritu, para que el sufrimiento ocasionado por eso no quebrantase la voluntad de ambos para las realizaciones de la vida. Thom impuso paciencia al corazón, se volvió hacia Dios, rogó fuerzas y archivó su afecto por Berthe en los pliegues del alma, consiguiendo, así, serenidad para el espíritu. Berthe de Sourmeville, no obstante, fue su hermana en una pasada etapa reencarnatoria, y que nunca se conformó, como Espíritu, con la separación que le fue impuesta por la masacre de San Bartolomé², percibió que, sí, necesitaba olvidar para siempre a aquel Thom que la educaba desde la infancia; pero, no tuvo fuerzas para la renuncia y se perjudicó, perjudicando también a otros corazones generosos que la supieron querer con dedicación, comprometiendo la propia alma una vez más, por períodos seculares.

Cierto día, Henri salió a pasear, recorriendo las calles de la aldea en su espléndida montura blanca. Era domingo, y, después de los oficios religiosos de la mañana, la muchachada se entretenía en conversaciones amistosas frente a sus casas o en el atrio de la iglesia. Algunos se divertían haciendo ejercicios de carreras a pie o luchas simbólicas de

² Referencias a episodios narrados en el romance "En las Vorágines del Pecado", del mismo autor espiritual.

esgrima; otros experimentaban los famosos duelos a navaja, para señalar el rostro del vencido, teniendo el cuidado, no obstante, de proteger las puntas de las navajas con una pequeña vaina de cuero, mientras otros, sentados a la sombra de los árboles, alrededor de rudas mesas, se servían grandes vasos de cerveza o de refrescos.

Ahora... precisamente uno de aquellos jóvenes que manejaban la esgrima en el entrenamiento del florete, alumnos todos ellos del maestro de armas en el que se iba tornando Henri, al verlo pasar, lo llamó a parte y le habló celoso y grave:

- Te prevengo. Caballero de Numiers: allá está Franz Schmidt, difamando a la joven de Sourmeville. Míralo, a la sombra del roble, pavoneándose de ser su preferido; y lo peor es que los demás lo creen.

Henri agradeció al compañero, tocándole en el hombro, sin decir nada, pues era hombre de pocas palabras. Montó nuevamente a caballo y fingió que salía de la aldea, por un atajo que conducía al campo. A cierta altura, no obstante, desmontó, amarró el animal a un árbol, volvió astutamente por otro lado y, aproximándose al grupo donde se encontraba Franz Schmidt, lo oyó decir:

- Sí, es como os lo digo: pediré la mano de Berthe de Sourmeville en otoño, para casarnos en primavera. Hoy, en misa, ella me miró tiernamente dos veces, y me sonrió a la salida. Estoy seguro de que piensa en mí y me quiere mucho...

- ¿Pero no ves, amigo Franz, que Berthe de Sourmeville no es para casarse contigo? -le contrarió un compañero.- Es una joven de educación exquisita, hija de un Conde, y usa nombre ilustre, pues dicen que el padre la reconoció. ¿Y tú, quién eres? Un pobre hombre de campo, como nosotros, que apenas sabe esgrimir en broma, un molinero, dueño de dos molinos... ¿Acaso le regalarás una azada a ella, el día de la boda?

- Pero, ¿acaso ella no es también la nieta de un molinero como yo? Y su madre, ¿no era del campo? -volvió Franz a explicar.- Además, os

aseguro que ella me ama. Hoy, tras la misa, le mandé una carta confesándole mi amor, y, hasta ahora, la carta no fue devuelta...

Todos se rieron de la ingenuidad del pretendiente, pero, súbitamente, por detrás del grupo, una carcajada de burla respondió a esas displicentes frases. Lleno de despecho y celos, Henri se aproximó al grupo, levantó a Franz por la solapa de la chaqueta de terciopelo, le suministró una valiente soba con sus puños de hierro, abofeteándolo cuanto quiso, haciendo correr la sangre de la boca y la nariz del infeliz apasionado, y, sin ser separado en la lucha por nadie, lo lanzó violentamente al suelo polvoriento, exclamando, rabiosamente:

- ¡Espero que te habrás curado ahora de la pasión, maldito fanfarrón! Otra vez será mejor que mires a tu alrededor, para ver si eres oído por alguien capaz de probar que eres un mentiroso y un difamador, y que nada de lo que dices tendrá valor para las personas de bien.

Ninguno de los hombres presentes intervino para defender al pobre Franz Schmidt. Todos asistieron a la pelea, impassibles, y Franz se levantó sólo y avergonzado, con la boca llena de tierra y de sangre, se retiró humillado para su casa, y, durante toda la semana siguiente, nadie volvió a verlo. Sin embargo, algunos días después, un acontecimiento sensacional sacudió de horror a la pacífica aldea de Staneisbourg. El joven Franz Schmidt, se envenenó en su propio cuarto de dormir, dejando a Henri Numiers la maldición de su odio en una carta, y añadiendo, en la misma, que amaba sinceramente a la joven de Sourmeville, y por ella moría de buena voluntad, ya que no la podría tener por esposa. Y como, por esa época, las leyes religiosas, que gobernaban poblaciones enteras, no permitían que el cadáver de los suicidas fuese sepultado en tierra bendecida, es decir, en cementerios vigilados por la iglesia, el pobre Franz apenas recibió por tumba una porción de tierra en pleno campo, que su infeliz madre rodeó de piedras y regó con sus propias lágrimas,

plantando en la modesta tumba rosaledas como símbolos de sus nostalgias.

Entretanto, en la tarde de aquel domingo, terminado el castigo infligido a su rival, Henri trató de regresar a su hacienda. La noticia del escándalo corrió como el fuego en la mecha de pólvora, y llegó a la Quinta, donde Marie, la buena madre, se afligía por el hijo, temerosa por las consecuencias del acto violento. Berthe, sin embargo, oyendo la narrativa del noticiero que fue a la Quinta a llevar la novedad, se volvió presa de la hilaridad tan contagiosa que enseguida, Marie Numiers prefirió reír con ella. Impaciente y halagada, reconociéndose causa del acontecimiento, se dirigió al jardín y se apoyó en el portón de entrada, aguardando la llegada del valiente defensor de su nombre.

Al poco tiempo, aparece el Caballero en la curva del camino. Berthe se lanza a su encuentro, simulando inquietud y nerviosismo. El Caballero desmonta, emocionado ante la sorpresa de verse el blanco de tan significativa atención, mientras que la joven de Sourmeville, se arroja en sus brazos, como excitada por un insospechable temor:

- ¡Henri, querido Henri! - lloriqueaba, abrazándolo. - ¡Qué susto tan grande nos causaste! ¿No estás herido, mi pobre amigo? ¡Oh, cómo te agradezco que me hayas defendido de la maledicencia!

Él la abrazó detenidamente, impaciente, al mismo tiempo que preguntaba, con la voz ronca por la emoción:

- ¿Di, entonces, Berthe, de una vez para siempre, porque ya no tengo más fuerzas para continuar esperando. Di: ¿a quién amas, por fin? Di, querida, mil veces querida Berthe, ¿qué puedo esperar de ti?

- ¿No lo comprendiste aún? ¿Será necesario que yo lo confiese?

El joven Caballero la tomó en sus brazos, jadeante y pálido. Sus labios se unieron allí, a la luz del Sol, bajo el perfume de los cerezos. Henri ofrecía su propia alma en ese primer beso de amor; daba su propia

vida, creyendo que estaba soñando, sin comprender bien por qué el Cielo le era tan favorable. Pero, la linda Berthe le dio sólo los labios, nada más.

Desde la ventana de su aposento preferido, Marie Numiers, que asistió discretamente a la escena, sonreía con bondad y satisfacción, y, retirándose del puesto de observación, a fin de no llevar el pánico a la pareja de enamorados, se dijo a sí misma:

- Creo que tendremos boda muy pronto en esta casa. Deberé comenzar a escoger las mejores tapicerías para los novios y los mejores corderos para el día de la fiesta... ¡Sí, ha de ser una gran fiesta, una gran fiesta! ¡Qué contento se pondrá mi viejo Arnold, con la noticia que yo le daré ahora, ya, en este momento!

Y, en efecto, un mes después, Rómulo del Ambrozzini, conmovido, bendijo el casamiento de Henri Numiers y de la bastarda de Sourmeville, la linda Berthe, a quien los parientes de su padre habían abandonado en la aldea. La gente de las tres aldeas vibró de alegría con el inesperado evento. Nunca se vio una boda mejor en diez leguas a la redonda. Sólo un corazón lloraba de angustia ese día, mientras la aldea se divertía. Era la madre de Franz Schmidt, que murió por el amor de aquella que se casaba.

SEGUNDA PARTE

LA OVEJA REBELDE

Capítulo 1, Once años después.

Durante tres años la pareja de esposos, vivió encantada por la propia felicidad. Un gran amor parecía unir sus corazones con los eslabones sacrosantos de fidelidad y mutua comprensión. Contando ahora veintiún años de edad, Berthe se diría que era una esposa apasionada, celosa de todos los gestos e instantes del marido. Lo acompañaba al campo, en la inspección de la finca, porque, a pesar de haber sido armado Caballero y pertenecer a la compañía de defensa de Stainesburg, Henri no abandonó sus intereses particulares; cabalgaba a su lado por los caminos bañados por el Sol o se deslizaba por el hielo en trineos ligeros, durante las competiciones festivas; le preparaba las armas, cuidadosa de que estuviesen bien limpias, y, por la noche, cantaba dulces melodías al clavicordio, a fin de distraerlo. Henri la amaba y se consideraba el hombre más feliz del mundo. Depositaba en la honradez de la esposa la más sólida confianza, sin detenerse en la posibilidad de ver derruida un día la felicidad de la que dependía su propia vida. Antoine Thomas, a su vez, sabiéndose amado por Berthe antes de sus esponsales, se recogió, ahora, en el más completo aislamiento; huyó, por decirlo así, de la convivencia de la aldea, a fin de conservarse apartado de ella, evitando posibles expansiones futuras. No obstante, se dio, fervorosamente, al santo culto de la caridad para con el prójimo, socorriendo y aliviando a los sufrientes del cuerpo y del alma por todas partes donde pudiese llevar su misión de siervo de Cristo. Viajaba, por tanto, frecuentemente, y, muchas veces, se detenía meses enteros, llevando sus clases a los Castillos y conventos. Sin embargo, Berthe, en el fondo de su corazón, sufría el dolor de una añoranza constante, y, creyéndose olvidada por el corazón que siempre deseó junto al suyo, se esforzaba en dedicaciones siempre mayores a beneficio del esposo y de la familia a la que ahora pertenecía.

Sin embargo, un día, un inesperado acontecimiento vino a modificar radicalmente la vida de esos personajes, que parecían señaladas por un atormentado pasado espiritual.

El siglo XVII, si fue un período, como el XVIII, en que la corrupción general pareció exorbitar de sus posibilidades de herir a la civilización, fue también un ciclo de brillantez intelectual. Le correspondió la honra de traer en su capacidad grandes volúmenes del pensamiento: poetas, músicos, artistas, pintores, filósofos, escritores, etc., que prepararon ambientes, para la bajada a la Tierra, de la delicada flor de la intelectualidad en general, que pobló el mundo con la fuerza de talentos aún no superados en los días actuales. Desde el Renacimiento fue que ese chorro de intelectualidad comenzara a infiltrarse en la sociedad terrena. Provenían de esferas planetarias más evolucionadas, esos adamantinos pensadores que, si poco traían de santidad en los pliegues del alma, tanto traían de bello en las ansias del corazón, para la integración en el Ideal, en que se vieron ceñidos con las aureolas que les corresponderían a los arcángeles. Otros provenían de esferas consagradas al Arte, esferas de donde el propio Arte se irradia en inspiraciones brillantes, para calmar las asperezas de los mundos, protegiéndolos con el aspecto de lo Bello, que también consuela a sufrientes y mártires, que reanima a los débiles y educa la sensibilidad, y que no sólo redime almas para el reino de Dios, porque las virtudes del Amor se le añaden. Otros también hicieron en la Tierra su evolución intelectual, a través de las reencarnaciones y de los consecuentes aprendizajes en el Más Allá, y, fortalecidos bajo las bendiciones de la inspiración y de la intuición, alcanzaron la genialidad con un significativo triunfo, sin haber aun penetrado las esferas especializadas en el género.

Por los siglos XVII y XVIII, por toda Europa era galante ser artista, aunque sólo fuese en el modo de vestir, ser poeta, escritor o incluso orador. Muchos nobles que eran poetas y artistas ocultaban sus propias aptitudes bajo pseudónimos, o cedían sus producciones a verdaderos artistas. Iba decayendo la caballería, y los gustos y tendencias personales,

ahora más delicadas, pendían de las expansiones del espíritu. El Sur de Europa, principalmente, presentaba tal tendencia con acentos positivos, y la nobleza, entonces muy frívola al lado de la vanidad intransigente en que vivía, se habituaba ya al cultivo del pensamiento, es decir, del espíritu. Tal vez lo hiciese por simple vanidad, pues, en un salón aristócrata de esos dos siglos, sería tan admirable agitar el pañuelo con elegancia, para fingir que se sonaba, como usar cabellos postizos empolvados; tan elegante aspirar una pizca de rapé perfumado con olor a lirio o a verbena como sacudir el polvo inexistente de los puños de encaje de la casaca o de la corbata, también de encaje, y decir a las damas poesías impertinentes, creados de momento versos clásicos, y recitar a Virgilio, Ovidio o Dante. Una hija de Luis XV, el cual reinó en Francia desde 1715 a 1774, sería escritora. Jamás se probó, sin embargo, si el bagaje literario de la princesa sería realmente producido por ella o por algún intelectual, bastante pobre para venderlo, o por un secretario favorito. Lo que sí fue cierto es que María Adelaida pasó a la posteridad como escritora, y que, por su época, la noticia bastaba para que las demás mujeres, nobles o no, también actuasen como escritoras. La pintura, los grandes poemas, el teatro en versos, el canto y todas las modalidades del Arte, obtuvieron consagración ya en los siglos XVII y XVIII, en las vísperas de la bajada al planeta de la llamada "falange brillante" de inolvidables artistas y pensadores cuyo genio los inmortalizaría en la Tierra.

Ahora, cuando el Barón Frederych dejó Flandes para restablecerse en Alemania, su hijo Louis deseó seguir el aprendizaje de las Bellas Letras y de las Artes, iniciado con el Padre Thom, en su aldea, y tomó, en aquel país, insignes maestros de la época. Mientras su padre permaneció en tratamiento en el convento, el hijo se dedicaba a serios estudios, pasando, después, a Holanda, donde contaba con perfeccionarse en pintura.

Sin embargo, no obteniendo mejoría para la salud, el Barón Frederych dejó Alemania y se refugió en el Sur de Francia, en aquella Touraine, lugar apacible denominado "jardín de Francia". Pero, el mal que lo torturaba, la tuberculosis, proseguía aniquilando sus fuerzas, y fue en vano buscar nuevos médicos y clima suave. Dentro de poco tiempo, el viudo de Claire de Sourmeville, entregaba el alma a Dios, dejando al hijo inconsolable, aún estudiando en Holanda. Louis alcanzó, entonces, los veintiún años de edad, y se reconoció completamente arruinado de finanzas, siendo preciso, ahora, trabajar para poder subsistir. El patrimonio paterno -las tierras y el Castillo de Stainesburg- hipotecado a los primos de Sourmeville fueron perdidos, dado que la hipoteca no pudo ser levantada. Louis se vio, pues, desamparado, sin recursos para poder mantener la vida brillante de la aristocracia de la época. Esa fue la razón por la que el Padre Rómulo no recibió más, por Navidad, las noticias del Barón y de su hijo, ni la mensualidad anual debida a Berthe.

Como no sentía atractivo para la carrera de las armas y de la política, buscó refugio junto a un primo paterno que era religioso y habitaba en un convento de Holanda. A la sombra de esa protección esclarecida, se tornó, además de buen religioso, bastante culto en letras, habiendo concluido los estudios de pintura y perfeccionado los conocimientos de orden general. No obstante, urgía cuidar de su propia vida y dejar el convento, ya que no deseaba seguir la vida religiosa, y Louis Frederych, entonces, inició una vida artística profesional, como muchos intelectuales de la época. Pero, no olvidó a la linda prima Berthe, y se decía a sí mismo, como en una oración diaria:

- Entregada al Padre Rómulo y a los Numiers, Berthe estará debidamente amparada, mejor que con los propios Sourmeville, que no la quieren. Sé que vengo siendo ingrato y displicente, dejando de buscar noticias suyas, y de volverla a ver, conforme la promesa hecha a mi madre. Sin embargo, ¿qué puedo hacer, si mi condición es precaria y necesito intentar algo para el futuro? Ahora, soy yo su tutor, al morir mi padre. Ella prometió esperar mi regreso a fin de casarnos. Estoy seguro de que esperará. Iré a buscarla por Navidad.

Pero, los impedimentos se acumulaban, y Louis desistió en aquella Navidad. De Nuremberg o de Amsterdam a Flandes el trayecto sería penoso y costoso, y, siendo así, se pasaron once años de ausencia entre él y Berthe.

Entretanto, él conoció en Holanda al Conde Fernand de Górs, noble flamenco de origen alemán. Declarándose gran admirador de la intelectualidad, como era costumbre en los nobles fingir, a fin de observar la moda corriente, Ferdinand de Górs, Conde de Pracontal, aunque fuese hombre de armas, deseó acentuar la particularidad, también en moda, protegiendo a un artista pobre. Se hizo, entonces, amigo y protector de Louis de Stainesburg, ayudándolo a imponerse a la sociedad por el propio talento, y lo invitó a regresar a Flandes en su compañía, donde, en Brujas, poseía el viejo Castillo de la familia, y ser su secretario particular. Ferdinand era rico, poderoso, pródigo y servicial para con los amigos, se volvió paternal para con todos ellos a sus cuarenta años de edad bien vividos, era soltero y dado a las conquistas amorosas, y Louis, comprendiendo las ventajas de tal unión, accedió fácilmente a la propuesta, y, en poco tiempo se instaló en Brujas al lado del generoso protector y de su familia, dispuesto a trabajar leal y honradamente. Los trabajos que desempeñaba eran importantes para la época ociosa de entonces: organizar fiestas en el palacio del noble de Pracontal, escribir poemas, discursos y poesías para decirlas su protector cuando creyera necesario, pintar retratos, restaurar las pinturas interiores, perfeccionar el estilo de esta o aquella prenda. Y a todos cautivaba por la distinción de las maneras y la delicadeza del trato, haciéndose admirar, también, por el talento que imprimía a su arte poético y a sus cuadros.

No obstante, Louis no era aficionado a los ejercicios de esgrima, y esa falta en su educación lo oprimía profundamente, llevándolo a retirarse de los ambientes en que las armas fuesen preferidas al teatro o a los poemas. Manejaba mal el florete y aborrecía la espada, diciendo que jamás conseguiría méritos en la esgrima. Ferdinand, era, o se hacía el

bonachón a fin de parecer excéntrico. Se reía del amigo sin constreñimientos, en la mesa o en los salones, observando al joven artista que, siendo, como era, admirado por las mujeres como hombre y artista que era, sería bueno perfeccionarse en el manejo del florete, ya que, posiblemente, un día se vería desafiado por algún rival para el duelo, y, como noble, no podría librarse de un encuentro de esa naturaleza, si desease continuar honrado con la consideración de sus títulos de la nobleza. Por eso mismo, Ferdinand, hábil esgrimista, conocedor de todos los secretos de golpes de espada y de florete, le daba lecciones de esgrima al delicado Louis Frederych, que, a pesar suyo, intentaba aprender lo mejor posible.

Algunos meses después de la llegada a Brujas, Louis confesó al Conde que deseaba permiso para visitar la tierra natal, y partió hacia la aldea de Stainesburg. Y así fue que, en un bello día de Sol, cuando el cielo se engalanaba de azul y las flores sonreían en los prados alegres por las dádivas de la primavera, que volvía, a las bellas montañas de granito coronadas de nieve, vieron surgir por entre los arbustos redivivos del camino, un elegante carruaje con las armas de Ferdinand de Górs, tirado por tres caballos. Después de once años de ausencia, pisaba nuevamente la tierra donde naciera el noble hijo de Claire de Sourmeville-Stainesburg, trémulo de gratas emociones, sonriendo a los paisajes que le recordaban su niñez feliz al lado de sus padres, de su colactáneo Henri Numiers, y de su linda y mimosa prima Berthe, a quien jamás olvidó, y a quien buscaba ahora, dispuesto a cumplir la promesa de matrimonio hecha en la infancia.

Capítulo 2, Vuelta al pasado.

Lo primero que hizo el joven Barón al llegar a la casa que lo viera nacer, ahora propiedad de los parientes de su madre, fue indagar de los mismos, noticias de su prima Berthe de Sourmeville, la cual -pensó él- bien podría ser que estuviese cuidada por los mismos parientes, pues también ella usaba el nombre de la familia. Sin embargo, se extrañaba de la indiferencia de los tíos y de los primos en tratar del asunto, pues ellos aseguraban que no se habían comprometido con tutela alguna, ni reconocían como perteneciente a la familia la nieta de un molinero, nacida fuera de las leyes del matrimonio. Louis no insistió ante la aridez del terreno, sin embargo, no se desanimó, y, a la mañana siguiente, se levantó temprano, procuró encontrar a los antiguos criados del Castillo, a fin de obtener informaciones.

- ¿Y si murió? - pensaba, mientras recorría los caminos que llevaban a las chozas de los campesinos. - Murió, seguramente. ¿Cómo soportaría la infeliz niña el abandono en que la dejamos? No obstante, Dios mío, no fui culpable. Jamás tuve la oportunidad, si no ahora, de procurar volverla a ver a nuestro lado.

En la primera residencia campesina que llegó, reconoció, de inmediato, al antiguo criado de las caballerizas de su padre. Recibido respetuosamente, se dio a conocer, y la casa de los fieles criados de otros tiempos, se llenó de alegría. Después de los debidos saludos de ternura, Louis se acercó al viejo criado e interrogó:

- Decidme, querido Fritz: ¿aún vive aquí la niña Berthe, pupila de mi madre, confiada a los Numiers por mi padre el Barón, cuando se marchó de Stainesburg?

El viejo criado bajó la cabeza, pasó la mano por la barba, cambió el viejo gorro de una mano a la otra, y respondió, bajando la voz, avergonzado ante la pregunta que se le hacía:

- Sí, mi Señor, la niña Berthe aún vive, es hermosa y saludable como siempre, y reside, sí, en la hacienda, con los Numiers.

- ¡Oh! ¡Entonces vive, con la gracia de Dios! - exclamó Louis, contento.

- Sí, mi Señor, vive y hasta es feliz. Visito a los Numiers frecuentemente.

- ¿Qué hace? ¿Cómo vive? ¿Es bien educada? ¿Cómo pudo resistir nuestra separación? ¿Se acordará de mí?

- Le aseguro al Señor Barón que es feliz, pero, de que si se acuerda de su persona no lo sé, pues jamás la escuché nombrar a alguien de la familia Stainesburg o de Sourmeville. Se casó hace tres años, con el Caballero Henri Numiers, el hombre más rico de la aldea, después de los Señores de Sourmeville...

- ¿Por qué se casó? La niña de Sourmeville, hija de un Conde, se casó con un hombre del campo, agraciado con un título militar, ¿mi colactáneo Henri?

- Es lo que os digo, mi Señor, se casó.

- Pero, ¿cómo pudo ser eso? ¿Quién consintió y presidió el casamiento? Hace tres años ella era menor de edad. ¿Quién lo presidió, si mi padre era su tutor y no dio la orden, pues ignoraba todo?

- Ignoro tal particularidad, Señor. Seguramente, como no había noticias de los tutores de la niña desde hacía muchos años...

- Pero, entonces, ese casamiento no es válido ante las leyes de la nobleza, no puede ser, no es válido...

Muy emocionado se sintió culpable ante el acontecimiento, Louis agradecido se retiró, pensativo y contrariado. Mas, después del almuerzo, pidió un caballo de las caballerizas de los primos, lo montó y se dispuso a cabalgar por las cercanías. Y aquellos que lo observaban vieron que se dirigía a la aldea de los Numiers, al otro extremo de Stainesburg.

Las tierras de la aldea de Stainesburg estaban separadas de la Quinta Numiers, por un pintoresco bosque de robles. Más allá de las tierras de esa rica propiedad, comenzaba la próspera aldea de Fontaine, circunscripción aún dependiente de aquel burgo. Llegando a ese límite, en el silencio augusto de la mata festiva bajo el despuntar de la primavera, Louis detuvo el caballo y siguió a pie, deseoso de gozar de la armonía de la Naturaleza, bajo el perfume de los árboles. No obstante, su atención se despertó súbitamente por los ladridos de un perro valiente, mientras la voz juvenil de una mujer lo incitaba contra una caza imaginaria, entre risas alegres. La dulce voz hablaba al perro con cariño y se aproximaba cada vez más al lugar donde se encontraba el joven hidalgo, hasta que de pronto, este da con la hermosa dueña de esa voz.

Vestía como las burguesas ricas, y sus vestidos, de excelente tejido rosa, con escotes discretos y faldas armadas con ornamentos de tejido azul, indicaban el buen gusto de la dama en el vestir, mientras que un pañuelo de fina seda transparente, orlado de anchos encajes, le adornaban el cuello, el pañuelo estaba abrochado con un valioso camafeo azul y nácar con la esfinge de una diosa, joya muy en boga por aquella época. La dama calzaba unos botines blancos impermeables, para proteger los pies contra las piedras y las espinas de los senderos, y también contra el rocío aún no evaporado del todo por el Sol, y llevaba en la cabeza un lindo tocado blanco al tipo flamenco, pero sus cabellos, muy rubios y

brillantes, le caían por los hombros, y el cuello en dos trenzas graciosas que más parecían hebras de oro de alguna hada de la naturaleza, que surgiese para sorprender a los viajeros con los propios encantos.

Deslumbrado con aquella aparición, Louis se detuvo, sorprendido, advirtiéndole, también, la blancura inmaculada de la tez de aquella linda mujer, el rojo de sus labios, el esplendor de sus brillantes ojos, que parecían animados por extraños luceros del alma. Rápidamente el joven hidalgo reconoció a su prima de Sourmeville. No obstante, acostumbrado a los fingimientos de los salones, detuvo el primer impulso de correr hacia ella, esperando ver, si, a su vez, ella lo reconocería. Berthe, no obstante, no lo reconoció inmediatamente, aunque un vago recuerdo amenazase levantarse de las propias reminiscencias.

Percibiendo al forastero el perro avanzó en actitud agresiva. Pero la joven lo detuvo con un grito y el bello animal se retiró, gruñendo, volviendo junto a su dueña, como esperando órdenes. Louis Frederych, entonces se atrevió a dar algunos pasos y, con una sonrisa vaga, conteniendo el ímpetu que le asomaba del corazón para darse a conocer, y tomarla en sus brazos, dijo, como si se encontrase en un salón, recitando poesías para las damas que él conocía, como ocurría en aquella época:

- “Agradecido, diosa o ángel de la eterna belleza, que un destino, ciertamente trazado en las luces del Olimpo, me hicieron encontrar en este matorral, disfrazada de princesa...

Agradecido, magnífica flor de los campos, cuya hermosura extasía mis ojos, y cuya sonrisa ilumina mi corazón de dulce encantamiento...

Sino fuese por tu gesto, deteniendo al perro, yo sería ahora, seguramente, un cadáver, que habría tenido la gloria de morir bajo tu mirada...

¿Consiente, estrella o mujer, que te salude, poniendo mi beso reconocido en tu mano de azucena?"

Ellos eran Ruth-Carolina de La-Chapelle y el Príncipe Federico de G..., esposos de una existencia anterior, nuevamente uno frente al otro.

Berthe respondió llena de timidez:

- Creo que exageráis, mi Señor, como dicen ser de uso en los salones de la nobleza. No debéis agradecimientos a una mujer del pueblo. Y un hidalgo, según creo, no tiene por costumbre besar la mano a pastoras, como yo.

- No sólo las besa, dulce avecilla flamenca, sino que se prosternará a sus pies, si, como tú, las pastoras son ángeles transformados en mujer...

- ¿Quién os garantizará, Señor, que estéis delante de un demonio y no de un ángel? Nuestro santo párroco asegura que los demonios acostumbran a disfrazarse de ángeles para tentar a los incautos...

- No acatas advertencias de tu santo párroco, mi flor, creo, no obstante, en tus ojos luminosos, en la dulzura de tu voz, en la angelical expresión de tu rostro de santa. No, no puedes ser un demonio... Y he de besarte, mi rosa silvestre, tengo derecho a tus caricias, pues yo...

- Si sois hidalgo observad, Señor, que os encontráis a la sombra de un bosque y no en vuestros salones de la nobleza... y observad que me encuentro aquí sola con mi perro y soy una persona respetable de esta aldea...

Y se fue corriendo, llamando al perro, que la siguió, mientras que Louis se esforzaba por acompañarla arrastrando al caballo por las riendas, atrapándose aquí y allí, por los retoños de los arbustos que adornaban el camino. La joven, sin embargo, corre ligera, riendo a carcajadas, sin percibir que él la llama por el nombre, y, en cierto momento, se vuelve y le tira un beso con la punta de los dedos, encantada con la aventura, segura de que no habría mayores consecuencias porque ya estaban allí en

la casa de la hacienda y los trabajadores del campo, que van y vienen en el afán cotidiano. Pero, en ese mismo instante oye, finalmente, que el hidalgo grita agitado:

- ¡Berthe, niña Berthe querida, espérame! ¡Soy tu Louis que volvió!
¿Cómo no me reconoces?

Sólo entonces ella lo reconoce. ¡Qué diferente era él de aquél niño que la llevaba en los brazos, de aquél adolescente de quince años, que prometió casarse con ella a la mayoría de edad! Sin embargo, se detiene, y, como fulminada por un choque, lo mira entre sorprendida y aterrorizada.

Alegre al principio, el encuentro ahora se tornó frío. No se besaron. No se abrazaron. Ella no le dio la bienvenida. Y él le besó sólo la mano, con cortesía, mientras decía tímidamente:

- ¡Oh, querida prima!

Y ella respondió, emocionada:

- Louis, ¿pues volviste?

Solamente al llegar a la casa de la hacienda y tras los efusivos abrazos con Henri, con Marie y con el viejo padre Arnold, fue que Berthe se dejó caer en los brazos del primo, desfalleciendo en llanto convulsivo, que a todos dominó.

Capítulo 3, Dudas.

Fue de los más significativos el recibimiento que Louis logró obtener de los aldeanos de su antigua aldea, de Numiers y de Fontaine. El hecho de ser el hijo de aquella inolvidable dama apodada "ángel de los pobres" y de aquél señor feudal que liberaba a sus vasallos y les regalaba tierras y fincas para ellos mismos, después, de arruinarse, eran credenciales que lo recomendaban al corazón de cuantos tenían noticias de su vuelta. En aquél primer día, solicitado por los Numiers, concordó en hospedarse en la hacienda, y fue, con placer que al día siguiente trasladó su equipaje a la casa de su antigua ama y del viejo criado de su padre. Louis, afable y simple, cautivaba a todos con sus maneras sencillas, pues pasó a vivir como campesino al lado de los aldeanos, recorriendo los campos de cultivo, cogiendo frutos, cuidando ovejas, ordeñando cabras y vacas, afirmando por todas partes que cambiaría de buena gana la vida superficial de los salones, por la encantadora sinceridad del campo. Y al oírlo los viejos habitantes de las tres aldeas, exclamaban:

- Este sabe honrar la memoria de los padres. Es sencillo y amigo de los pequeños.

Su afecto por el antiguo colactáneo se conservaba inalterable, y quien los viese ahora, cabalgando juntos por los caminos, afirmarían que habían regresado a las quince primaveras, cuando juntos hacían lo mismo, y que jamás se habían separado. Henri se alegraba con la presencia del colactáneo, lo amaba como a un verdadero hermano, le ofrecía todos los servicios sabiendo que estaba arruinado, hasta incluso la devolución de la hacienda donada por su madre, pues restaría a ellos, los Numiers, los lucros obtenidos en la explotación de la misma, lucro que permitiría a los mismos Numiers reiniciar la vida en otra propiedad a ser adquirida. Pero Louis lo agradecía, conmovido, rechazando el favor

porque seguiría la vida artística en los grandes medios sociales, mientras la confianza se imponía por ventura aún más en el corazón del Caballero por su compañero de la niñez. Y muchas veces, para que Louis consiguiese reproducir, para los cuadros que deseaba pintar, los paisajes de la región, sin ser molestado, Henri lo acompañaba al campo o a las montañas, montando guardia alrededor mientras el otro trabajaba. Y todo parecía estar protegido por la cándida armonía de las grandes e inmortales afinidades.

No obstante, pesadas preocupaciones absorbían a cada momento el espíritu del joven pintor, que temía analizar la profundidad del abismo que se abría en el propio corazón. Al volver a ver a la prima, dulces recuerdos surgían de los secretos de su alma para imponerse al presente, conduciendo impresiones que amenazaban llevar con precipitación todas las conveniencias que podrían detenerlo. Comprendía, angustiado, que el tierno afecto que antes alimentaba por la prima aun niña, haciéndolo soñar, los quince años de edad, con el matrimonio a la mayoría de edad, ahora, en su presencia, se levantaba del corazón, donde permanecía adormecida durante largos años, para revelarse como ardiente e insospechable amor, pasión dominante que no se detendría. Y lo que más lo atemorizaba, llevándolo a buscar la compañía del propio Henri como defensa contra eventualidades imprevisibles, era reconocerse correspondido por Berthe, seguro de que era amado con impetuosidad idéntica a la que hacía agitarse su propio corazón, robándole el sueño durante noches consecutivas. Y meditaba entonces consigo mismo:

- El deber me aconseja partir, decir adiós para siempre a estos amigos queridos, para evitar un drama, una deshonra, pues Berthe, como esposa de otro, deberá ser sagrada para mí. ¿Acaso, Dios mío, tendré el destino de no poder vivir jamás entre los que amo? ¡Sí, partiré! Mañana dispondré el equipaje, embalaré los cuadros y nunca más volveré a Stainesburg, para que Berthe y Henri continúen siendo felices.

Si Louis hubiese oído esas voces de la conciencia y hubiera abandonado la aldea habría evitado situaciones deplorables para su

propio futuro y el futuro de aquella a quien amaba, pues, muchas veces, sufrimos en la vida terrena, no propiamente la fuerza de un castigo, sino la consecuencia de errores cometidos en la misma existencia vigente. Esos grupos de Espíritus se habían reunido en la encarnación para los trabajos de reconciliación de hostilidades antiguas en la fraternidad recíproca. No era, pues, de ley que los hechos que se desarrollaron fuesen obligatorios. Ellos, seguramente, tuvieron su causa en las pasiones incontrolables de aquellos que no supieron cumplir el deber consigo mismos y con aquellos que los rodeaban. Fueron pues, enteramente responsables, ante la ley de Dios, por los acontecimientos que se sucedieron.

Louis no se animó a cumplir la promesa hecha a la propia conciencia para retirarse cuanto antes de la Quinta Numiers. De otro modo, Marie, Henri, y Arnold, le rogaban que no se fuese aún, pues ¿quién sabía si el destino los volvería a reunir algún día? Louis entonces accedía, disculpándose consigo mismo con la insistencia de los amigos en detenerlo, pero en verdad porque así lo exigía su propio corazón. Y se quedaba en la hacienda, y continuaba al lado de Berthe para sentir el corazón inflamado de ternura a cada nueva pulsación, enteramente sin fuerzas para reaccionar contra las dulces intrigas que envolvían su ser. Y pasaron tres largos meses, habiendo enviado él un correo a Brujas, participando al Señor de Pracontal que por motivos de enfermedad no podía regresar en el tiempo previsto.

Fue el propio Henri Numiers, el primero en darse cuenta de la anormalidad de la situación, lo que para él fue como una terrible amenaza de una destrucción eminente.

Normalmente, los grandes amorosos -y Henri era un gran amoroso- dejándose envolver por las armoniosas vibraciones con que saturan el propio ser, las cuales se fortalecen e irradian alimentadas por vibraciones idénticas emitidas por el ser amado, se chocan profundamente cuando perciben que lo desamparan a voluntad de las vibraciones hermanas.

Entonces se vuelven intuitivos, extrayendo, por efectos telepáticos, del aura de aquellos que los traicionan, las denuncias vibratorias, o telepáticas, que cualquier otra persona sería incapaz de percibir y registrar en el sentido propio. Es la "desconfianza", que, no raramente, nada más que la "certeza", existente en el subconsciente, del testimonio que deberá presentar en la prueba de la traición a soportar. Sin embargo, muchas veces, será en el propio sueño corporal que tal certeza ocurre, pues, en ese estado, descubrieron la verdad en torno de sí mismos y también de aquellos por quien se interesan y que para con ellos pretenden la deslealtad. Y he aquí entonces la "desconfianza", las intuiciones que los guiarán al descubrimiento objetivo de cuanto pasa, he aquí las "casualidades" que los llevan a descubrir toda una trama de traiciones, que casi siempre redundan en irremediables desgracias que requerirán siglos para ser corregidas, si aquél que fue traicionado no estuviera preparado para soportar la prueba y perdonar.

Tal como su joven primo, Berthe se encontraba enredada en una trama de amor. Sin embargo, la debilitaba el irritante silencio del mismo, la resistencia, por él demostrada, en servirse de las oportunidades por ella engendradas para confesarle su pasión. Entretanto se comprendía amada, percibía que Louis sufría, y sufriendo ella misma la delicadeza de la situación se tornaba melancólica e irritada, desinteresada de todo cuando antes parecía hacerla tan feliz. Cuando ese típico estado psicológico afectó el trato al marido, cuando este percibió que se tornaba apenas soportado por aquella que ante todas las demostraciones de afecto le concedía, la alarma le invadió el corazón y, sin que él mismo lo deseara, pasó a observarla.

En efecto, Berthe se impacientaba a la menor interpelación del marido, que la invitaba a explicarse en cuanto a los rudos modos con que se veía tratado, humillándolo con sarcasmos y desprecio creciente. Berthe ya no aguardaba su vuelta del campo bajo los cerezos, como acostumbraba desde los días felices del noviazgo. Y si lo oía llegar, celoso de su convivencia como el enamorado ausente desde hacía mucho,

Berthe huía, irritada, confesándose a sí misma, que hasta sus pisadas en el suelo del patio y en los peldaños de la escalera le eran odiosas.

- ¿Quién sabe si será la maternidad que se anuncia, y si la querida criatura está enferma? - preguntaba él a sí mismo, listo para disculparla y dejar de sufrir delante de cualquier otro motivo que explicase la insólita situación.

Por esa época las relaciones entre Henri Numiers, y el Padre Thom, eran las más confiantes y gratas, como, además, lo fueron siempre. Henri no tenía secretos para el amigo sacerdote y le consultaba y pedía consejo sobre todos los problemas que se presentasen en su vida.

Entristecido ante el hecho que se acentuaba diariamente, después de algunos días de torturante expectativa. Henri buscó al amigo en el Presbiterio y le abrió su corazón en quejas sinceras:

- Sí, mi querido Padre Thom, Berthe me evita y me humilla de una forma exasperante, en presencia de quien quiera que sea. Llegó incluso hasta decirme que estaría, seguramente, loca al consentir casarse conmigo, pues, en verdad, nunca me amó. Por mí sólo siente una atracción seguida de repulsión...

- Y, ¿cuándo notaste su indiferencia hacía ti, amigo mío? ¿Es reciente? ¿Tal vez antigua?

- Confieso que solamente ahora la noté. Pero ella me aseguró ahora que la atracción y la repulsa fueron los sentimientos que siempre la animaron respecto a mí. Por amarla tanto me escudé en la absoluta buena fe y jamás dudé de su lealtad. Pero ahora forcé los propios recuerdos y...

- ¡Continúa, Henri!

- Sí, desde que llegó Louis Frederych, coinciden los malos modos con que me trata.

- Tal vez Berthe esté enferma y no haya realmente motivos para inquietarse. Es excesivamente nerviosa y caprichosa, y, reconociendo en ti constantes desvelos para con ella, abusa del poder moral creado sobre ti. Deberías haberla tratado con más severidad desde el principio, amigo mío...

- Padre Thom, no me hago ilusiones: Berthe de Sourmeville-Numiers, mi esposa, ama a su primo de Stainesburg y siempre lo amó. Jamás lo olvidó.

- Por quien eres, mi pobre Henri, ahuyenta de tu mente tales pensamientos, que son deshonorosos para un hombre de bien. Los celos te ciegan y te llevan a delirar creando situaciones seguramente inexistentes...

- Berthe lo ama, Padre Thom, y es amada por él, su primo de Stainesburg - y, al afirmarlo, la voz de Henri era triste, revelando el infierno de aprensiones que agitaban su alma, mientras el Conde provenzal procuraba serenarlo, sintiendo el hielo de la angustia en el corazón:

- Te prohíbo que continúes afirmándolo. Tus sospechas son hijas de los celos infundados. Siempre tuviste celos de Berthe, desde la niñez. ¡Reacciona, Henri Numiers, sobreponiéndote a ti mismo!

- Así quisiera yo que fuese. Si fueseis un hombre casado sabríaís, Padre Thom, que, cuando una esposa se niega a convivir con el esposo, prefiriendo humillarlo con su desprecio, es que otra imagen que no es la de él le domina el corazón. Hasta ahora nada sorprende, es verdad, y declaro incluso que no encontré razones para acusar a Louis. Pero siento que no me engaño y estaré observando de hoy en adelante. Si se confirmase mi sospecha mataré a ambos y me arrojaré después desde la

montaña que limita nuestras tierras con la aldea. ¡Me siento desesperado, Padre! ¿Sabéis, a caso, lo que es sentir un hombre el infierno en el corazón? ¡Pues yo lo sé! ¿Sabéis la desgracia que es amar sin ser amado, verse rechazado en la veneración que consagra a otro, humillado en su sentimiento más querido? ¡Pues yo lo sé! Es lo que estoy sintiendo. ¡Socorredme, Padre Thom, amigo mío, socorredme, por Dios!

Antoine Thomas supo la diestra sobre el hombro del amigo, mientras una profunda preocupación le cargaba la frente normalmente serena:

- ¡Descansa! -exclamó después de un corto silencio- hablaré con Berthe hoy mismo. Ella no me ocultará la verdad, pues me respeta. Y si yo mismo sospechara algo advertiré a Louis y le haré abandonar la aldea mañana mismo.

- Que Dios os oiga Padre Thom. Esperaré.

Se retiró del Presbiterio, y montando en su caballo favorito, que se encontraba amarrado en el patio de la entrada, regresó a la hacienda y se recogió en sus aposentos, donde se dejó caer en un canapé en el que se durmió rápidamente. No obstante, hasta allí llegaban los sonidos alegres de la risa de Berthe, que se divertía haciendo correr al perro detrás de los gansos para oírlos graznar asustados, en lo que era auxiliada por el primo.

Capítulo 4, Tntativas salvadoras.

Al poco tiempo llegaba a la finca una carta para Berthe de Sourmeville-Numiers. Era de Thom, invitándola a visitarlo en el Presbiterio con el fin de comentarle sobre asuntos urgentes. La misiva, discretamente entregada a la destinataria por un discípulo del joven religioso, fue leída a solas, y su recepción no fue presentida por Louis, que se encontraba por las intermediaciones. Con la curiosidad extremadamente agudizada, Berthe se dirigió a sus propios aposentos y leyó:

- Pido permiso, mi Señora, para convidaos a una visita en el Presbiterio con la máxima urgencia. Algo importante me obliga a participaros de que permaneceré a la espera.

- ¿Qué deseará él? - meditaba ella mientras se envolvía en su largo manto negro y calzaba los botines del campo - seguramente algo importante existe para forzarlo a una actitud como esta, pues, si así no fuera, él es el que tendría que haber venido aquí... mientras que últimamente no ha hablado conmigo...

La tarde caía cuando la bastarda de Stainesburg cruzó los umbrales del Presbiterio. Las clases habían comenzado. Pero el Conde de Vermont, el querido Thom, participando a su padre que en aquella tarde faltaría al deber diario, porque un asunto improrrogable lo requería para el bien de la familia Numiers, se retiró de la sala para esperar a Berthe a fin de recibirla, pues no ignoraba que una invitación suya sería una orden para la esposa del amigo. La hizo, por tanto, entrar, recibéndola cariñosamente, y Berthe temblorosa e impresionada, lo siguió en silencio, viéndolo absorbido en preocupaciones. El joven religioso, no obstante, la condujo a la biblioteca, encerrándose allí con ella y, sin invitarla a sentarse, dijo sin rodeos:

- ¡Berthe, alma de mi alma! ¡Criatura bien amada, para la felicidad de quien yo daría la propia vida! ¡Mírame, Berthe, mírame frente a frente! ¡Quiero saber si continúas siendo digna de mi respeto, de ese angélico sentimiento que te consagro, y que solamente a Dios he tenido fuerzas para confesar!

Aturdida, al principio la joven no comprendió el sentido de aquellas palabras, que tanto podrían parecer la orden de un juez como la súplica del corazón herido por múltiples impresiones, y, tímida y con miedo respondió, bajando la cabeza:

- ¿Qué significa eso, Padre Thom? ¡No comprendo! ¿Por qué habláis así?

- Tu marido se queja de ti. Dime ¿por qué le haces sufrir? ¡Aún estás a tiempo, Berthe! Y sea cual sea el error que cometas yo te ayudaré a liberarte de él.

La esposa de Henri bajó nuevamente la cabeza ante el único ser que la haría humillarse, y, apretando las manos una contra la otra, respondió susurrando, como avergonzada o constreñida:

- No cometí ningún error contra mí misma ni contra nadie. Soy inocente de cualquier acusación. Únicamente no amo a Henri Numiers. Nunca lo amé. ¡Y vos fuiste informado de ese secreto mío, Padre Thom!

- ¿Por qué entonces te casaste con él?

- Por un deber, por una necesidad. Sin embargo, Henri no me es odioso, y hay momentos en que llego a amarlo profundamente. Pero, de súbito, siento horror hacia él, siento miedo de él y mi alma siente que, un día, él fue cruel para mí y me acusó de grandes desgracias. Siento por él una atracción y una repulsión más fuerte aún...

- Son evasivas de mala voluntad de tu corazón para con él. ¿Confiesas, entonces, que amas a otro hombre que no es tu marido?

-Sí, lo confieso. Y vos bien sabéis quién es ese hombre, porque jamás lo negué en vuestra presencia.

- Berthe, mi querida hija, ese a quien te refieres debe ser tachado de una vez para siempre de tus reflexiones de mujer, pues nunca existió ni existirá, como hombre, en los caminos de tu vida. Bien sabes que pregunto si olvidas a tu marido delante tu primo Stainesburg.

- Ya os dije que soy inocente, aunque reconozca que entre Louis y Henri yo preferiría a Louis, porque confío en Louis y no confío en Henri. En cuanto a mi amor por vos es el más puro y santo que mi corazón podría abrigar. No os deseo para marido ni amante, sólo quisiera que fueseis mi padre, mi hermano mayor, y que pudiese vivir para siempre a vuestro lado. Mi amor por vos es doloroso, está lleno de misterios, es incomprendible. Pero os declaro, Padre Thom, que no estoy confesando y por eso me niego a responder a cualquier otra insinuación.

Hizo un movimiento para retirarse, pero Thom la detuvo, exclamando:

- Tienes razón. Pero no es simplemente el hombre, es el amigo leal, el consejero que desde tu infancia se habituó a velar por ti el que te viene a suplicar que, si algo perturba la serenidad de tu hogar, que te esfuerces en reaccionar contra la tentación y lo mantengas respetable y feliz como hasta aquí. Henri te venera, Berthe, y enloquecerá el día en que no se vea amado por ti. Piensa, querida mía, en las desgracias que vendrían para todos nosotros si un día llegaras a olvidar tus deberes de esposa. Henri sufre, y yo, que también te amo y sufro por ti, rogándote que no lo desampares, que lo hagas feliz, amándolo como él merece ser amado.

Sin embargo, ella lo miró con amargura, que bien podría traducirse en resentimiento, y prosiguió:

- Un día, Padre Thom, yo os confesé que me sentiría desgraciada si me viese privada para siempre de vuestro amor. Para que yo fuese feliz y me volviese una criatura normal, sería necesario que tuviese vuestro amparo diario, que sintiese a cada momento vuestra protección como se siente la protección de un padre. No sé lo que pasa por mí. Si es que os amo santamente, con un amor diferente de aquellos que he sentido en mi corazón. A veces, una tortura mortal me absorbe y yo tengo la impresión, de que ese amor vive en mí hace siglos, que dramas profundos e incomprensibles sacudieron nuestras vidas y me arrebataron de vuestro camino. Yo no os amo como una esposa o una amante. Os amo infinitamente más, con un afecto especial, seguramente con el amor divino, del que tanto habla el Padre Rómulo. No me resigno a vivir sin vos. Esa es mi tortura, mi desequilibrio, que todos ignoran. A veces, siento que necesito confundirme, amar a otro hombre, entregarme a la vida, para olvidaros. Pero, ¿qué será de mí, el día en que no viváis más dentro de mi alma?

Hablaba entre lágrimas, era tremendo, inconsolable.

Era la hermana de otra vida, Ruth-Carolina de La-Chapelle, hablando a su hermano Carlos Felipe, por cuyo amor se perdió vengándose de la masacre de San Bartolomé, en la persona de Luis de Narbonne, masacre que le arrebató al hermano muy amado y a toda la familia.

Antoine Thomas no respondía nada. Se sentó, descansando el brazo sobre la mesa y el rostro amparado por la mano. Él comprendía, pero, ¿qué podía hacer? ¿Cómo convencer a Berthe a resignarse, volviéndose hacia Dios y empleando en Henri, el sublime sentimiento que alimentaba por él? Viendo que el objeto de su ternura nada respondía, se creyó menospreciada y humillada, y salió lentamente, enjugándose las lágrimas, dirigiéndose hacia la Quinta. Thom no la detuvo, no la acompañó hasta el jardín. Entretanto, cuando percibió que la joven tomaba su trineo y se marchó, se dirigió a la sala de la clase y habló dulcemente con su padre adoptivo:

- Señor, una gran amenaza pesa sobre la familia Numiers, si vuestra intervención no la socorre... Pido permiso para deciros lo que pasa...

El Padre Rómulo dejó las clases a cargo de un auxiliar y salió, impresionado con el tono dramático del pupilo. Este, en rápidos rasgos, le narró las confidencias de Henri, y la ineficacia de las propias tentativas junto a la joven Señora. Sin embargo, omitió las confesiones de esta con respecto a él, así como la extraña atracción afectiva que unía sus almas.

Sin comentar nada, Rómulo solo respondió:

- Consultaré a Louis Frederych. Él tiene el dulce carácter materno. Tal vez podamos hacer algo.

Y, en efecto, se dirigió a la Quinta Numiers, donde pidió permiso para hablar particularmente con el joven hidalgo.

Nadie supo de lo que trataron los dos hombres encerrados en el aposento de Louis durante cerca de dos horas. Sin embargo, oyeron que el Padre Rómulo paseaba por el cuarto, que Louis hablaba en tono bajo, no obstante, pesaroso, y que Rómulo, a veces, levantaba la voz, para calmarla enseguida. Berthe se agitaba, cansada, despertando la atención del espíritu simple de Marie, y Henri, que no se dignó a dejar aún el aposento donde se recogió durante la tarde, continuaba adormecido o esperaba los acontecimientos, conforme prometió a su amigo Thom. No obstante, cuando la puerta se abrió y el Padre Rómulo asomó al umbral acompañado del joven Barón, para bajar las escaleras y volver al salón, donde la familia comenzaba a reunirse para la cena y la velada de la noche, oyeron todos, intrigados, que Louis exclamaba, como respondiendo al viejo sacerdote:

- ¡Estad tranquilo, Señor, partiré mañana, y para siempre!

Pero la cena estaba servida. Se sentaron a la mesa. Solicitado por su madre, el Caballero de Numiers, bajó y se puso a la cabecera frente a su padre, sirviéndose en silencio. Un extraño constreñimiento pesaba entre los invitados, que guardaban silencio. Pero el Padre Rómulo, invitado a cenar con ellos, suaviza la situación narrando con habilidad uno de aquellos brillantes pasajes del Evangelio del Señor, con el que le gustaba ilustrar sus encantadoras charlas.

Capítulo 5, La fuga.

La cena terminó bajo el disfrazado constreñimiento de los comensales. Henri bebió más de lo habitual y no pronunció sino pequeños monosílabos durante la cena. Entretanto, Berthe se mostró atenta y afable con él, y poco a poco pareció tranquilizarlo. Louis escuchaba la hermosa predicación evangélica del pastor de las almas allí presente, y de vez en cuando solicitaba esclarecimientos sobre el tema, tal vez en el intento de levantar el interés para la conversación, corrigiendo así el constreñimiento, que pesaba en la atmósfera doméstica, tal vez sintiendo real interés por las dulces palabras evangélicas. Sin embargo, quien lo observase notaría que sus manos temblaban al asegurar el gran vaso de cerveza, y que su rostro se volvía visiblemente pálido.

Terminado lo que fue la cena Henri Numiers, pidió disculpas al Padre Rómulo y a sus padres, pretextando cansancio, y se retiró incluso sin saludar a las demás personas presentes. Y Berthe lo acompañó cogiéndolo por la cintura tiernamente, como era costumbre desde que se casaron. Impresionado por la advertencia del viejo sacerdote, horas antes, Louis dejó pasar algunos minutos y se dirigió al viejo matrimonio Numiers:

- Mi buena ama... Mi querido padre Arnold... Dejaré vuestra hospitalaria casa mañana, definitivamente...

Marie lo miró sorprendida, sin percibir la profunda melancolía con que la despedida era anunciada, y protestó:

- ¿Por qué, Señor? Prometiste quedarte con nosotros hasta el fin del verano, regresando al entrar el otoño...

- Dios es testigo de que yo viviría entre vosotros como un hijo obediente y feliz. Pero no siendo posible la realización de tal sueño me despido ahora, antes de que las fuerzas me falten para hacerlo más tarde...

- Quedaos, Señor, dentro de poco podremos rescatar el Castillo para vos, la cantidad que hemos reunido estará completa en pocos meses... - interrumpió Arnold.

Louis sonrió tristemente al antiguo criado de su padre, como agradecido por la prueba de afecto recibida, pero continuó:

- Estoy con vosotros desde hace tres largos meses... y cuanto más me demore más penosa se hará la partida. Además, como administrador del Señor Conde de Pracontal tengo deberes que realizar, junto a él, y una ausencia muy prolongada tal vez no sea aconsejable. Partiré, pues, para Stainesburg mañana y después para Brujas, llevándome además dulces recuerdos de los días felices pasados bajo vuestro techo.

- Sí -concordó el viejo pastor de almas- si tenemos deberes que cumplir malo será si los descuidamos.

He aquí, no obstante, que Thom llegó a fin de acompañar a su padre adoptivo en el retorno al Presbiterio, pues la noche estaba oscura y el camino era largo. Y en breve la paz de la noche extendió su manto de silencio sobre la próspera Quinta Numiers.

Al día siguiente, por la mañana, Louis salió para despedirse de sus amigos aldeanos, demorándose en el Presbiterio parte del día y almorzando allí mismo. Avergonzado por la advertencia del Padre Rómulo que, en la víspera, le aconsejó regresar a Brujas, evitando que los ecos del antiguo afecto por Berthe, aflorasen nuevamente en su corazón, amenazando la paz conyugal de Henri, y, de otro modo, temiendo levantar desconfianzas en el corazón de su colactáneo, que se mostraba incómodo por su presencia, desde hacía algunos días, el carácter delicado y humilde de Louis, accedió a la invitación del viejo amigo sin oponer resistencia. Por la tarde hizo el equipaje, embolsó los

cuadros que pintó, y, despidiéndose de su aya y de Arnold entre lágrimas, partió hacia el Castillo. Sin embargo, fieles a los deberes de hospitalidad, Berthe y Henri, lo acompañaron a Stainesburg, de donde partiría para Brujas dos días después, en lo que fueron secundados por el Padre Rómulo. Berthe se mostró indiferente al primo, pareciendo aceptar su partida con naturalidad, y, en ese día, tan afable y solícita se mostró al marido que el Padre Rómulo y el propio Henri, se convencieron de que las sospechas habidas contra ella eran infundadas.

La noche que siguió fue tranquila para los Numiers. Sólo Marie se quejaba de añorar al querido ausente, a quien quería con gran ternura. Berthe y Henri, ahora sonrientes, parecían que jamás hubieran estado tan enamorados, y, en cierto momento, tras el regreso del Castillo, él toma a la esposa en sus brazos y la interroga, entre una queja y una caricia:

- ¡Te amo tanto, mi Berthe! Dios es testigo de mi buena voluntad en hacerte feliz. ¿Por qué me heriste con tu desprecio, en estos días en que casi me vuelves loco con tu indiferencia? ¿Qué te desagrada de mí?

Pero ella prefirió abrazarlo también, descansando su cabeza rubia sobre su pecho jadeante, y respondió, como enfadada:

- Es que, a veces, siento celos de ti y me enrabio... No sé por dónde te pierdes, cuando paseas por ahí, tardando tanto en regresar a la hacienda. ¿No me he de enfadar contigo?

- Él sonrió, enlazándola tal vez con mayor ternura, y la confianza brilló nuevamente en sus ojos, aliviando su corazón de la angustia insoportable de los días anteriores.

En la noche siguiente todo parecía normal y tranquilo. Louis partió de allí hacía dos días, pero nadie lo visitó nuevamente en el Castillo ni comentó su ausencia. Ese día, Berthe ni se ausentó de la hacienda. Sólo, como de costumbre, se dirigió al bosque con el perro, a coger simientes.

A la hora de la cena se mostró risueña y traviesa, haciendo reír al marido y a sus padres con las mil gracias de las que era portadora, y ella misma preparó los dos grandes vasos de cerveza y los sirvió a la mesa, lo que enorgulleció mucho a los tres dedicados corazones. Pero Henri, se sintió, de súbito, somnoliento, diciendo que se recogería más temprano. Al poco tiempo los padres lo imitaron, buscando el lecho. Y en breve el silencio dominó la casa y las luces se apagaron completamente.

Por la mañana el Caballero de Numiers sintiendo que un extraño malestar le debilitaba el ánimo y los nervios. Un sabor amargo en el paladar indicaba que tal vez tuviese fiebre, y un dolor agudo en la cabeza mareaba su cerebro, confundiendo sus ideas. Miró a su alrededor y vio que la ventana del aposento se encontraba abierta. Un rayo de sol entraba por ella, iluminando el entarimado. Miró el lecho de la esposa, al lado del suyo. Estaba intacto. Entonces pensó: - Mi Berthe se levantó más temprano, arregló su lado de la cama y yo aún durmiendo... Sí, debo estar enfermo, para poder dormir hasta ahora...

Sin embargo, saltó del lecho con presteza y procuró vestirse, confiado en la firmeza de la propia fuerza física, dirigiéndose hacia la puerta con el fin de bajar a la sala en busca de las personas de la casa, para que le sirviesen la primera refección. Pero, súbitamente, oye que su madre llama a la puerta del cuarto con fuerza, mientras que, con voz amable, pero inquieta, advertía:

- ¡Henri, hijo mío, despierta! ¡Qué sueño tan pesado tienes hoy! ¡Ya hace tiempo que amaneció! ¡Berthe, Berthe! Por Dios, ¿por qué no os despertáis hoy? ¡Ya son horas del segundo almuerzo!

Sorprendido, se precipitó hacia la puerta, viendo que se encontraba cerrada por el lado de dentro. La abrió con precipitación interrogando, desabrido, a su madre:

- ¡Berthe! ¿Dónde está ella?

- Pues debe estar contigo, durmiendo... Aún no se levantó...

- ¡Oh, no, no está aquí, se levantó. ¡Pero no, no se levantó! ¡La puerta tenía el cerrojo corrido por el lado de dentro!

Entraron ambos, angustiados y sorprendidos. Llegaron a la ventana que permanecía abierta. Los cristales estaban corridos hacia arriba.

- ¿Qué significa esto? - preguntó a sí mismo, en voz alta, inquieto y aturdido, sin poder coordinar las impresiones que le asomaban al corazón. Y sin atender más a su madre, que lo llamaba, bajó las escaleras atropelladamente, llamando a Berthe por el nombre. La buscó por toda la casa. Atravesó los patios, se dirigió a los campos, a los pomares, a los bosques, y, atónitos, los trabajadores vieron que el amo corría de aquí para allá como alucinado llamando a la esposa, mientras por las cercanías el nombre tan amado, era repetido por el eco hasta perderse en las últimas quebradas de los montes, como un adiós supremo a una felicidad que se perdió para siempre.

- ¡Berthe! ¡Berthe! ¿Dónde estás, Berthe?

- Tal vez fue a Misa, al Presbiterio, y se entretuvo adornando los altares... - sugirió Marie, pálida y temblorosa.

Él tomó el caballo, lo ensilló con coraje, auxiliado por el cuidador, y se dirigió al galope a la residencia del Padre Rómulo, las ideas confusas, el corazón alarmado por la angustia, la mente atropellada por presentimientos exasperantes. Mas Berthe no asistió a Misa, no apareció por el Presbiterio, no adornó altares. Entonces Henri recorrió toda la aldea, en su búsqueda, visitó las quintas y las casas de campo vecinas preguntando por ella, y, atónita, la población de Numiers, de Fontaine y de Stainesburg se enteró de que Berthe de Sourmeville-Numiers desapareció de la hacienda de su marido, porque este la buscaba desesperadamente por todos los rincones de las tres aldeas llamándola por el nombre, como si hubiera sido asaltado por un acceso de locura:

- ¡Berthe! ¡Berthe! ¿Dónde estás, querida Berthe?

Y ese día, desde por la tarde hasta el anochecer, no regresó a casa, y ni siquiera se alimentó.

Y se emborrachó por primera vez.

TERCERA PARTE

UN CORAZÓN
TORTURADO

Capítulo 1, El campesino soldado.

En el trabajo intenso de las necesarias investigaciones, mi pensamiento y mi voluntad se detienen ante la tímida capital de Flandes Occidental, reflejada en el ambiente etérico que examino: Brujas. Me esfuerzo... y vuelvo a ver sus calles somnolientas y la pasividad de los habitantes poco amigos del trabajo arduo, comodistas como sus canales durmientes, y las torres pensativas de los viejos campanarios. He aquí que distingo una silueta conocida...

Henri Numiers, a caballo, vistiendo su modesto uniforme de Caballero, atónito como, generalmente, sucede a los provincianos, al verse por primera vez en un ambiente extraño al de su aldea, entraba en Brujas una tarde de otoño, acompañado de Rómulo Del Ambrozzini, y Arnold Numiers, un mes después de aquella dramática noche, en que vino al viejo Padre y a Thom sacarlo de la taberna del maestro Félix, para llevarlo a la propia residencia. Esa noche, quedó establecido entre los padres del joven Caballero, y los dos generosos amigos y consejeros de la familia que, para el bien del futuro del joven, él debería marcharse de la aldea para experimentar la vida de los grandes centros urbanos, pues su estado moral requería distracciones propicias para olvidar el drama que vivía por el abandono de la esposa, a quien amaba con dedicación.

El Padre Rómulo tenía en Brujas un gran amigo desde los tiempos de la juventud, cuando, en Oriente, desempeñó papeles humanitarios, en misiones especiales: Rómulo como sacerdote, llevando la palabra del Amor y de la Fe a los sedientos de consuelo y de justicia, y su amigo como militar, llevando la civilización entre indígenas necesitados de todo, hasta incluso de los principios de higiene corporal. Ese gran amigo era francés de nacimiento, español de origen, era Conde, y se llamaba Olivier de Guzmán. Humanitario, amigo del prójimo, culto, dedicado a los asuntos filosóficos-religiosos, poseía vastos conocimientos, también

sobre Ciencias Ocultas, y en su permanencia en India, durante largos años, amplió tanto los conocimientos al respecto, que llegó a ser considerado sabio entre los amigos y partidarios. Y, tranquilo y equilibrado, criterioso y servicial, era también enérgico y valiente, pacificador de los nativos y de los soldados obstinados, hábil catequista, que conseguía atraer para el Cristianismo almas inmaduras, volviéndolas útiles a sí mismas y a la sociedad en la que vivían. Desde entonces Rómulo y Olivier nunca se perdieron de vista. Se visitaban cuando era posible, manteniendo correspondencia por correos especiales cuando era necesario.

Ahora Rómulo sabía que, por aquella época, Olivier permanecía en Flandes, donde servía al gobierno con su batallón de mercenarios disciplinados y valerosos. Escribió al amigo al respecto de Henri, después de hablar largamente con éste y sus padres. Olivier accedió recibir al joven campesino en su milicia, mayormente porque sabía que era valiente con las armas. Autorizó el amigo a llevar el solicitante a Brujas, pues en breve, partiría para Francia, donde pondría a las órdenes de Su Majestad Luis XIV, su ejército bien armado y adiestrado. Todos pensaban, pues, en que, alistándose en el batallón de caballeros, del cual el Coronel Olivier de Guzmán era el comandante, el futuro de Henri no sólo estaría garantizado, sino también los viajes, tareas y misiones contribuirían para la cooperación de su tranquilidad y el reajuste moral del desequilibrio por la pasión sucedida. Henri accedió, comprensivo. El ambiente de la aldea se le hacía odioso desde que Berthe lo abandonó. Perdió el interés por el trabajo, se volvió irascible y neurasténico, una incorregible angustia le alteraba hasta el semblante antes tranquilo, y la vergüenza por la ofensa impune, que sufrió, el oprobio sabiendo que era señalado y ridicularizado por los habitantes de las aldeas de alrededor, solamente eran amenazados por la bebida del alcohol que, decía, lo aturdió, haciéndolo olvidar los hechos durante algunas horas, cuando embrutecido por la embriaguez, se tiraba en cualquier rincón para dormir. En verdad, por tanto, Franz Schmidt, que se suicidó odiándolo, ahora se vengaba del ultraje recibido tres años antes y se unió a él, obsesándolo, deseoso de llevarlo hasta el extremo.

Hacia tres meses que Berthe y Louis habían partido y ninguna noticia llegó a la Quinta Numiers de su paradero. En aquella mañana en que vimos a Henri desorientado y casi loco, buscando a la esposa por todos los rincones de la aldea y sus inmediaciones, Thom, angustiado, se decidió a ayudarlo. Tomó un caballo aprisa y, a galope tendido, se dirigió al Castillo de Stainesburg, en busca de noticias. Entonces, supo que Louis partió por la madrugada, precipitando el viaje, que estaba programado para el día siguiente, y que lo hizo acompañado de un criado muy sospechoso, porque mal disfrazado con ropas masculinas, el cual, decía, se decidió a partir en compañía del joven Barón, a fin de intentar la vida en París, donde el joven hidalgo decidió seguir. Sin embargo, los criados del Castillo afirmaron que ese criado no era otra persona si no la propia Berthe de Sourmeville-Numiers, disfrazada, y que nada habían dicho a Henri en las primeras horas temiendo violencias imprevisibles.

Mientras tanto, Marie encontró una tarjeta en el propio aposento del matrimonio Numiers, que decía así:

- "Vuelvo con los míos, a quienes siempre amé. Nunca me acostumbraría a vivir entre aldeanos. Perdona, Henri, perdona mi buena ama, perdona, padre Arnold. Yo os amo y os agradezco. Pero no me sería posible ver partir para siempre a mi pobre Louis".

Rómulo, por la tarde, visitando el mismo aposento y examinando los restos de la cerveza aún en el jarro, bebidos después la cena, constató que la hermosa Berthe contaminó la cerveza con drogas narcotizantes, con el fin de adormecer al marido con seguridad y poder salir sin mayores preocupaciones.

- ¡Pero, Señor, no aparentó nada, se mostró amable y tierna con Henri todo el día! ¡Louis decidió partir de un momento para otro! ¿Cómo puede traicionarnos tanto la niña? -se lamentaba Marie bañada en lágrimas.

- Estarían, entonces, previamente de acuerdo, pues bien ves, pobre madre, que la infeliz Berthe no olvidó llevarse ni ropa ni dinero...

Lo que, no obstante, todos ignoraban era que Berthe rogó al primo que la aceptara en su compañía, que él rechazó practicar ese acto que sería una infamia, un crimen sin perdón contra su colactáneo, y que fue ella, y no él la que lo planeó todo presentándose a él, en el Castillo, dispuesta a seguirlo de cualquier forma, incluso sola. Louis la amaba. Flaqueó en la residencia. La escondió durante algunas horas en sus aposentos. Buscó ropas masculinas para ella y, adelantando el viaje, partió por la madrugada temiendo consecuencias desastrosas. Sin embargo, ese acto infame les costaría a ambos largo tiempo de sinsabores y, como Espíritus, una nueva existencia de amargas y decepciones.

Era por la mañana, y el huidizo Sol de otoño alumbraba tibiamente lo alto de los campanarios, donde una neblina muy clara y transparente tomaba resplandores de diamantes por los rayos dorados de la luz que se extendía lentamente, por los espacios recorridos por los vientos que subían de los canales.

El Padre Rómulo que, en la víspera, al llegar a Brujas, se dirigió al modesto hotel con los compañeros, ahora trataba de indagar si su viejo amigo Olivier de Guzmán estaría en la ciudad, o en su antigua casa de campo. Obteniendo las necesarias informaciones en el propio cuartel, donde descansaba la caballería del ilustre militar, el piadoso sacerdote, partió con el hijo de Arnold hacia la residencia del amigo, en cuya capacidad de auxilio ponía las esperanzas para socorrer a su querido discípulo. Se dirigieron, pues, ambos para allá y con facilidad encontraron el Palacio Olivier, situado en la calle central de la vieja y tímida capital flamenca.

Olivier de Guzmán, contaba cerca de sesenta años de edad, era fuerte y alto de estatura, y su porte digno y grave infundía respeto a quien se aproximase a él, a pesar de la dulzura estampada en sus ojos grises, y

en la sonrisa bonachona, con que siempre se predisponía a atender a aquellos que a él se acercaban.

- El Conde de Guzmán es un noble franco-español y un verdadero hidalgo, por la bondad del corazón y la rectitud del carácter, mi querido Henri, y se encuentra a la altura de transformar tu situación hasta que verdaderamente te tranquilices contigo mismo. Sin embargo, será necesario que tengas buena voluntad para atenderlo y seguirlo, cooperando con él al servicio de ti mismo. Lo conocí en la India, durante nuestra juventud, cuando por allí anduve en peregrinaciones al servicio de Jesús y él en misión militar, que degeneró en un curso de Ciencias Ocultas transcendentales, y catquesis religiosa junto a los nativos -decía Rómulo al joven provinciano mientras caminaban hacia la residencia del amigo.- Te recomendaré a su cuidado, y estoy seguro de que mi pedido será respetado por su buena voluntad, siempre lista para servir. Tú trata de portarte con dignidad junto a él, conquistando, por ti mismo, su estima y su confianza.

Olivier recibió al amigo con las más distinguidas atenciones, mostrándose el demócrata de siempre. Se entendieron plenamente con relación a Henri, fue puesto al corriente de la situación moral del joven provinciano, y se decidió que este, aldeano rico, sabiendo leer, escribir y contar perfectamente, cosa rara en aquella época, ya armado Caballero por el Señor del burgo donde residía e hizo el servicio militar, compraría una compañía de caballeros y recibiría la graduación militar de Capitán para servir, en el batallón del propio Olivier, al rey de Francia, que necesitaba soldados, y para donde se dirigirían dentro de corto plazo. Henri compró la compañía de caballeros indicada, vistió el uniforme de Capitán y concordó en servir a las órdenes de Olivier de Guzmán, con quien ya simpatizó.

Era Luis de Narbonne reencarnado, volviendo a las labores militares, como tan grato le fue en la anterior existencia.

Entretanto, el Padre Rómulo y padre Arnold habían regresado a la aldea de Stainesburg y a la Quinta Numiers, respectivamente, afligidos ante la necesidad de la separación de aquel que tanto los preocupaba, y el rubio Caballero de Numiers, se vio sólo en una ciudad extraña y triste, envuelta en brumas frías cuando el Sol se ponía tras los campanarios.

Deberían seguir para Francia, pero la orden de partida tardaba, y Henri estaba nervioso, ansioso por partir. Y la vida del nuevo Capitán transcurría monótona entre las ocupaciones del nuevo estado y la vida indiferente de los hombres de armas, que se dividían entre el cuartel y las tabernas, donde se excedían en compañías poco recomendables. Le oprimían el corazón cruciantes nostalgias de la aldea natal, y los recuerdos del pasado feliz castigaban su mente deprimiéndole el ánimo cada día que pasaba. Y, poco expansivo, no se unía a los compañeros para fortalecer afectos que amenizarían la soledad en la que le gustaba permanecer. En vano Olivier de Guzmán lo invitaba a las veladas con la propia familia, fiel a las recomendaciones del amigo del Ambrozzini. El joven aldeano, después de comparecer algunas veces, agradecido por las demostraciones de aprecio que recibía, aceptaba ahora las veladas y bailes a los que era convidado, dislocado en un ambiente ultra-elegante donde contemplaba a todos felices, cuando él mismo llevaba la amargura de incurables decepciones. Sin embargo, se daba al placer de realizar largas caminatas por las calles de Brujas, sólo, cabizbajo y taciturno, sin prestar atención a los demás transeúntes, que admiraban su bello porte de Caballero y los sonidos de las espuelas de sus botas tocando en el suelo, cuando pisaba fuerte, a pasos rítmicos.

En Stainesburg corrió la noticia de que Louis Frederych se dirigió a Francia. Por eso no contaba en encontrar a Berthe en Brujas, no la buscaba, no preguntaba por ella o por Louis. Sin embargo, una tarde, sus pasos lo encaminaron a una plaza de aspecto noble, rodeada de palacios y edificios de gran belleza arquitectónica. Un puente de piedra con largos bancos acoplados en rincones caprichosos, daba acceso al otro lado de la aristocrática plaza. En aquella hora de la tarde, casi al crepúsculo, la plaza presentaba un aspecto tímido y muy tranquilo. Fue a ese puente donde

Henri se dirigió esa tarde. Se sentó maquinalmente en uno de los bancos y se mantuvo pensativo, como siempre, mientras los raros transeúntes pasaban de regreso a sus hogares.

De pronto, unos sonidos de arpa se oyeron próximos al lugar donde él se hallaba. Partían de un palacio próximo, y Henri, que admiraba la música, se volvió emocionado al oír los primeros acordes de una canción que no le era desconocida. Una voz suave de mujer se elevó en el aire y cantó. Cantó una vieja canción medieval, llena de pasajes apasionados, recordando a la castellana amorosa que perdió a su guerrero en cierta batalla cruel.

El Caballero de Numiers se sobresaltó:

- ¡Cielos! -gritó para sí mismo- ¡esta voz es de Berthe! Ella aprendió esa canción con el Padre Thom, en su niñez, y la ensayaba muchas veces, cuando vino a Numiers... ¡Pero entonces es preciso que te vea, Berthe! ¡Es preciso que te vea y te pida explicaciones de la infamia que practicaste contra mí!

Él vibraba y su corazón latía con tal violencia que le entumecía la garganta y le nublaba la vista. Casi inconscientemente se dirigió al Palacio, dispuesto a entrar e invadirlo de cualquier forma. Pero cesó la hermosa canción y el ímpetu que lo acometió se enfrió.

- ¡Estoy loco! - murmuró. - No es posible. Berthe huyó a Francia, no se atrevería residir en Brujas. Huyó a Francia, donde Louis tiene parientes... esa canción la cantaba ella en otros tiempos. No puede ser ella, no es ella...

Y volvió a sentarse en el banco dispuesto a esperar una nueva canción a fin de estudiar mejor el tono de aquella voz femenina que lo conmovió:

- ¡Querida Berthe, cuánta falta me haces! Si te encontrase, ¿tendría fuerzas para matarte o perdonaría tu falta para comenzar la vida en tus brazos? - habló consigo mismo.

Pero la dulce voz no volvió a cantar. Él esperó, la noche cayó, el Palacio se llenó de luz festiva, pero él sólo oyó música de baile. Allí había una fiesta. No obstante, observó que un hombre pasaba por el puente. Se aproximó:

- ¿Podéis informarme, Señor, quién habita aquél palacio gótico, al otro lado?

Era un oficial el que preguntaba, un Caballero, hidalgo, seguramente. El interpelado no titubeó y respondió:

- Aquél palacio es la residencia de invierno del administrador del Señor Conde de Górs-Pracontal, Barón Louis Frederych de Stainesburg. Hay una reunión hoy allí. ¿No veis los carruajes de los convidados, que llegan?

Henri agradeció y se marchó de allí, las espuelas sonando sobre el suelo de las calles, caminando hacia su cuartel:

- ¡Ferdnand de Górs, Conde de Pracontal! Era el protector de Louis, su colactáneo de Stainesburg. ¡Sí, fue Berthe quien cantó! - se decía a sí mismo, con la mente en llamas, mientras caminaba.

Capítulo 2, Los esposos.

Tres días después de los últimos acontecimientos, la aprensión y la angustia de Henri aún eran torturantes. Por la mañana del tercer día, él se dirigió al cuartel, donde empezó pasando revista al vestuario y armamento de sus soldados, pues era exigente y celoso de la buena presencia de los mismos. Después de sentarse y tomar notas y hacer recomendaciones para el día siguiente, escribió. Un poco más retirados dos Caballeros, como él, conversaban discretamente sobre asuntos del día, pero no tan discretamente que no permitiese a Henri oír lo que decían. De pronto, un nombre le hirió los oídos y el joven provinciano prestó atención a la conversación.

- ¿Cómo sabes, Hans, que el rey de la moda volvió a Brujas? Consta que, ahora, se trasladará a Francia. Debes saberlo, ¿pues no eres el cortesano favorito del Señor Barón?

- ¿Cómo osas dudar de mí? Louis de Stainesburg volvió después de una temporada en Alemania y en su tierra natal, y ayer hubo recepción en el Palacio, para presentar a la esposa a la nobleza. Estuve en el lugar hasta la madrugada. Sabes que estoy casado con la dama de compañía de la Baronesa. Y por hablar de la Señora Baronesa, ¿viste que linda mujer es ella? ¡Parece un ángel desterrado del Cielo! Nunca vi belleza semejante...

- Oí decir eso mismo; parece que es realmente linda. Y él se vale de ella como modelo para sus cuadros, pues es un artista que tuvo éxito por donde anduvo, lo que además no es muy apreciable en un hidalgo...

- Ahora, él es pobre, necesita algo para vivir, dicen que perdió sus tierras de Stainesburg, que están hipotecadas y él no puede volver a verlas...

Pero, la conversación terminó ahí, y Henri no escuchó nada más. Entretanto llamó al Caballero Hans a parte, invitándolo a beber con él en una taberna próxima y, cuando percibió que el compañero de armas se alegraba un poco más, le dijo:

- Con que ¿entonces eres casado, Caballero Hans? Te suponía soltero...

- Ahora, amigo, ¿qué se ha de hacer cuando no hay guerras? ¡No teniendo nada que hacer, cásese! ¿Por qué no haces lo mismo? Oh, si encontrases una mujer como la que poseo te desaparecerían las neurastenias...

- ¿Por qué? Pues ¿no es cariñosa entonces tu esposa?

- ¿Cariñosa? ¡Ah, ¡Ah, ¡Ah, ¡Es un chacal, Caballero de Numiers, un chacal con uñas y dientes! ¡Servidora de hidalgas, se cree hidalga también y me trata como a un lacayo, a mí, un Caballero del Señor de Guzmán!

Henri temblaba de emoción, y si Hans se encontrase en condiciones de observar habría visto que el amigo empalidecía y sus ojos ardían de ansiedad. No obstante, dijo:

- Yo soy de la aldea de Stainesburg, conocí al Barón en nuestra niñez, mi padre fue criado del Barón su padre, mi madre era, como tu mujer, dama de la Baronesa. Conocí también a la Señora Berthe, actual Baronesa de Stainesburg, pero hace muchos años que no nos vemos. Louis y Berthe siempre fueron amigos. Me gustaría verlos ahora, que soy Capitán. ¿Podrías prepararme un medio de entrar en el Palacio a fin de visitarlos?

- ¿Por qué no pides una audiencia? Sería más lógico. La Baronesa es afable, como debes saber, y el Barón es tenido como la bondad y la gentileza personificadas... Dicen que salió a la madre.

- Sí, salió a la madre, que era muy buena, me acuerdo de ella. Pero yo quería darles una sorpresa, visitarlos cuando estuviesen solos, no en audiencia. Recuerda que te dije que nos criamos juntos. El Barón es mi colactáneo.

- Es fácil lo que deseas. Te llevaré allí.

- Pues, ¿me harás ese favor?

- Te presentaré a mi mujer y le diré: "Aquí está un compañero de infancia del Señor Louis y de la Señora Berthe, el cual desea verlos particularmente, pues también él es de Stainesburg". - Tú eres un guapo muchacho, mi mujer se enamorará de ti y me proporcionará todo.

- No olvides de avisarla de que es una sorpresa...

Se despidieron y cada uno se fue a tratar de sus propios quehaceres.

Saliendo de Stainesburg, Berthe y Louis, aguardaron en Brujas los propios esponsales. Fue falsa la noticia de que habían partido para Alemania o para Francia. Louis no deseaba unirse ilegalmente a su prima, pues, temía que la sociedad se negase a aceptar su unión con la misma, ya que no fue anunciado un noviazgo, y, deseoso de continuar disfrutando de la consideración general, combino con Berthe que se casarían en Brujas, a pesar de estar ella unida a otro hombre por los lazos del matrimonio. Además, según el criterio de la época, el casamiento de Berthe y Henri, podría ser anulado, no era siquiera válido.

Berthe, reconocida por el padre a través de un documento que le permitía usar el nombre de la familia, era noble, y Henri no era más que un campesino armado Caballero. Para que tal casamiento fuese válido, serían necesarios permisos especiales. Esos permisos no fueron requeridos. Al casarse, Berthe era menor de edad, casándose sin el

consentimiento de su tutor, en ausencia de este, el cual, por ley, sería el propio Louis Frederych de Stainesburg, sustituyendo al padre por muerte de este, pues el cargo sería hereditario, y todo eso era razón suficiente para deshacer el lazo matrimonial no válido por naturaleza. Era, en verdad, un crimen, una argucia con la que deseaban encubrir otro crimen.

Entretanto, en sus horas de meditación, Louis se sentía inquieto. La conciencia lo acusaba del error que practicaba, y él, que ahora tenía a la mujer que amaba, no era feliz como sería de esperar. Sin embargo, para disculparse, y tal vez con alguna razón, él se lamentaba diciéndose a sí mismo:

- ¡Oh, padre mío, padre mío! ¡Yo te pedía tanto que no me separases de Berthe! ¿Qué hiciste de mí, separándome de ella en la niñez?

Al llegar a Brujas, Louis dejó a la prima en un convento de religiosas y, como allí mantenía las mejores relaciones de amistad, ya que era pintor y reparaba frecuentemente cuadros y vidrieras de la catedral y del convento, fue bien recibido por la superiora al presentar a la joven, diciendo:

- Señora, os ruego que tengáis en la casa del Señor a mi prima, *Señorita* de Sourmeville. Nos vamos a unir en matrimonio, la traje de la Provincia hoy, y como ambos somos huérfanos, el Señor la hospedaré hasta que la haga mi esposa.

- Noble Señor -respondió la religiosa con bondad- confiad en la sierva de Dios. Vuestra prima será tratada con la consideración que merece hasta que recibáis la bendición nupcial.

Algunos días después se celebraba la unión sacrílega en el propio Santuario del Convento, a los sonidos del órgano y de los cánticos de las monjas, que se mantenían ocultas. La nobleza de Brujas asistió, sorprendida con el inesperado acontecimiento, y deseosa de conocer a la novia de tan gentil hidalgo, cuya hermosura era comentada en los corrillos aristocráticos como la más perfecta que se haya podido ver.

Alineados a lo largo de la nave de la capilla, los convidados vieron pasar a los novios camino del altar. Berthe, en el auge de la ambición, satisfecha veía, encantada, que las damas y los caballeros se inclinaban a su paso y que, de todas las mujeres presentes, ella era la más admirada, porque era la más bella. En aquel instante, todo desapareció de su pensamiento, todo lo que no fuese aquel mismo instante. Ella ni incluso se acordaba de que en la soledad de una aldea apartada un hombre digno y generoso, un campesino, se debatía en torturas morales, herido por su infidelidad.

Sin embargo, de entre los presentes a la ceremonia, había un hombre que, al ver a Berthe, no sólo se dejó invadir por una sincera admiración, sino también se sintió presa de una insólita emoción. Era Ferdinand de Górs, Conde de Pracontal, hidalgo de buen linaje, Coronel de los Ejércitos de Flandes. Ferdinand era el padrino de la novia, invitación que Louis le hizo, y que él aceptó con satisfacción. Ferdinand era amigo y protector de Louis de Stainesburg, como sabemos, y su afecto por el joven artista fue siempre tan expresivo que este daba que pensar:

- El Señor de Pracontal sustituyó a mi padre junto a mí.

En efecto, el ilustre Coronel de Flandes lo favorecía tan eficazmente que todo el bien del que ahora disfrutaba Louis se lo debía a él. Riquísimo, poseedor de tierras y propiedades valiosas, que le rentaban una fortuna, Ferdinand se rodeaba de una corte lujosa, e hizo de Louis su cortesano favorito, razón por la que toda Flandes concedían a este las mayores atenciones. Considerándolo bello, elegante, distinguido, el hidalgo hizo de Louis el rey de la moda. Así era que vestuarios masculinos, saludos de salón, reverencias, modos de caminar o de sentarse, músicas, canciones, bailes y hasta ceremonias de mesa eran lanzados por Louis de Stainesburg a las exigencias de su protector. No obstante, digamos en defensa del delicado hijo de la Baronesa Claire que sólo en contra de su voluntad y por afecto a aquel que todo debía él se

inclinaba a tales deberes. Entretanto, el Señor de Pracontal, que era un espadachín de los más temibles, que ejecutaba, bromeando, todas las armas, invencible en los duelos y temido en las guerras, no era un hombre honrado y Louis lo sabía. Libertino, liviano, hipócrita, él tanto podía ser amigo hoy como enemigo mañana. Soltero, ya de edad madura, se rodeaba de odiosas compañías, no habiendo conquistas amorosas que dejase de intentar. Louis de Stainesburg, pues, si tenía para con él motivos de gratitud, también lo temía y aspiraba liberarse de su yugo.

Delante del altar, vistiendo su requintado uniforme de gala, bordado en oro y de insignias, la mano izquierda asegurando la cazoleta de la espada y la derecha sosteniendo un cirio encendido que, en la iglesia, le habían ofrecido, Ferdinand de Górs, vio aproximarse a Berthe de Sourmeville, y a Louis de Stainesburg, para unirse en matrimonio. Y después de la ceremonia, cuando Louis le presentaba a Berthe, y él, inclinándose para saludarla, sintió que su corazón se aceleraba y que su mano temblaba en la cazoleta de la espada, dijo para sí mismo:

- ¡Qué extraña mujer! ¡Diría que la conozco hace siglos! ¡Ella ha de pertenecerme, aunque tenga que incendiar Brujas!

No obstante, los festejos con que el amigo y protector los homenajó, probando, así, su gran afecto, Louis y Berthe desearon pasar algún tiempo en Francia, temiendo represalias de Henri y sus amigos aldeanos. Ferdinand accedió de buen grado y con la mejor sonrisa, respondió a la nueva petición de permiso de su colaborador.

- Id, Barón, viajad y haced que vuestra esposa conozca aquella linda Francia. Pero no os olvidéis de, cuando regreséis, traer nuevas modas, nuevas obras para nuestro teatro, nuevos cuadros y bailes nuevos...

La noticia, pues, de que Louis y Berthe había emigrado a Francia tuvo un fondo de verdad, aunque no completa, y llegó a Numiers por intermedio del Castillo de Stainesburg y Henri lo supo. Por eso, jamás esperaba encontrar a la esposa en Brujas, porque coincidió en seguir para

aquel país con los batallones del Señor de Guzmán, y porque, ahora, se emocionó tanto al enterarse de que la esposa se encontraba en Brujas y que le era posible verla y hablarle al día siguiente.

¡Berthe de Sourmeville-Stainesburg!

Altiva, siempre hermosa, aquí estaba reclinada en su canapé favorito, reflexionando, y, de vez en cuando, atenta a un papel que traía entre las manos.

Vestía de franela blanca, pues el invierno amenazaba con su llegada, e, indiferente, a veces cerraba los párpados, como si adormeciese. A un lado estaba la pequeña arpa, en la que acababa de acompañarse cantando una canción cuyos versos allí estaban, en el papel que sostenía en las manos, compuestos por Louis.

Pensaba en Louis que se encontraba ausente desde por la mañana, el cual accedió a los convites de Ferdinand, y siguió con este una comitiva de amigos a la caza de los gamos en los cotos de Pracontal. Pensaba en Ferdinand, en el cual admiraba la fuerza y el poder, pero a quien temía por notarle expresiones equívocas en la mirada. Recelaba que la caza le trajese sinsabores, por cuanto Ferdinand, temible como adversario, hipócrita, intrigante, sería capaz de...

Pero no pudo terminar el pensamiento.

Lucienne, su criada favorita, entró discretamente en el aposento después de pedir permiso.

- Señora -dijo ella- un mensaje de parte del Señor de Pracontal...

Berthe se sentó en un instante en el canapé en que se reclinaba y, ansiosa, exclamó:

- ¡Oh, a estas horas! ¡Quién sabe lo que le sucedería a Louis en esa maldita cacería! ¡Dame, Lucienne, dame la carta!

- Señora, el mensajero no me la quiso entregar. Tiene orden de entregarla sólo personalmente.

- Pues mándalo entrar, mándalo entrar porque ya me angustio.

- Él está en la antecámara, Señora, y parece estar muy nervioso; parece un loco... apenas pude contenerlo y convencerlo de que era preciso avisaros...

- ¡Oh, maldición, alguna desgracia le sucede a Louis!

Se levantó e iba a caminar hacia la puerta, con la intención de ir, ella misma, al encuentro del mensajero, pero se paró de pronto con un gesto de sorpresa, mientras, horrorizada, daba un paso atrás. Un grito se le escapó de la boca y ella, con los ojos clavados en la puerta, exclamó:

- ¡Henri Numiers!

Sí, Henri Numiers. Era él el que allí estaba con todo el rigor de su rebeldía y el dolor de su amor pisoteado, y que creyó por bien aquel ardid por haberle parecido infalible, para ser recibido. Henri, que también se sentía interceptado, paralizado en el suelo, sintiendo que el cerebro se le nublaba y una emoción inaudita le paralizaba la lengua cuando su deseo era insultar a aquella mujer, golpearle, morderle sus carnes como un lobo a una oveja. Sí, Henri allí estaba, delante de la esposa, sintiéndose presa de una pesadilla.

Dejó caer el cortinaje que él mismo levantó para pasar y, cuando Lucienne, intrigada salía de la sala para espiar lo que sucedía en la antecámara, él caminó hacia Berthe y le habló con odio en estas expresiones:

- ¡Finalmente te encuentro, desgraciada, y vas a pagar ahora el ultraje con que me heriste!

La tomó por las manos y le apretó con fuerza mientras hablaba, pues la joven, llena de sorpresa, aún no volvió en sí del espanto y, desorientada, no encontraba palabras para responder ni fuerzas con las que poder escapar de su violencia. No obstante, el proseguía, trayendo la inmensa amargura que lo torturaba:

- Infame, cobarde y perjura, ¿dónde está tu amante? ¡Quiero matarlo primero a él, delante de ti, y matarte después como se mata a una miserable perra!

Berthe se irritó y aquellas palabras groseras, que ella nunca soportó en la aldea, le hirieron los oídos ya acostumbrados a las frases refinadas de los salones. Ella era intrépida y nunca temió a Henri. Se rehízo del susto y, midiendo el peligro que corría en presencia de aquel marido vengativo, calculó que urgía actuar con intrepidez y arriesgarse con su ira para vencerlo. Berthe no ignoraba el mando que siempre ejerció sobre él, desde la infancia, y, con una rapidez que respondía por la fertilidad de su imaginación, dedujo por las expresiones del esposo:

- Él me ama. Un amor como el de él no se extingue jamás. Si no me amase se limitaría a olvidarme. Se arriesgó y me buscó sabiéndome protegida por hidalgos porque aún me ama. Sacaremos de ese amor el mejor partido.

Se rasgó el corpiño del vestido con un gesto teatral, puso al descubierto el cuello y los hombros blancos como la leche y, jadeante de rabia, lo desafió:

- ¡Mátame, Henri! Aquí me tienes, indefensa y sola, pero no cobarde. ¡Hiere, desgraciado que no te avergüence amenazar a una mujer, sabiendo que se encuentra sola en casa!

Pero Henri no la mató.

- ¡Berthe, oh, Berthe, escúchame, por Dios, no quiero matarte, perdóname! Sufro como un desgraciado, no puedo olvidarte y eso me desespera. Te amo aún, querida mía, te amaré siempre, tú eres mía, me perteneces, no puedo vivir sin ti y te llevaré de aquí para que no me hagas enloquecer de desesperación. Tú me amas, yo lo sé, es imposible que no me ames, ya que fuimos tan felices en Numiers. ¡Algo ocurrió, contra tu voluntad, para que procedieses así!

La besó con delirio, con la pasión de siempre. Y entonces, paralizada, lo abrazó también, lo besó con ternura y compasión, acariciándole los cabellos, sin poder razonar de cómo se podría desprender del pobre abandonado. ¡Porque seguirlo, reanudar el pasado, vivir nuevamente a su lado, en la oscuridad de su nombre plebeyo, entre aldeanos y pastores, en su Quinta lejana y triste... oh, no! ¡Era imposible! ¡Antes morir!.

Capítulo 3, La intrigante del siglo 16.

Por la madrugada Henri aún se encontraba en el Palacio Stainesburg. Pasó la noche con la esposa, no consintiendo dejarla. A Berthe le fue necesario todo su arte de seducción para calmar al marido y obligarlo a entenderse con ella en términos normales. Henri se encontraba en la situación de hombre que pierde el sentido de la razón para volverse juguete de las pasiones que lo perdieron. Después de haber entrado en la residencia de la esposa valiéndose de un ardid ofrecido por el amigo Hans, que lo creía infalible para que el amigo fuese recibido por sorpresa, poseído de las más violentas intenciones, el infeliz se dejó vencer una vez más por aquel amor inolvidable, que ardía en su alma desde hacía siglos, y se mostró el perfecto amoroso que ella siempre conoció. Fue lo suficiente para que la traidora mujer se orientase y comenzase a tramar el enredo para perderlo y liberarse de él. Resistir sería imposible, pues Henri se mostraba dispuesto a los mayores desatinos. Entonces la hermosa amante de Louis cedió a las ternuras del apasionado esposo, envolviéndolo en las redes de sus caricias tan gratas como fatales para él mismo, tal como sucedió un siglo antes. Y Henri, que creía estar soñando, sin creer en la realidad que en ese momento disfrutaba, tenía, no obstante, momentos de violencia, celoso de vengarse, grosero e insoportable. Poco a poco se calmó, y conversaron, y ella, llena de caricias, besándolo amorosamente a cada instante, se quejaba:

- ¡Sí, Henri, estoy tan arrepentida de lo que hice, si tu me pudieses perdonar! ¡Oh, yo no nací para esta fastuosidad, bien lo ves! ¡Fue una alucinación de mi cerebro exaltado y tú debes perdonar, querido, pues, al final, soy tu esposa! Louis me desprecia porque no soy lo bastante noble. ¡Todos me insultan, pues saben que no soy su esposa, y una vida así es intolerable, cuando yo me acostumbré a tu gran bondad y a la

consideración de nuestra aldea! ¿Qué será de mí, Henri? Es preferible morir a continuar sufriendo el desprecio que recibo...

Mas el esposo la escuchaba en silencio, sin dar crédito a la palabrería que oía, sumergido en meditaciones, reteniéndola presa en sus brazos.

- No parece que sufras. Te encuentro bien instalada, rodeada de lujo, con una excelente presencia. ¿Por qué mientes así? Louis no podría si no tratarte con aprecio y consideración. ¿Olvidas que lo conozco desde niños?

- Al principio fue amable, pero ahora, ¿ves? Él se divierte, es invitado en todas partes, pero jamás permite que lo acompañe. No paso de ser aquí una gobernanta...

Henri no pudo contenerse más. La apartó de sí, la tomó de los hombros, manteniéndola apartada, y exclamó con rabia:

- ¡Mientes, infame! Vives con el arpa en la mano, cantando, y anteayer hubo aquí una fiesta en tu honor. Me informé a tu respecto. Louis no sólo te ama, sino que te rodea de este lujo que aquí presencio...

Una carcajada lo interrumpió. Notó que Berthe parecía nerviosa, al replicar:

- ¿Este lujo? ¡Ah, mi pobre Henri, no lo debo a mi magnánimo primo, sino a la bondad del Conde de Pracontal, que me aprecia, que se aflige de mi suerte y no desea verme sufrir privaciones porque sería deshonroso para su intendente! Sí, Henri, Louis es un miserable, y no me expulsa sólo porque me necesita como modelo para pintar sus cuadros.

- Dijiste que el Conde te aprecia. ¿Ciertamente él te ama?

- Creo que sí, y Louis lo sabe y fomenta esa atracción, pues es el mayor deudor del Conde y será capaz de venderme a él para resolver compromisos. Llega a invitarlo para verme posar para sus cuadros...

- No creo una sola palabra de lo que dices. Pero lo investigaré. Si fuera verdad, Berthe, me vengaré de él doblemente. Llegué a pensar que el crimen contra mí tuviera la disculpa del amor que alimentó por ti desde la niñez. Lo investigaré...

Berthe palideció de miedo y se estremeció entre los brazos del esposo, aterrorizada por las expresiones oídas, y ya arrepentida de la trama que comenzaba a tejer a fin de desprenderse de él. Entonces se puso a llorar, abrazada al marido, derrotada y humillada. Pero Henri parecía dudar aún, y, acariciándole los rubios rizados del cabello, dijo pausadamente:

- ¡Sufro, Berthe mía! Yo hubiera preferido verte morir a ser traicionado de esta forma. No puedo vivir sin ti y, deseándote como un loco, no desearía tampoco vivir más contigo. Hiciste de mí un desgraciado. He de matarme a mí mismo, para escapar del suplicio de amarte y detestarte al mismo tiempo...

- ¡Yo sí que soy desgraciada, Henri, todos me desprecian, hasta tú! Y decir que yo tenía la intención de enviar a Lucienne a Numiers para pedir tu auxilio...

- ¿Pensaste en mí, pues, para socorrerte?

- Sí, Henri mío, ¿en quién más pensaría yo? Pensé que me amases y perdonases el error del que tanto me arrepiento...

- ¿Pues no te amo entonces? ¡Oh, sí, yo te perdonaré, yo te socorreré! Ven conmigo. Volvamos a Numiers. ¡No, no! Pediré ayuda al Coronel de Guzmán. Iremos a Italia, a Francia, pondré mi espada al

servicio de algún noble Señor italiano o al servicio del Rey de Francia, como está proyectado. Podremos ser felices aún, tendremos hijos y los criaremos. Sí, yo te amo, yo te perdono. ¡No quiero nada más que perdonarte, Berthe mía!

Acordaron que él hablaría en aquel mismo día con el Señor de Guzmán pidiendo el auxilio de una escolta que los acompañase a Italia o a Francia, y recomendaciones para un hidalgo de renombre. Después verían lo que harían también. No faltaría en Italia quien necesitase de los servicios de un hombre de armas de su valor. Ambos tenían recursos. Un correo iría a Numiers con una carta narrando a padre Arnold el acontecimiento, y pidiendo que enviasen recursos a Olivier para que este, a su vez, los enviara a Henri, donde estuviese, después de fijar una dirección segura y enviar un mensajero a Brujas, con noticias detalladas, pues deberían partir inmediatamente, aprovechando la ausencia de Louis y de Ferdinand.

Estando todo combinado, Henri parecía haberse animado, partiendo por la mañana a fin de hablar con Olivier. Este era generoso. Comprendería la situación y ayudaría al recomendado de su viejo amigo del Ambrozzini.

Berthe se dispuso a preparar el equipaje para el viaje. No podía dejar de cargar algunas ropas y las joyas que tenía. Henri estuvo de acuerdo y salió a fin de tomar las necesarias medidas.

Eran las ocho horas de la mañana.

Capítulo 4, Henri es transformado en un fantoche.

La aflicción de Berthe era grande. Inventó aquella trama contra Louis a fin de ganar tiempo para actuar y captar la confianza del marido y ahora temía las consecuencias. Así, pues, en cuanto Henri se marchó llamó a Lucienne y le ordenó que un criado de confianza viniese a su presencia. Nerviosa y asustadiza, dijo a la criada que se reconocía desorientada:

- Prepárate rápidamente y reúne algunas ropas mías. Nos vamos ya, ahora, para el Castillo de Pracontal.

El criado llegó y ella ordenó:

- Prepara los caballos más veloces de nuestra caballeriza para un viaje urgente. Trae dos hombres armados de confianza, para seguimos. Y vete para casa con los otros. Tienes unos días de descanso.

En menos de media hora estaba todo preparado. Ordenó que cerrasen el Palacio y se fuesen para sus casas. Cumplieron la orden, y, antes de que las ventanas fuesen todas cerradas, ella montó a caballo con Lucienne y salió por los portones de atrás, acompañada de los criados de confianza, y al poco tiempo llegaba al camino real que, más allá, se cruzaba con el camino de Pracontal. Sin embargo, mientras galopaba pensaba, disculpándose:

- Es irremediable, necesito llegar hasta el final. Tengo pena, porque Henri es mi marido, me ama, es bueno y generoso, merece ser amado y yo voy a sacrificarlo. Pero Louis es bueno también, nuestro amor existe desde la niñez, él está sólo en el mundo, no puedo abandonarlo.

Por la mente de Henri no pasaba la idea de que pudiese ser nuevamente víctima de una traición. Berthe era su esposa, se confesaba

arrepentida del error practicado, quería volver con él. Era cuanto necesitaba. Una tensión nerviosa enloquecedora, recelo de un contratiempo lo dominaba, agravando poderosamente su estado moral. Preparaba todo con alegría, sólo le faltaba, al anochecer, buscar el tesoro de su amor por el cual sacrificaba todo: su Berthe.

Entonces, decidió dirigirse al Palacio Stainesburg y pasar allí las últimas horas, a la espera de la madrugada a fin de partir con ella. Se enfundó en un bello uniforme de Capitán, se armó con la desenvoltura de un guerrero, se peinó con esmero, se puso los guantes y, montando su corcel, partió para la plaza donde se encontraba el palacio de Louis, hablando consigo mismo:

- Iré más pronto a fin de ayudarle en los últimos preparativos. La escolta vendrá a buscarnos a media noche, con el carruaje para Berthe...

Entretanto llegó al destino.

El Palacio completamente a oscuras, tenía las puertas cerradas. Impresionado, presintiendo la terrible verdad, saltó a las gradas de enfrente, llegó a la puerta chapada de metal, agitó la aldaba, llamó, empujó la puerta con violencia. Nadie lo atendía. Dio la vuelta a la casa, que estaba cercada, por los lados, por una muralla de piedra, observando si había alguna ventana abierta, o luces en algún sótano. Pero la oscuridad era completa y el silencio respondía que nadie había allí dentro, o, si había, se escondía de él. Deseo derrumbar una puerta lateral. Era chapada y se resistió. Entonces apareció en la oscuridad un guarda, que le dijo:

- Es inútil, mi hidalgo, la Señora Baronesa partió esta mañana con sus criados, y el Barón desde anteayer que también partió.

- ¿Cómo sabes eso?

- Soy el guarda de la casa. La vi partir.

- ¿Acaso sabes dónde fue?

- Tal vez lejos de la ciudad. Llevaba equipaje. El Palacio es seguro que está desierto.

Henri comprendió todo. Comprendió y se desanimó. Fue una ilusión, apenas, un espejismo, una infamia además, aquel arrepentimiento que, entre lágrimas, ella confesó. Berthe nunca le pareció más cruel, más condenable que en aquel momento. No conseguía razonar más sobre ella, ni sobre la situación que vivía. Sólo una verdad retumbaba en su cerebro la realidad brutal:

- Berthe lo engañó una vez más. ¡No lo amaba, nunca fue amado por ella!

¿Habría realidad que más hiera el corazón humano?

Henri estaba herido, y ahora sólo comprendía eso mismo: que estaba herido y sufría.

¿Cómo viviría ahora? Hasta entonces había un rayo de esperanza. Tal vez Louis Frederych hubiese seducido a Berthe, y ella, alucinada, lo siguió incluso sin desearlo, como su prima que era. Pero aquel palacio a oscuras, irremediabilmente cerrado para él, revelaba que ella no fue seducida, que lo despreciaba incluso, a él, su marido, y para siempre, y que el rayo de esperanza debía apagarse, como apagado estaba aquel palacio desierto.

El colactáneo de Louis volvió al cuartel. Suspendió la escolta, ya dispuestos para seguirlo. Hizo soltar el carruaje. Dio órdenes contrarias a las que había dado antes. Estaba triste, cabizbajo, y hablaba poco. Cambió el bello uniforme de Capitán por la modesta indumentaria de Caballero, que trajo de Numiers, y se quitó los guantes. Y todo lo realizó desconsoladamente, lentamente. Esa noche no fue a casa.

Vagó toda la noche por las calles muertas de la ciudad, desanimado, silencioso, valiente.

A las nueve de la mañana buscó a su superior, Olivier de Guzmán, y le dijo:

- Señor, perdóneme. Queda sin efecto todo lo que habíamos acordado ayer. Todo fue una ilusión. Mi mujer incluso me abandonó. Ya no quiero la vida militar. Debo volver a mi aldea. Siento nostalgia de mis padres y de mis amigos.

Olivier lo comprendió todo, pues no creyó en las promesas de la Baronesa, a él confiadas por Henri. Miró discretamente al joven. Estaba pálido y abatido. Sin embargo, Olivier, fiel a las recomendaciones de su amigo del Ambrozzini, intentó convencerlo para partir con él a Francia, a viajar, a olvidar el pasado con miras al futuro. Pero el Caballero fue inflexible:

- ¡No, mi Coronel! ¡Le estoy inmensamente agradecido, pero no puedo más, no puedo más! Debo volver a mi aldea, mis padres me esperan.

- ¡Coraje, mi querido Henri! Visitaremos a tus padres, si así lo quieres, pero volveremos después. Es necesario que salgas de Brujas, de Flandes, y no vuelvas a Stainesburg. Es necesario que olvides a Berthe y ames a otra mujer capaz de ofrecerte felicidad, pues bien lo mereces. Berthe no merece tu amor. En verdad, Henri, tu casamiento fácilmente será anulado. Ante las leyes de la nobleza no fue legal, fue ilegítimo... Escúchame, ¿no crees en Dios? ¿No tienes fe en ti mismo, en tu valor personal, en el futuro, que podría ser compensador? Busca a Dios, Henri, pídele un consuelo, ¿y quién sabe el recurso que él te concederá? Diariamente recibimos gracias divinas que nos socorren, pero somos ingratos, jamás las reconocemos. Mira, te sería fácil: mi hija Louise se apasiona por ti. Intenta amarla y te la daré en casamiento, pues confío en ti. Será tu salvación, porque Louise es un ángel, tiene veinte años y te hará feliz...

Una carcajada obligada fue todo cuanto el infeliz encontró para responder al amigo que tan generosamente le tendía la mano, convidándolo al razonamiento de la fe y a la humildad que genera el consuelo:

- No necesito inspiraciones de ese Señor oculto a los hombres, mi querido Conde. Soy señor de mis voluntades y daré la dirección que creo correcta al estado al que llegó mi vida. No acepto a ese Dios que crea hidalgos y plebeyos y deja a los desgraciados, como yo, honestos y sinceros, ser despreciados por los grandes.

Olivier no insistió. Sería inútil. La ocasión no era favorable a la conversación del ateo. La rebeldía dominaba su corazón. Olivier sonrió y preguntó:

- ¿Aceptas una taza de té?

Henri aceptó y tomó té con su superior.

Al día siguiente, al rayar el alba, Olivier de Guzmán se despedía de la familia diciendo:

- Volveré dentro de unos días. Iré solo a visitar a nuestro buen amigo del Ambrozzini a fin de darle cuentas de cierta misión confiada a mí, la cual, infelizmente, no logró buenos éxitos.

- ¿Se refiere, padre mío, al Caballero de Numiers? - indagó Louise.

- Sí, el vuelve a la aldea, no desea la vida militar.

Dicho esto salió. Henri, que pernoctó en casa del amigo, lo esperaba en el patio. Al verlo, de Guzmán exclamó:

- ¡EA, Señor de Numiers, a caballo! Necesitamos hacer hoy un buen trecho del camino.

El marido de Berthe se inclinó ante las hijas de su Coronel, con una reverencia de despedida, sin pronunciar ni siquiera una palabra. Él sabía que la joven Louise, primogénita de Olivier, se interesaba vivamente por él, y que varias veces encontró medios de demostrarle su simpatía. Se conmovió por la actitud dolorosa de la joven viéndolo partir, seguramente para siempre, y se dijo a sí mismo:

- Es mejor así. Yo no podría hacerla feliz.

Dos días después llegaban a la Quinta Numiers.

Imposible evaluar las impresiones que acometieran al atormentado Caballero al volver a ver su aldea natal. Durante el viaje, Olivier, que lo veía atravesar impasible la plaza donde residía Berthe, sin dirigir la mirada hacia el Palacio a fin de intentar volverla a ver, observó también que el joven se agitaba gradualmente a medida que se aproximaba al hogar paterno. El más vivo alboroto se oyó entonces en aquella casa invariablemente tranquila y triste desde la partida de Berthe. Marie Numiers corre, sorprendida, al encuentro del hijo:

- ¡Henri! ¡Henri! ¡Eres tú, hijo mío! ¡Oh, es un sueño, no puede ser verdad! - exclamaba la pobre mujer abrazándolo, deshecha en lágrimas.
- ¡Pero que bello estás! Y ahora no me dejarás más, volviste a tu madre, ¿no es verdad? ¡Ah, ¡Cuánta falta me haces, hijo mío! Sin ti yo moriría en poco tiempo. ¡Hace casi un año que te fuiste! ¿Ves estos cabellos cómo blanquearon? Ahora, abrázame, vamos, bésame... y no llores, hijo mío, no llores, ten lástima de tu madre...

Se estrecharon en un largo abrazo de criaturas sufrientes que se comprendían, y Marie tuvo entonces para el hijo desvelos que sólo una madre los sabría tener.

Capítulo 5, El error supremo.

En esa noche, la reunión familiar, de la que Rómulo, Thom y Olivier, participaron, se prolongó hasta tarde. Henri habló poco y se recogió pronto, sin explicar a sus padres la razón del por qué dejaba la vida militar. Fue Olivier que, confidencialmente, narró a los padres del joven y a los amigos allí reunidos el dramático encuentro con la esposa en Brujas, y la decepción suprema que lo venció. Marie lo escuchaba todo entre lágrimas, el padre Arnold, lleno de rebeldía, Rómulo y Antoine Thomas, disgustados.

- ¡Oh! ¡Algún día he de vengar a mi hijo! - repetía Arnold a cada momento. - Él es un cobarde, que se deja morir de pasión, sin coraje para beber la sangre de la miserable que lo traicionó. La odio, Señor Conde de Guzmán, la odio tanto hoy como la amé en otro tiempo, arrullándola en mis brazos como una hija adorada. Pues bien, por el honor de los Numiers, yo juro que, en el propio infierno que la infame se esconda, allá mismo iré a buscarla para beber su maldita sangre y vengar la desgracia de este hijo que yo desprecio por su cobardía.

De la ventana, al pie de la cual se sentaba, Thom, frío del susto por la pobre Berthe, murmuraba consigo mismo, pensando en que Olivier acababa de afirmar que Berthe era amada por Louis Frederych y vivía al abrigo de la miseria:

- Ella está bien y se siente feliz. ¡Gracias, Dios mío! ¡Me preocupa tanto su futuro! ¿Qué será de ella el día de mañana? ¡Bendito seas, Louis de Stainesburg, por el amor que le dedicas, bendito seas!

Después, saliendo de la sala, aún impresionado por las terribles amenazas del viejo aldeano, buscó a Henri en sus aposentos dispuesto a animarlo, encontrándolo pensativo.

Con sus discretas maneras Thom procuraba averiguar el ánimo del ex-Capitán de caballería de los batallones de Olivier de Guzmán, receloso de lo que oyó este declarar a su respecto, pues el mismo acabó de afirmar que el joven Numiers, se encontraba en una de esas situaciones críticas en las que el hombre impulsivo no sabe lo que quiere y se desespera. No fue necesario mucho esfuerzo para Henri, entrar en confidencias con el hijo adoptivo de Rómulo. Thom fue su confidente desde su juventud, y Henri, que guardaba cierta reserva con los propios padres, en presencia de Thom se mostraba tal como existía en lo íntimo de sí mismo. Entonces le narró sus sinsabores en las grandes ciudades que acababa de conocer, dominado por aquel amargo sentimiento de despecho que le traía odio, vergüenza y nostalgia al mismo tiempo, sus desalientos fuera del medio plácido y sincero en que siempre vivió, como aldeano; sus consecutivas aventuras amorosas entre mujeres fáciles a quien insultaba después, encoleriza contra todas las que lo aceptaban, haciéndose el bruto, ahogando en el vino de las tabernas y en las orgías su pesar de gran sufriente. Confesó que aún amaba a Berthe a pesar de todo, pero que, no obstante, la odiaba también, y que su incapacidad para vengarse de ella y de Louis, y dominar aquel amor lo exasperaba, siendo esa la causa del deplorable estado en que se encontraba.

- La vida, Padre Thom - decía él al amigo que lo escuchaba pacientemente, sin tener oportunidad para poder hablar también, aconsejándolo - la vida hoy me es odiosa. Ya no lo es sólo porque ya no poseo a Berthe, sino porque la odio y quisiera vengarme de ella. La odio, pero la amo también y eso me confunde y enloquece.

- Deja a los pies de Dios tu amargura, Henri, Él es la justicia suprema que la sabrá corregir, pero, por quien es, no te vengues, por el amor de Dios yo te lo pido, ella es más infeliz que tú, porque voluntariamente se colocó en desacuerdo con la Ley de Dios.

- ¡Oh, sé que es feliz, colocada en lo más alto de la sociedad, rodeada de adoradores y riquezas, y despreciándome, a mí, que daría la vida por ella, es la muerte para mí! No sé vivir más por causa de eso. Ella,

que fue mía, que compartió mi vida, a quien di mi nombre cuando la vi desamparada por sus iguales, me desprecia como al más vil lacayo, hizo de mí un ridículo fantoche. ¿Cómo puede ella hacer eso conmigo? ¡Oh, quién pudiera olvidar todo eso! ¡Estoy desesperado, Thom! Ya no sé lo que siento, lo que quiero, ni cómo podré vivir. Quisiera morir, y busqué la muerte en frecuentes peleas que provocaba entre mis compañeros de armas. Pero yo vencía en todas las peleas y conflictos y aquí estoy. La vida se agarró a mí como una tirana, pero yo la destruiré, Thom, y demostraré cuál de los dos será más fuerte, si mi voluntad o ella, que sólo existirá hasta cuando yo quiera.

Hablaba tembloroso de rabia y emoción, con los ojos llameantes, la voz ronca y dolorida. Por mucho tiempo Thom lo aconsejó, lo consoló, razonó con él. Y sólo dejó al amigo después que lo vio adormecerse bajo la acción de una droga calmante suministrada por el Padre Rómulo.

Al día siguiente, al despertar, entrando en los aposentos que pertenecieron a él mismo y a la esposa, se enfureció viendo los objetos que pertenecían a ambos, destruyéndolos todos incluso los dos lechos que continuaban paralelos, y el retrato que Louis pintó para él un año antes, en el cual se veía Berthe con ropas del campo, coronada con margaritas del prado.

Y así pasaron tres largos días, para mayor martirio de la pobre madre, que no sabía qué hacer para aliviar al generoso Caballero de corazón frágil como el corazón de un niño.

Marie no se recogió aún a sus aposentos, a pesar de la avanzada hora. Esa noche estaba muy inquieta. Henri salió al crepúsculo a fin de pasar con Olivier y el Padre Rómulo las últimas horas, pues, a la mañana siguiente, el noble amigo dejaría el Presbiterio, para regresar a Brujas.

Hacia cuatro días que Henri regresó, y cuatro días hacía que su madre no cesaba de llorar. Rabioso, padre Arnold acusaba a su mujer de concurrir con tales lágrimas para mayor desatino del joven:

- Debes reanimarlo con sugerencias de individuos de honor. ¿No ves que lo afliges más con tantos lloriqueos? Anímallo para que vuelva a Brujas, para vengar las ofensas de la hidalga desvergonzada, aunque pierda la vida en ese intento. Me avergüenzo de este hijo cobarde.

- Cállate, hombre, ¿no ves que estás blasfemando? ¿Quién nos dice que nuestro muchacho vivirá mucho tiempo? ¿No percibes cómo se está debilitando? ¡Ah, ¡Que horribles presentimientos me nublan el pecho! Es por eso por lo que yo lloro.

Pero padre Arnold era sistemático y no miraba al hijo desde que él volvió de Brujas, negándose incluso a hablarle hasta el día en que el pobre muchacho decidiera cambiar de vida.

Entretanto, los gallos anunciaban las primeras horas de la mañana y Henri no volvió a Numiers. La pobre madre estaba intranquila, sentada en un viejo banco de madera al pie de la chimenea, que fue encendida a pesar de estar apenas empezando el otoño, y hablaba consigo misma, de vez en cuando:

- Debe estar emborrachándose en la taberna del maestro Félix. ¡El Señor Conde de Guzmán me dijo que se volvió un ebrio incorregible! ¡Oh, mi pobre Henri, tu eras tan bueno y honrado! ¿No tienes compasión, ahora, de tu madre? ¿No te corriges por su amor? ¿Qué te costaría, hijo, volver a ser bueno por amor a tu madre? ¿No te di yo el ser? ¿No te amo tanto? ¿No he llorado por ti? Padesces por la ingratitud de tu Berthe. ¿Cómo, entonces, me haces padecer tu ingratitud? Pero, ¿dónde habrá ido él? En el Presbiterio no es posible que esté a estas horas. El Señor Párroco se recoge pronto...

Pero las horas continuaban pasando y Henri continuaba ausente. Los gallos cantaron la primera vez, cantaron otra vez, otra más... y la misma ausencia castigando el corazón de la pobre madre.

En los palomares ya zureaban las parejas de palomos, y más lejos, en los establos, las ovejas balaban deseando la libertad, mientras que por las alamedas próximas los pájaros vivaces alborotaban saludando al día que acababa de romper a lo lejos, entre las serranías bañadas por el rocío de la madrugada.

Y mientras tanto, Henri no volvía.

- ¡Oh, cielos! - exclamó de repente la pobre madre, viendo que ya era de día y el hijo continuaba ausente. - ¡Mi hijo se fue con el Señor de Guzmán, huyó de nosotros hacia Francia! ¡Oh, ingrato, que no quiso despedirse de su pobre madre! ¿Dios mío, por qué haría eso? ¡Se fue, partió, y no tuvo ánimo ni para decirnos adiós!

Arnold se levantó y vio a su mujer en aquella exaltación.

- Henri partió nuevamente, Arnold, huyó de nosotros... Lo esperé toda la noche y no regresó de la aldea, donde fue a despedirse del Señor Conde...

El marido la miró de soslayo y malhumorado:

- ¿Partió? ¿Partió para donde, mujer demente?

- Para Francia, hombre, para Francia, con el Señor Conde de Guzmán. ¿No viste cómo insistió el Conde para que partiesen juntos? ¡Oh, hijo mío, que ni siquiera nos abrazó!

Comenzó de nuevo a llorar y, oyéndola y viéndola el campesino se aplacó:

- Henri no partió, Marie.

- ¿Cómo lo sabes?

- No se llevó ni equipaje ni dinero... y, si hubiese partido hubiéramos sido avisados por el Conde. Y ni el Conde ni el Señor Párroco serían cómplices de una falta de esa clase...

- Pero, entonces, ¿dónde está? ¿Qué será de él?

Arnold, no obstante, no respondió. Salió cabizbajo, en dirección de Stainesburg, donde se encontraba el Presbiterio.

Incapaz de calmarse para comenzar las tareas caseras, más afligida cada instante, Marie Numiers siguió los pasos del marido, envuelta en su manto de lana.

Amaneció completamente, la luz resplandecía en el horizonte.

Henri salió, realmente, la tarde anterior, para despedirse de su amigo de Guzmán. El mísero Caballero sufría por la separación que se impuso a sí mismo con relación a Olivier. Louise no se le apartaba del pensamiento. ¿Por qué fue tan rudo con la gentil muchacha? ¿Quién sabe si, realmente, ella lo haría feliz, según la afirmativa de Olivier? Pero no tenía fuerzas para olvidar a Berthe ni se resignaba a lo que padecía por ella. Le dolía en su interior el tener que abandonar a aquel hombre a quien sólo ahora comprendía que lo apreciaba vivamente. Pero, dominado por la desorientación, se imponía aquel sacrificio, respondiendo a las amarguras que le afligían el alma:

- Sufriré poco. Pronto me liberaré del infierno en el que estoy viviendo. Creo incluso que no lo veré partir. ¡Oh! ¡Yo necesito morir, es fatal, es preciso morir! Ya debía haber muerto, pero deseaba volver a ver a mis padres por última vez. ¿Seguir con el Comandante? No, no puedo. Me falta coraje para todo, nada me satisface. Franz Schmidt se envenenó.

Siento que su recuerdo me perturba, invitándome a imitar su gesto. Él está conmigo, vive a mi lado, no se aparta de mi pensamiento. También él amaba a Berthe y murió por ella. Pero yo fui culpable, él me maldijo. Aún hoy releí la carta que él me dejó antes de matarse. Sí, él tuvo razón. Yo no debía haberlo humillado como lo hice. Perdóname, amigo Franz, pero Berthe me enloquecía. Sin embargo, ahora ya es tarde para arrepentirme, ambos estamos perdidos. Igual que tú, yo moriré por Berthe...

Fue al Presbiterio y se demoró poco entre sus tres dedicados amigos: el Padre Rómulo, Thom, y Olivier de Guzmán. Estos lo encontraron triste pero, no obstante, más tranquilo que en los días anteriores, pero lejos estuvieron de sospechar el infierno de pensamientos que devoraba su pobre alma. Olivier lo aconsejaba, lamentando su rechazo en seguirlo a Francia. Pero Rómulo interfirió, intentando estimular a su joven amigo al trabajo rutinario:

- No, mi querido Olivier, no fuerces su voluntad. Henri ya no sería buen soldado. Los campesinos cuando emigran a los grandes centros sufren la nostalgia de la soledad y muchos sucumben bajo la intensidad de la vida urbana. Además, yo ya me voy cansando y no podré velar tanto por los intereses de su Quinta, auxiliando a su padre, conforme me lo pidió al partir para Brujas. Además de eso, cuento en que será mi auxiliar en las empresas que intentaré a beneficio de nuestra población. ¿No es verdad, Henri?

Como se ve, el joven Numiers estaba rodeado de ayuda, de protección, de consuelo, de amor.

Pero, abstraído de las palabras de los amigos, Henri se limitó a responder con un gesto.

Entretanto se despidió, negándose a tomar parte en la cena. Besó, conmovido, las manos del Padre Rómulo y de Olivier de Guzmán. Este,

pesaroso, lo apretó contra su corazón y Henri partió sin volverse. Se encontraba enteramente desanimado, y, suponiéndose vencido decidió poner fin a su vida, creyendo que con eso se libraría de las amarguras que lo hacían infeliz. Henri se encontraba, además, bajo la influencia nociva del Espíritu Franz Schmidt, que se suicidó y hasta ahora no le perdonó la humillación hecha en público, humillación que desembocó en el suicidio del adversario vencido.

Retornando a Brujas, la desesperación de Henri recrudeció de intensidad, sin poder soportar ver más los lugares donde vivió feliz y lleno de esperanzas. El recuerdo de Franz no lo abandonaba, como el de Louise, como el de Olivier, y, por encima de todo, el de Berthe. Pero no pensaba en su madre, no pensaba en su padre. Su obsesión era recordarse del incidente que lo llevó a castigar brutalmente al pobre Franz, cuya vergüenza y desesperación lo arrastraron al error supremo del suicidio. Y así, atormentado, fijó su pensamiento en la terrible idea obsesiva: buscar la muerte. La idea de Dios no lo consoló, no lo reanimó. Henri no era creyente, aunque tuviese un corazón amoroso, y el Padre Rómulo y Thom nunca habían conseguido de él la creencia y el respeto debido a las leyes del Todopoderoso.

Caminaba lentamente, regresando del Presbiterio, y tomó la dirección de las canteras que limitaban sus tierras con la aldea de Stainesburg, comenzando a subir por ellas. Aún era de día, había bastante luz para poder orientarse. Ese ejercicio lo hacía él desde la juventud, igual que los demás jóvenes de la aldea. Sin embargo, ahora se cansó durante la subida, en vista del mal estado de sus propios nervios, y se sentó maquinalmente, para descansar. Un panorama extenso y bello, pero desolador para sus impresiones, como el Castillo al fondo y su Quinta a la izquierda se mostraba a su vista, profundizando su angustia. Allí quedó por largo tiempo, hasta que la luna llena se elevó en el horizonte. Su cerebro estaba vacío de buenos pensamientos, obsesado por la decisión infame que tomó. Ni una oración conmovió su alma en la tentativa de resguardarse de la desgracia, ni un grito de socorro, a aquél que, si él Lo buscara, podría socorrerlo. Allí estaba Henri Numiers -el Luis de

Narbonne reencarnado, que masacró vidas preciosas en nombre de Dios, que no esquivó su espada, en el siglo anterior, a deshonra de con ella asesinar ancianos y niños- allí estaba sólo servido por obsesores que no le perdonaban aún el desatino pasado. Con todo, la imagen de Berthe se dibujó, de repente, en su pensamiento y, tras de ella, la serie de desventuras juzgadas por él irremediabiles desde el día en que el joven de Stainesburg llegó a su casa. Comenzó a pensar en su madre, causándole una fuerte amargura. Pero, egoísta y avaro siempre de ternuras para otra persona que no fuese Berthe, sofocó en el corazón la ternura filial para darse a la muerte sin constreñimientos. Su mirada se volvió entonces hacia su casa que allá quedara, con sus dos torrecitas graciosas y sus sótanos sugestivos, rodeada de castaños y plantaciones. Una pequeña luz acababa de encenderse débilmente en una ventana, y él pensó, a pesar suyo:

- Mi madre debe estar tejiendo medias...

Pero, de pronto, él sacude aquella conmoción y, en un impulso loco, trágico, satánico, positivamente obsesor, se lanza por la cantera abajo en una caída inconcebible, rodando su pobre cuerpo -templo de su alma- por la montaña granítica que lo quebraba, lo despedazaba, aniquilando, en el más trágico suicidio del que allí hubiera noticias, aquella preciosa vida que el Todopoderoso le concedió a fin de progresar, elevarse moralmente, rehabilitarse de las masacres de los días de San Bartolomé, de siniestra memoria.

CUARTA PARTE

UN ALMA SIN PAZ

Capítulo 1, El suicida.

El cuerpo de Henri Numiers quedó irreconocible. Lo encontraron al atardecer del día siguiente, después de una rigurosa búsqueda por la región. La consternación fue de las más sinceras de los alrededores, y hasta los señores del Castillo prestaron homenajes al muerto, visitándolo y ofreciendo servicios a los padres. Arnold se desesperaba hasta la demencia ante el cadáver mutilado del hijo, que él mismo encontró, y Marie enfermó gravemente, incapaz de resistir la decepción de la pérdida de su infeliz hijo, nunca más se recuperó, muriendo un año después, víctima del dolor de perder el hijo de aquella forma.

Era Dama Blandina d'Alembert del siglo XVI, redimiéndose, por el amor y por el dolor, de la complicidad del crimen de Ruth-Carolina contra Luis de Narbonne.

Entre otras blasfemias que profería en el auge de la desesperación, Arnold decía, viendo sepultar los despojos de Henri a pocos metros del lugar de donde fue encontrado, o ya en casa, amparado por la atención de los amigos que lo asistían en aquellas horas supremas:

- ¡Oh, Berthe de Stainesburg, Berthe de Sourmeville-Numiers! ¡No moriré sin encontrarte, asesina de mi hijo! ¡Y el crimen que cometiste con él yo cometeré contigo, aunque tenga que buscarte en el palacio de los reyes!

Dejemos, no obstante, a la población de las tres aldeas unidas por el dolor de perder a su Caballero, dejemos al Padre Rómulo orando ocultamente por el alma de su alumno más rebelde, dejemos a Thom inconsolable ante la desgracia presenciada diciéndose a sí mismo: - "La desgracia apenas comenzó" - dejemos a los padres del suicida enloquecidos de dolor y busquemos al ser real existente en Henri

Numiers, aquel que es inmortal, que resiste a todas las tragedias, hasta incluso la desgracia de un suicidio, y veamos lo que ocurrió después que su cuerpo desapareció bajo una porción de tierra.

Henri Numiers no creía que hubiese un alma inmortal animando su saludable cuerpo de hombre. Para él, sólo existían los huesos, la carne, los nervios, las arterias conduciendo la sangre necesaria para la vida. Era materialista. Por eso se mató, intentando así huir de la situación moral que lo incomodaba. Una vez muerto el hombre, creía él, el alma, si existiese, se extinguiría también con él. Pensamiento, amor, inteligencia, sentimiento, acción, honra, deshonra, odios, amarguras, decepciones, todo lo que constituye el ser moral humano creía él que se aniquilaba en la tumba junto con el cuerpo. De los bellos sermones filosóficos de Rómulo, y de Thom, sobre los graves problemas del hombre y su alma inmortal, creada a imagen y semejanza de Dios, Henri sólo guardaba el recuerdo de la ansiedad con que esperaba el fin para regresar a Numiers y volver a ver a Berthe. Con todo, el desgraciado joven cosechó la mayor desilusión de su acto de suicidio cuando, la primera amargura que la vida le presentó, deseó escaparse de ella, matándose.

Era completamente de noche en Numiers y sus alrededores estaban en completo silencio. Hacía algunos meses que Henri desapareció del mundo terreno, pero la desolación era grande tanto en Numiers como en Stainesburg y Fontaine. Arnold no trabajó más, desinteresándose de la prosperidad de la Quinta, y Marie continuaba enferma. Era invierno. Con todo, aquella noche, la luna irradiaba, prestando a aquel rincón de la vieja Flandes, cierta dulzura en el ambiente.

En la aldea de Numiers unos dormían, otros velaban, algunos sufrían y lloraban, y el silencio todo lo presidía.

De pronto, un grito agudo y fuerte repercutió desde el valle del riachuelo extendiéndose por la aldea. En la Quinta Numiers, que quedaba próxima a ese valle, el grito también fue oído. Los perros aullaban tristemente, las ovejas balaban, dolorosas, en el aprisco, las gallinas se

agitaron, asustadas... y Marie y Arnold, que estaban aún despiertos, se miraron llenos de pavor y cayeron en llanto. Habían reconocido en aquel grito la voz del hijo que murió hacía poco.

Rómulo, padre y médico, se hallaba a la cabecera de Marie. Se santiguó discretamente, diciéndose a sí mismo, conmovido:

- Es el alma alucinada de mi pobre Henri...

- ¿Oíste, Padre mío? - interpeló Arnold.

- No, Arnold, no oí nada. ¿Qué pasó?

- Un grito de desesperación, la voz de mi hijo...

- Es tu impresión, mi pobre Arnold. Aparta de tu cabeza esos pensamientos lúgubres...

- Marie también lo oyó, Padre mío, los perros aullaron, las ovejas gimieron...

- Ahora, Marie está enferma y la fiebre excita sus nervios y la imaginación. Los perros ladran siempre, las ovejas lloran a cada instante...

Pero en su interior, dolorosamente, él repitió:

- Sí, es el alma alucinada de mi pobre Henri...

En el suelo terroso, sólo, ante la chimenea encendida, Thom también lo oyó, comprendió y se puso a orar con fervor.

En efecto, Henri Numiers no murió.

Creyendo aniquilarse para siempre, al lanzarse desde la montaña, él sólo consiguió aniquilar el cuerpo carnal. Su espíritu, con la tenebrosa

caída, como desmayándose, se anuló como si todo se extinguiese a su alrededor. La violencia del género de muerte, que escogió traumatizó su cuerpo espiritual, despedazándole la armonía de las vibraciones de tal modo que un siglo no bastaría para que ellas volviesen al ritmo normal necesario para un estado de vida satisfactorio.

Sin embargo, pasados algunos días, Henri comenzó a volver en sí del largo desmayo, es decir, un estado de pesadilla angustioso sobrevino al desmayo, y él comenzó a sentir la sensación de la caída, los dolores insoportables de su cuerpo golpeándose en las piedras, partiéndose, reventándose. Estaba ciego, pues no veía nada, una franja negra y helada lo envolvía, sus pensamientos eran un caos, no podía poner las ideas en orden, reflexionar, comprender lo que le pasaba, por qué razón rodaba, rodaba por la montaña pero sin llegar jamás al suelo. Solamente podía reflexionar en que quería morir para huir de la tortura de vivir sin su Berthe y que, por eso, saltó al abismo en un gesto pavoroso de completo loco. Un pavor alucinante invadía su mente y él se puso a gritar, a gritar desesperadamente, pidiendo socorro. Fue uno de esos gritos que las tres aldeas fueron testigos y que, desde aquella noche en adelante, comenzó a repetirse periódicamente, por las inmediaciones. A veces, envuelto en aquella pesadilla, se sentía en el fondo del valle al mismo tiempo que rodaba por la montaña, se horrorizaba con la negra soledad que lo rodeaba, presenciaba, sin saber cómo, la desesperación de sus padres y las lágrimas de los amigos, lloraba también, desesperado, y contemplaba, a pesar de estar ciego para las demás circunstancias, los propios despojos sangrientos, mutilados, sepultados bajo un montón de tierra y piedras. Nada comprendía si no que continuaba sufriendo el desprecio de la mujer amada, y las consecuentes humillaciones, sufrimientos que, ahora, unidos al martirio de la inconcebible caída que nunca llegaba al final, de él, hacía un Espíritu enloquecido en el más alto grado que la mente humana podrá concebir.

Todo eso, no obstante, en una confusión atroz para el desgraciado que la sufre, le pasaba a él dificultosamente, con pequeños intervalos, pues, de vez en cuando, él se perdía dentro de un caos, en un penoso

estado de colapso. Y cuando el infeliz se esforzaba en comprender lo que le pasaba, sus pensamientos, traumatizados, se negaban a atenderlo y desaparecían en aquella negrura interior que lo confundía. Pero eso era sólo los reflejos del despertar, el momento dramático y solemne de la ocasión en que el Espíritu que abandona su cuerpo carnal, valiéndose del suicidio, comienza a desprenderse de los lazos magnéticos que lo ataban a la materia. Ese desprendimiento, lento, doloroso, que podría durar meses y años, le valdría a Henri períodos infernales, indescriptibles al entendimiento humano. Su impresión era que estaba atado por un imán poderoso a un objeto del cual, no obstante, necesitaba desprenderse. Ese objeto se encontraba al pie de la montaña por la cual él rodaba sin parar jamás, en la oscuridad del valle. Eran sus despojos sangrientos, los que él veía, a pesar de estar ciego, en el fondo de una cueva, visión satánica de la cual quisiera huir, pero que se agarraba a él con un poder dominante, incapaz de ser repelida. Le sobrevenían, en seguida, terribles convulsiones, haciéndolo retorcerse como si sus nervios, absolutamente traumatizados, sufriesen choques eléctricos al despeñarse él por la montaña. Era como si ataques epilépticos lo alcanzasen dominando su mente, sus vibraciones, todas las moléculas de su ser espiritual, era la sensación de la caída sufrida por el periespíritu, estado depresivo que lo acompañaría hasta la reencarnación futura, y que solamente el Evangelio, reparador de vibraciones, reeducándole la mente, podría reequilibrar. En ese inconcebible estado traumático gritaba de horror y procuraba agarrarse a cualquier cosa, con el fin de detenerse en la caída, y el desgraciado, a pesar de todo, a través de la pesadilla que lo torturaba, siente que continúa siendo la personalidad de Henri Numiers, que él mismo es el que rueda por la montaña, que él mismo es el que está tendido bajo el montón de tierra, pudriéndose, corroído por los microbios, despojos de carnes sangrientas, negreas, asquerosas, miserables, él, que fue bello y fuerte, y que, con respecto a eso, está vivo, sufriente y desgraciado, pero vivo, pensante, sensible.

A veces, sin saber cómo, vencido por el cansancio y el desánimo, todos los actos de su vida se le dibujaban en el interior de la consciencia con detalles minuciosos que el infeliz, ya alucinado, se convierte en un verdadero réprobo: sus maneras de orgulloso, su indiferencia por los que lo rodean en su aldea, el menosprecio a consejos sensatos que recibía, la ingratitud para con los padres, su arrogancia de ateo, sus bajezas de ebrio y libertino, primero en Stainesburg, al perder a Berthe, después en Brujas; sus refriegas con los jóvenes de la aldea, todos marcados en la cara por su navaja, el suicidio de Franz Schmidt, a lo que dio causa, todo lo que constituyera su ser actuante en la intimidad del hogar, y en la sociedad ahora desfilaba diabólicamente a su alrededor, como escenas vivas que lo enloquecían mezclándose con las torturas que ya lo afligían. Quería librarse a la imposición del panorama de sí mismo, pero, era en vano. ¡La visión de lo que él mismo fue y de cómo se condujo en la vida allí estaba, delante de él, dentro de él, como fajas de fuego que le devorasen el ser en la desaprobación propia, a la que llaman arrepentimiento, remordimiento!

No pudiendo más o creyéndose exhausto de tantos dolores y sufrimientos, pensó en su casa, nostálgico del confort disfrutado entre sus padres, de la solidaridad de su madre, que él tan mal supo comprender y menos aún agradecer. En un esfuerzo supremo de la propia voluntad consiguió moverse... y aquí está en busca del socorro en el hogar paterno.

Entra en aquella casa que lo vio nacer y le dio los días más felices que había vivido. Delante de su madre, a quien encuentra enferma y debilitada, exclama lleno de quejas, creyendo que lo oían y comprendían:

- ¡Madre, madre mía! Ten compasión de tu hijo, que está herido, enterrado vivo. No, madre mía, yo no estoy muerto, yo no morí, estoy vivo, todos se equivocan con respecto a mí. Mira en qué estado me encuentro: todo corroído por gusanos, que me muerden y maltratan como lobos. No puedo salir de allá y sufro satánicamente, debajo de aquella tierra pestilente, que huele a inmundicia. No puedo más, sácame de allá, tengo horror a aquella caverna donde me apresaron, veo fantasmas, que

se ríen del estado en el que me encuentro. ¡Franz Schmidt está allá y me culpa de lo que le ocurrió, sácame de allá, madre mía, yo estoy vivo, estoy vivo, estoy vivo!

Pero Marie, que nada veía ni oía de lo que él le decía, no respondía, continuando llorando, como siempre.

La angustia del pobre suicida se recrudecía entonces y él salía, desesperado, a buscar socorro en otra parte. Visitaba el Presbiterio, se dirigía al Padre Rómulo y al amigo Thom, suplicaba auxilio, se quejaba siempre, y veía que ambos lo entendían, pero, en vez de empuñar una azada e ir al valle, a fin de desenterrarlo, se ponían a orar bañados en lágrimas. Y corría a la aldea rogando piedad y socorro a cuentos encontraba. Nadie le respondía, nadie le prestaba atención, pero algunos pocos se santiguaban y oraban.

Entretanto, comenzó a correr el rumor de que el alma de Henri sufría tormentos y que fue vista y reconocida por algunos antiguos amigos, y que él se mostraba horrorosamente feo: sus vestimentas despedazadas, rasgadas por la caída, el rostro arañado y ensangrentado, las piernas rotas, mutilado, imagen perfecta de aquellos destrozos que habían sido sepultados en el valle.

Sin embargo, el suicida no encontraba consuelo en ninguna parte. Por todas partes donde intentaba el socorro ajeno, lo acompañaba las terribles sensaciones que describimos. Por todas partes la sensación de la caída que lo alucinaba. Por todas partes se sentía encadenado al propio cuerpo que se consumía en el valle, la nostalgia de la esposa, la humillación de su desprecio, la desesperación de una situación confusa, enigmática, atroz.

Henri Numiers llevaba el infierno dentro de él.

Queriendo escaparse al disgusto que, por primera vez, lo visitara, se mató para dormir el eterno sueño del olvido. Pero no encontró el sueño después del suicidio. No encontró el olvido. Sólo encontró su propio ser sufriendo nuevas fases de angustias creadas por él mismo.

Así es el suicidio.

Capítulo 2, El bálsamo celeste.

Con las apariciones de Henri a sus amigos y a los campesinos, muchos de los trabajadores de su Quinta abandonaron el servicio, dejando las cosechas perderse y el ganado desamparado, y los más miedosos hasta cambiaron de lugar. Otros aseguraban que próximo a la montaña trágica vieron vagando la sombra del hijo de Arnold en aullidos de dolor, corriendo por aquellas inmediaciones como si, en vez de haber muerto, él se hubiera vuelto un loco furioso.

En Numiers, ya nadie quería servir, y Arnold sufría con las noticias que corrían sobre su infeliz hijo, las cuales rápidamente le llegaban a sus oídos. Le era imposible atender a todo, pues ya no tenía buen ánimo para el trabajo, y la Quinta empeoraba a ojos vistos por falta de trabajadores. A su vez, Henri, cuya situación espiritual no se modificó, un día dejó de ver a su madre en la casa que lo vio nacer. La buscaba, irritado por su mutismo, pues ella jamás respondía a sus súplicas, intrigado por su ausencia. La llamó repetidas veces, pero no fue escuchado, como siempre. La buscó por las inmediaciones, pero se decepcionó, viendo que no la encontraba en ninguna parte.

- ¿Dónde habría ido aquella pobre madre? - se preguntaba el atribulado suicida, ya angustiado por aquel nuevo motivo de sufrimiento. Sin embargo, Marie, murió, pero su infeliz hijo no tenía condiciones espirituales para ver la realidad del acontecimiento.

Entretanto, Arnold se dio a la bebida, corroído por el disgusto, y durante días consecutivos abandonaba la propia casa. El ganado, completamente abandonado, moría por falta de cuidado o era robado por forasteros, mientras los aldeanos, con quien Arnold mantenía transacciones, ya se habían apoderado de algunas tierras y otros bienes como pago de las deudas anteriormente contraídas.

Henri lo percibía todo en la oscuridad de la pesadilla que lo envolvía, quería salvar su casa, resolver las dificultades, rehacer la Quinta, que se arruinaba, convencer a su padre para volver al trabajo, pero no conseguía fijar las ideas para delinear un programa de acción salvadora, y, además de eso, nadie lo oía, nadie le prestaba atención, y aquella visión inconcebible dominaba todas las otras: continuaba viéndose doble, unas veces bajo el montón de tierra, otras veces vagando pidiendo socorro, explicando la triste situación en la que se veía.

Pero un día se acordó de Rómulo del Ambrozzini, su antiguo consejero. Pensó en que ese antiguo amigo podría comprenderlo y se encaminó hacia el Presbiterio.

Era de noche cuando penetró el santuario de beneficencias, que era la residencia del viejo religioso. Entró despacito, lleno de respeto y timidez, a pesar suyo.

Ya enfermo, Rómulo se sentaba en una poltrona y leía un trecho del Evangelio de Jesucristo, como diariamente lo hacía, a la luz de un candelabro. Si Henri tuviese percepciones normales lo vería rodeado de una aureola luminosa, emanaciones de los pensamientos superiores y puros, que brotaban del alma angelical del viejo padre. Pero Henri era una identidad oscura y brutal. No vio nada más allá del bulto corpóreo del amigo inclinado sobre un libro, leyéndolo.

Entonces entró y se quejó de lo que sufría.

Le habló de la caída en el abismo, de los sufrimientos de la situación que vivía, del horror de sentirse bajo un montón de tierra atacado por gusanos, de sentirse doble, confuso, desesperado. Le pidió que fuese a desenterrarlo del valle, pues no aguantaba más la satánica situación. Él, Rómulo, a quien muchos consideraban santo, no podía ser cómplice de tal crimen, pues él, Henri, no estaba muerto, estaba vivo, allí, frente a él. Y pidiéndole noticias de Berthe, a quien continuaba amando y a quien pretende visitar en cuanto pueda liberarse de la terrible prisión que lo retiene en el fondo del valle.

Rómulo continuaba leyendo, tranquilo, los ojos bajos sobre el libro, enjugando las lágrimas que le caían por el rostro, de vez en cuando.

Pero, pensando no haber sido comprendido, una vez más vuelve a expandir las amarguras que lo torturan.

De pronto, él comprende que es visto y oye lo que el amigo le responde. Rómulo le habla como si lo mirase con aquellos ojos piadosos que tantas veces habían llorado por él:

- ¡Henri Numiers, mi pobre hijo! Sé que estás aquí, junto a mí. Tú no moriste, a pesar de la caída desde la montaña. Sólo tu cuerpo murió y fue sepultado en el fondo del valle. Pero tu alma es inmortal y eterna, hijo mío, eterna como su propio Creador. No perteneces más al mundo de los hombres, Henri Numiers, sino al mundo de las almas. Piensa en Dios, pídele a Él el socorro que me acabas de pedir a mí, y Su misericordia caerá sobre ti, pues Dios, nuestro Padre, no quiere la desgracia del pecador, sino que él viva y se arrepienta. Piensa en Dios y ora conmigo.

Rómulo oró. El suicida, entonces, se detuvo, emocionado. Mientras oía la oración, una faja luminosa se dibujó ante él y asistió, aterrado, a la escena de su desastre. Se vio rodando por la cantera, aplastado y sepultado en el fondo del valle, y se vio al mismo tiempo delante de Rómulo, en el Presbiterio, oyendo los consejos del viejo siervo de Dios y la oración hecha en su intención:

- ¡Señor Dios! ten piedad de los desgraciados que violan Tu ley buscando la muerte como fin a sus dolores. Socórrelos, Señor, con Tu misericordia. Aquí está Henri Numiers, que pensó morir al lanzarse por una montaña abajo. Hazle comprender, Dios mío, que él jamás murió, pues fue creado por Ti para vivir toda la eternidad, como esencia que es de Ti mismo. Manda un mensajero de Tu caridad para ampararlo, Dios mío, y guíalo paternalmente, en ese inmenso mundo de las almas inmortales, en el que vive ahora.

Un sentimiento de terror se apoderó de aquella pobre alma en confusiones, él se detuvo, oyendo la oración. Un rayo de esperanza conmovió su ser y él razonó, auxiliado por la caridad de lo Alto:

- ¿Habrás, pues, un medio de salir de esta situación y vivir mejor?

- ¡Sí, la hay! - le respondió una voz exterior.

- Y ¿qué medio es ese? - indagó nuevamente, suponiendo que se estaba dirigiendo a Rómulo del Ambrozzini.

- ¿Olvidaste a tu gran amigo, Henri Numiers, aquel que escucha siempre y jamás desprecia a quien lo busca, y remedia toda y cualquier situación?

- ¿Qué amigo? - indagó, intrigado, sin comprender quién se dirigía a él - ¿Rómulo? Ya lo busqué... ¿Acaso Olivier? ¿Antoine Thomas?...

- No, Henri, no son ellos. Es un amigo del que nunca te acuerdas, y el único que te salvará. Es Dios, el Padre y Creador Todopoderoso.

Un choque violento lo sacudió como si una descarga eléctrica lo alcanzase. El suicida dejó escapar un grito que no se podría decir si era de dolor, de terror o de sorpresa. Retrocede para esconderse en cualquier parte, aterrorizado sin saber por qué al oír ese nombre, se avergüenza de sí mismo, y herido, en los pliegues del ser, por los clamores de tremenda acusación de la propia consciencia. Por primera vez sintió el peso, toda la comparable amplitud de esa palabra - ¡Dios! se sintió aterrorizado, desorientado, quería ocultarse de todos y de sí mismo, vagó, alucinado, por Numiers, por Stainesburg y por Fontaine, sintiendo nuevas sensaciones de dolor moral, y viendo que no encontraba amparo y consuelo en ninguna parte, volvió al Presbiterio, vio al viejo amigo aún orando por él y entonces, vencido, exhausto por los dolores de las pruebas, se deja caer de rodillas al lado de Rómulo, y llora convulsivamente, mientras oía repercutiendo dentro de su pobre alma,

aliviado con vistas de esperanza, el pensamiento benévolo del viejo pastor de almas, que suplicaba:

- ¡Señor, consuela e ilumina el alma de mi pobre amigo Henri Numiers!

Hacía siete años que Henri se suicidó.

Capítulo 3, Henri comprende que fue vengado por el orden natural de las cosas.

¿Sabéis qué es la oración?

Es una irradiación protectora que nace del corazón amoroso, sube hasta Dios en súplicas vehementes, y desciende en beneficios hasta el ser por quien se pide, o quien se desea proteger. Es una vibración de amor sublime que se expande, toca el Infinito, se propaga en bendiciones, se ornamenta de virtudes celestes y se derrama en efluvios sobre aquél que sufre. La oración es el amor que besa al sufrimiento y lo consuela, es la caridad que envuelve al infortunio y reanima al sufriente, fortaleciéndole las energías.

La oración del Padre Rómulo socorrió al Espíritu angustiado de Henri Numiers. Sin embargo, el suicida se sentía aturdido. Aquel nombre - Dios - dicho con emoción en las profundidades de su ser lo estremeció modificándolo. Se diría que dentro de él se derrumbaba algo que lo enloquecía y que, en seguida, la esperanza lo reanimaba.

Sintió que alguien lo conducía, cariñosamente, a compartimentos nuevos del Presbiterio, que él no conocía, y lo hacía descansar en un lecho acogedor. Todo lo percibía a través de una neblina, adormecido, abatido y sin acción propia. Lloraba sin cesar, y no podía dejar de llorar. Y de pronto todo quedó en silencio y desapareció de sus pobres percepciones. Es que, bajo imposiciones de amigos espirituales caritativos, venidos en su socorro, él entraba en una nueva fase de su existencia espiritual. Henri era vencido por el sueño reparador que le daría, no la cura, sino alivio a los sufrimientos.

En verdad, él no percibió que saliera del Presbiterio para internarse en cierto ambiente inmediato a este, en los alrededores astrales de

Stainesburg, ambiente que sería la retractación del Presbiterio, que le infundía confianza, y creada por la magnitud de los mensajeros de Cristo, que lo socorrían. Como suicida atado aún a las atracciones materiales, Henri no podía penetrar aún las regiones espirituales propiamente dichas. Tampoco podía permanecer en la Tierra, donde su martirio se agravaría en todos los momentos. No fue devorado por las ondas obsesoras gracias a algunos méritos que tenía, y a las súplicas de Rómulo, de Thom, y de Marie, su madre, y por eso tampoco se veía esclavizado por las terribles falanges cuyos reductos siniestros de lo Invisible, prolongan de modo inconcebible el martirio de las almas frágiles que se dejan esclavizar. Sin embargo, había alrededor de él influencias obsesivas, como la presencia de Franz Schmidt, y ecos de antiguos desafectos del siglo anterior. Entonces fue internado, por piedad, en ese ambiente atmosférico de su aldea, en lugar seguro construido por Amor, semejante al Presbiterio.

Durmió largo tiempo. Despertó lentamente, como quien se va recuperando de un ataque, de una letargia. Una angustia dolorosa lo disgustaba, deprimiéndolo. Esa angustia, terrible sentimiento que invade al suicida, lo acompañaría durante todo el tiempo de permanencia en el mundo invisible, y se desdoblaba hasta la existencia futura, llevando por ventura un siglo, o más tiempo aún, para deshacerse de los recovecos de su consciencia, como la neblina que con trabajo se disipa al frágil sol del invierno. Sentía, además, el cuerpo dolorido y débil, pesado e incapaz de moverse. Tuvo la idea de que quedó paralítico. Estremecimientos nerviosos lo agitaban de vez en cuando, aterrorizado, pues, percibía que, si no reaccionaba, las terribles sensaciones de la caída en el abismo lo absorberían nuevamente.

Se acordó de los consejos de Rómulo y murmuró:

- ¡Dios mío y Padre mío, ten misericordia de mí!

Pero lo cierto era que le llegó un gran alivio, y ahora Henri podía entender. Razonó, por tanto, aunque con dificultad y timidez. Repasó su propia vida, desde la infancia. Berthe surgió en esos recuerdos

dominándolos completamente. Lloró dolorosamente, reflexionando que, por amor a ella, deseó morir, atormentado por su desprecio, y murmuró:

- ¡Sin embargo, no morí, Dios mío! ¡Continúo vivo, y estoy vivo, y pienso, y siento!

Pero, pensando en Berthe, incluso sin desearlo, la vio frente a él, llevado por las corrientes mentales, en aquella sala del Palacio de Brujas, que él tan bien conocía.

Un grito de pavor se oyó entonces en la noble residencia, seguido de un aterrado vocerío y agitación. Berthe acababa de ver el fantasma del marido de pie, delante de ella, y caía en los brazos de Louis con un ataque de nervios.

Dejemos, no obstante, al Espíritu Henri, desobedeciendo las advertencias de sus amigos espirituales, vagar alrededor de Berthe, exponiéndose a graves prejuicios en el plano terreno, en vez de permanecer en un ambiente amigo que cuidadosamente le proporcionaron, a fin de convalecer y meditar, y veamos lo que él, invisible a todos, pero frecuentemente visible a Berthe, presenciaba en torno de la criatura amada.

Louis de Stainesburg no era el hombre que serviría a Berthe de Sourmeville. El propio Henri, con su amor arrebatado y violento, tan de carácter de la época, habría realizado mucho mejor las aspiraciones de la deshonesta criatura, si su condición de plebeyo no la llevase a despreciarlo.

Louis, con su gran delicadeza de espíritu, dotado de sentimientos superiores, era enteramente incomprendido por aquella que del mundo sólo aspiraba a los gozos materiales, sin preocuparse jamás con la faz ideal de las cosas. No es que Berthe no amase a su compañero de infancia, sí lo amaba, sentía por él un inexplicable y complejo afecto, que la

llevaba a cohibirse en su presencia, tan superior lo sentía a ella misma, tan alto era el concepto que tenía de él por sus nobles cualidades.

Percibiendo que la esposa, muy seductora, era cortejada por cuantos hidalgos se aproximasen a ella y deseando ser amado santamente, en la paz de un hogar, Louis deseó retirarse al campo, en cualquier casa donde viviese sin los artificios de la sociedad, que ya lo debilitaban. La joven Baronesa, sin embargo, se opuso recordando con horror la soledad de Numiers, de lo que jamás sintió nostalgias. Y Louis cedió, como en otro tiempo Henri cedía siempre.

No obstante, el joven artista procuraba introducir en el ánimo de la esposa el amor por las cosas grandiosas del espíritu, es decir, las Bellas Artes y las Bellas Letras de lo que él mismo era un dedicado cultor. Pero la joven, insensible a ese aspecto de la existencia, se negó a colaborar con él. Sin embargo, se enorgullecía de ser el modelo preferido para los lienzos del marido, que continuaba ejerciendo la pintura. Se limitaba, por tanto, a colaborar con él como su modelo, pues se envanecía de su propia belleza, inmortalizada en lienzos que, seguramente, desafiarían al tiempo. De esa mutua diferencia de ideas resultó entonces un gran desequilibrio en su vida íntima, cuyas consecuencias serían imprevisibles.

No obstante a sus funciones de primer administrador del Conde Ferdinand, Louis de Stainesburg era obligado, por su parte, a pasar temporadas en el campo, pintando paisajes y motivos bucólicos, y también en los conventos e iglesias, donde renovaba pinturas, creaba otras tantas y conservaba las antiguas. Otras veces, se recogía para escribir obras teatrales, organizar programaciones festivas, que, por esa época, presentaban primores de belleza. Era, por tanto, un hombre sobrecargado de trabajo y responsabilidades, pues se trataba de un hidalgo pobre que así se conducía a fin de poder mantenerse en la sociedad en que vivía. Berthe, entretanto, mientras el esposo se sacrificaba de esta forma, vivía rodeada de placeres en las fiestas y reuniones de Ferdinand, el cual era su pareja más constante en la ausencia

de Louis. El rico hidalgo, no obstante, se apasionó por la esposa de su protegido, y redoblaba los favores que concedía a ambos, intentando conquistarla definitivamente por la generosidad. La intención del Conde era ser su amante, pues, por esa época ingrata y ateísta, la moral no era tenida en cuenta y poseer una amante bella y de buena posición era normal, ventaja de la moda en sociedad. Mas Berthe no amaba a Ferdinand, lo aborrecía incluso íntimamente, aunque le demostrase deferencias, dado que Ferdinand era el pródigo mantenedor de la vida principesca que ella misma llevaba, con la protección concedida a Louis.

Sin embargo, las indiferencias de la bella mujer, un día cansaron al Conde. Viendo que Berthe era fiel al marido, que le confesó incluso a este amar con sinceridad, Ferdinand, enojado, decidió retirar la protección a ambos, intentando conquistarla por la privación. De esta forma, un hermoso día fingió contrariedades contra Louis y lo despidió de su administración, le retiró la protección, se tornó un extraño para el amigo de tantos años, deliberadamente dejaba de convidarlo a sus fiestas y reuniones, se olvidaba de saludarlo si lo encontraba en los salones ajenos. Ahora, eso significaba que Louis y Berthe y su casa no vivían más de los favores del rico hidalgo; que Louis debería trabajar, no obstante, aún más a fin de ganar el sustento de su casa; que ni sus obras teatrales eran compradas por el Conde u otra persona cualquiera, pues todos debían imitar al Señor más poderoso del pueblo; que nadie invitaba más al gentil matrimonio para fiestas, reuniones y cenas, que ningún hidalgo de Brujas e inmediaciones los saludaba; que sus cuadros ya no eran aceptados y los antiguos amigos les daban la espalda. La situación, por tanto, era humillante, aflictiva y la desdicha llamaba a las puertas del Palacio Stainesburg. Intentaron vender objetos de arte, cuadros y joyas, con el fin de poder alimentarse y pagar a los criados. Sin embargo, los judíos comerciantes solamente aceptaban sus ofertas a precio de coste. Los caballos fueron vendidos a agricultores, y Berthe tuvo que ponerse a realizar trabajos del hogar al lado de Lucienne, única criada que permanecía fiel a su lado, así como su marido, Hans, que apreciaba a

Berthe por su belleza, y por eso permaneció también fiel en la desgracia como lo fue en los días espléndidos.

Una tarde llegó al Palacio un criado de la casa de Górs. La propia Baronesa le abrió la puerta, recibéndolo en el zaguán. Traía una carta dirigida a ella. Berthe, conservando las actitudes discretas de su clase, se retiró a la sala de estar y leyó la carta, temblorosa e intrigada:

- "¡Señora! Una sola palabra vuestra y caeré sumiso a vuestros pies, y conmigo la prosperidad y las atenciones de toda Brujas. - Vuestro Ferdnand, Conde."

Berthe leyó y releyó la carta. Comprendió todo. Ferdnand insistía en quererla como su amante. La carta solicitaba respuesta inmediata. El portador esperaba en el zaguán. Ella descendió, la rasgó en presencia del mismo, mientras decía, emocionada:

- Decid a vuestro amo que la carta no tiene respuesta.

Pasados algunos días, Louis de Stainesburg fue llamado para hacer reparaciones en la pintura de la capilla de un convento, en las inmediaciones de la ciudad. Se dirigió para allá y la obra fue comenzada. Pero se diría que la adversidad lanzaba sus tentáculos sobre los esposos, condenándolos por el crimen de traición al generoso corazón de Henri Numiers.

Al cuarto día de trabajo Louis se accidenta, cayendo de un andamio al suelo, fracturándose costillas y una pierna quedando desalentado. El enfermo fue transportado a su residencia de Brujas, y otro artista lo sustituyó en la importante obra, seguramente no tan competente, no obstante, menos alcanzado por la adversidad. Entonces la penuria se recrudeció en aquel hogar que, realmente, no podía ser feliz, ya que fue construido sobre la desgracia de otro corazón. Louis, así, gravemente enfermo, preso al lecho, con dos médicos exigiendo recursos para el tratamiento, Berthe se movía en busca de algo que remediase la penuria que sobre ella se abatía, sin conseguir nada de satisfactorio para el

tratamiento de aquel a quien más amaba ahora, cuando lo veía sufrir. Tomó las joyas más valiosas que tenía y se dirigió a un joyero judío, con la intención de empeñarlas. El comerciante, sin embargo, no quiso o no pudo hacer la transacción, alegando que un rico y conocido hidalgo de Brujas lo visitó, amenazando castigarlo si se atrevía a comprar o empeñar joyas de alguien durante los próximos quince días.

La bella mujer volvió al hogar deshecha en lágrimas, y aquel día tuvo que aceptar la ayuda de Hans, que le proveyera la cocina a fin de alimentarla y aliviar los sufrimientos de Louis.

No obstante, en la mañana siguiente, el emisario del Conde Ferdinand de Górs volvió a llamar a la puerta del Palacio Stainesburg. Berthe en persona lo recibe. El criado le entrega una carta. Es de Ferdinand. Como en la primera vez, la aristócrata mujer se retira a su sala y lee:

- "¡Señora! Una sola palabra de vuestros labios y aun hoy caeré a vuestros pies, listo para ser vuestro esclavo. Os amo. Señora, y soy vuestro amigo. Ferdinand, Conde."

Entonces ella dejó a un lado esa carta terrible para un alma que reencarnó con el compromiso de prestar testimonios de grandeza moral a las leyes del Eterno. Se sentó en su escritorio y respondió:

- "¡Señor, vencisteis! Os espero esta noche."

Descendió y entregó la carta al mensajero, con una sonrisa amable en aquellos labios rojos.

Louis se retorció de dolores en el lecho, con fiebre, mientras el alma perturbada de Henri Numiers asistía a todo con aflicción, por el sufrimiento de aquellos que lo habían hecho desgraciado.

Capítulo 4, Donde se ve que no siempre se está solo.

Era inevitable la desgracia en la casa de Louis de Stainesburg y él lo sabía.

Toda felicidad edificada sobre la desdicha ajena, sobre la deshonestidad o la injusticia deja de ser felicidad, para volverse un fantasma amenazador, para, en la primera ocasión, lanzar el golpe fatal que amenazaba desde el primer acto erróneo que la traición creó. Esa ficticia felicidad es como los castillos construidos en la arena, los cuales el mar se lleva en sus poderosas reivindicaciones. Es muy común que los hombres orgullosos atribuyan a la fatalidad y hasta a Dios, las desdichas que les suceden en el transcurso de la existencia. Pero, lo que es cierto es que, si todos los que sufren disgustos y dificultades investigasen los propios actos anteriores, en torno del prójimo o en torno de sí mismo, encontrarían allí la causa de las desdichas que los hieren, sin necesidad de remontarse a las existencias pasadas, para explicar por qué sufren en la actualidad.

Berthe y Louis reencarnaron a fin de redimirse del crimen que practicaron contra Henri en el siglo anterior. Deberían amarlo, ser fieles al principio de fraternidad, que establece el perdón de las ofensas recibidas, encerrando así para siempre los tristes episodios vividos en Francia, durante la masacre de protestantes promovidos por la Reina Catalina de Médicis y sus protegidos. Al reencarnar fueron advertidos por los tutelares espirituales, de que permaneciesen vigilantes, pues los testimonios a dar serían graves y arriesgados, y si no fuesen fuertes podrían sucumbir a las tentaciones del medio ambiente terreno, ya que la sociedad de los hombres es fértil en ocasiones propicias al error y hasta el crimen. Que insistiesen en tener una vida simple y recatada, vuelta hacia Dios y al cumplimiento del deber, porque si transgrediesen nuevamente mayor sería la responsabilidad que tendrían y nuevos siglos

de luchas necesitarían enfrentar para rescatar los errores acumulados. Y fue justamente lo que ocurrió: Berthe, Henri, Louis, y Arnold, se dejaron llevar por los arrebatos de las pasiones olvidando no sólo los sabios consejos de los amigos del Espacio, sino también los propósitos que trajeron al aceptar los nuevos testimonios de la reencarnación.

Ahora, recibiendo la respuesta de Berthe, Ferdinand de Gors no cabía en sí de alegría y, aquel mismo día, visitó a Louis. Llevó consigo a sus propios médicos y enfermeros, recursos de todas clases para el tratamiento del amigo. Entró ruidosamente, simulando sorpresa por el estado del enfermo y disgustado por no haberlo visitado antes:

- Yo no sabía lo que te ocurrió, mi querido Barón, de lo contrario ya habría venido a verte y ayudarte. Bien sabes cuánto te aprecio y cuanto sufriría si te ocurriese alguna desgracia. Pero todo está remediado: aquí estoy con mis médicos y mi estima, y en breve quiero verte sano y salvo a fin de retomar la administración de mis casas. Estoy loco de nostalgias tuyas. No hay nadie como tú para alegrarme. ¿Por qué me abandonaste? ¡Para pintar conventos! ¡Ah, ¡Ah, ¡Ah, ¡Qué horror, conventos! Tendremos que organizar una brillante fiesta por tu reincorporación a mis servicios. Es bueno que te prepares mientras te recuperas. Y también quiero una exposición de cuadros. Hace mucho tiempo que no tenemos una cosa así en Brujas. La ciudad anda triste. Tendremos que alegrarla. Estoy a tu disposición, querido Stainesburg, no pases necesidades, verte sufrir sería para mí un gran dolor; te quiero mucho y siempre fui tu amigo.

Louis se lo agradeció un tanto sorprendido, sin comprender lo que pasaba con el viejo amigo. Este se despidió dejando allí médicos, medicamentos, enfermeros, órdenes para comprar fuese lo que fuese para la familia. No se olvidó de nada. Hasta incluso nuevos criados y caballos llegaron al Palacio Stainesburg. Sorprendida, Berthe acompañó al visitante hasta la escalera que descendía al zaguán. Y cuando él se inclinó y le besó la mano, despidiéndose, le dejó una nota minúscula. La joven Baronesa se recogió en su cuarto de dormir y leyó:

- “¡Loco de felicidad! ¡Soy tuyo para siempre! ¡Soy tu esclavo, mi bien amada! Espérame a media noche.”

A partir de esa noche, Berthe de Sourmeville-Stainesburg, fue la amante muy querida de Ferdnand de Górs. No faltaba de nada en su casa. El amante era generoso, y Louis se vio nuevamente considerado por la sociedad tras la convalecencia. La alegría irradiaba por las actitudes del rico hidalgo de Górs. Sin embargo, Berthe se violentaba y nunca más vivió tranquila, temerosa de lo que pudiese venir de aquella crítica situación. Berthe amaba a Louis, y la unión con el Conde le era penosa. Se sentía desacreditada en el concepto de sí misma, y se arrepentía de la facilidad con que cedió a los deseos de su protector:

- Yo debería haber vuelto a Stainesburg, pedir socorro al Padre Rómulo, recurrir a mi inolvidable Thom, y no tornarme la amante de nadie. Dios mío, ¿qué pensará él de mí, cuando sepa hasta el punto al que llegué? Debería haberle escrito, Lucienne llevaría la carta, él vendría hasta aquí... con Louis el caso fue diferente, fue un caso de amor, él es mi primo. Pero, ¿y ahora? Es tarde para razonar...

Pasaron dos años sin cambios. Ferdnand era discreto y Berthe aún más que él. Las fiestas se repetían para alegría de los cortesanos del Conde. Louis Frederych, inclinado sobre el trabajo, no conseguía descansar para, como en otro tiempo, permanecer al lado de la esposa. Vivía preocupado bajo las responsabilidades que le correspondían, y trabajaba hasta altas horas de la noche. Se debilitaba y en su frente aparecieron las primeras arrugas. Siempre con la sonrisa en los labios y frases de elogio, Ferdnand era cada vez más exigente, requiriendo de él una producción superior a sus posibilidades. Por eso mismo, Berthe invariablemente era acompañada por el Conde en cualquier parte donde se presentase. Sin embargo, la aprehensión la angustiaba, pues temía al Conde y temía a Louis, aterrorizada ante la posibilidad de que éste descubriera la verdad. Entretanto, la sociedad comenzó a murmurar. Las

damas comenzaron a evitarla discretamente, y ella lo comprendió. Ferdinand, que al principio, se conducía cautelosamente, ahora parecía desear que todos supiesen de su unión con la esposa del amigo y se exponía en presencia de la sociedad. Ahora, la atormentaba, con la exigencia de que partiese con él a Francia o a Holanda abandonando a Louis, para vivir allí el resto de su vida:

- No soporto esta situación, querida mía, vivo desesperado por los celos. Te quiero sólo para mí, que todos sepan que eres mía y que soy feliz. Quiero que vivas a mi lado a la luz del Sol y no a escondidas, como vivimos...

Pero ella resistía, pues no lo amaba y cada día lo aborrecía más, e incluso así se preguntaba cuál sería el final de aquella anormal situación.

Sin embargo, al cabo de dos años, un grave acontecimiento vino a precipitar el desenlace de aquel drama creado por la voluntad mal orientada de sus participantes.

La obra prima de Louis Frederych, aquella en que él había puesto lo mejor de su talento y las más sentidas emociones de su amor, era el retrato de Berthe en tamaño natural. Allí aparecía ella con toda la fuerza de su incomún belleza, pareciendo moverse para hablar y descender del lienzo para convivir con los mortales. Los ojos le brillaban y parecía que miraban al observador donde quiera que este fuese, los labios parecía que estaban húmedos, listos para los besos y las palabras de amor. Louis se inmortalizaría con pocas telas como esa. Y, entretanto, para producirla no le fue necesario ni lágrimas ni fatigas. Él la pintó naturalmente, ante Berthe que posaba durante horas seguidas, vanidosa de su propia belleza y del talento del artista, animándolo siempre con frases de afecto, que ensanchaban de reconfortamiento el alma del esposo. Tal es el poder del amor en las empresas nobles del hombre.

Pero estaba escrito que aquella obra prima traería la desgracia al joven matrimonio.

Ferdnand de Górs ofreció a su amigo de Stainesburg una fortuna por el retrato de Berthe. Celoso, no obstante, de su obra prima, enamorado de ella como artista y amante, el joven pintor rechazaba cuantas ofertas le hacían por el cuadro, pues se trataba del retrato de su esposa. Para él aquella tela representaba más que un retrato y más que un recuerdo afectivo: era el conjunto difícilmente conseguido por un hombre, conjunto del Arte, de la Belleza, de la Gracia, del Amor encontrado en una sola mujer, y Louis quería conservarlo. Tenía otros cuadros bellísimos, joyas de valor incontestable: Madonnas pensativas, Venus abstractas. Bacantes seductoras, Vírgenes venerables, y todas llevaban la gracia inconfundible de la esposa, que le servía de modelo. Louis vendía esos a los buenos admiradores de su talento. ¡Pero el retrato de Berthe no! Jamás lo daría por dinero. Consideraría incluso una profanación tal mercancía. Su amor, su fe, la más legítima expresión de su genio ¿puestos a la venta? ¡Jamás, aunque la miseria atropellase sus días!

Eran delicadezas que Ferdnand no comprendía y que rechazaba para insistir, cada vez más deseoso de poseerlo para su pinacoteca.

Sin embargo, fue tal la insistencia del prepotente Conde que Louis, que ya estaba molesto de sus intromisiones en su vida particular, le preguntó un día, extrañándose de tanta insistencia por tener una prenda que sólo al propio Louis interesaba:

- Pero, Señor Conde, me atrevo a preguntaros la causa de vuestro deseo tan ardiente en poseer este retrato...

Ferdnand se carcajeó con displicencia y respondió:

- ¡Buena pregunta, mi querido doncel! ¿Ignoras, acaso, que se trata de una perfecta obra de arte, y que yo soy el más ardiente admirador de la Baronesa? Sí, soy su más ardiente admirador, y, ...

-Y, ...

- ¡Quisiera poseer su retrato, eso es todo!

Louis se ofendió. Él, que conocía a Ferdinand íntimamente, comprendió que, bajo aquella confesión y aquellas carcajadas, el hidalgo escondía inconfesables intenciones. Su corazón se sobresaltó. Sospechó, por una especie de intuición, lo que le esperaría si, en efecto, el Conde pusiese los ojos en Berthe. Pensó en Berthe, siempre encantadora, acompañada por el Conde en su ausencia. Esta se encontraba presente en el coloquio y se perturbó, poniéndose roja. Louis lo notó, y sus ojos, mirando al Conde y a Berthe volvieron después hacia aquel, en un primer síntoma de duda. Entretanto, respondió nuevamente al amigo.

- Imposible satisfaceros, Señor, no me desharé de este cuadro ni por todo el oro de este mundo.

Sin embargo, Ferdinand se reía y, saludando para retirarse, replicó:

- Poco importa, Barón. De nosotros dos fui yo quien mejor supo escoger.

Desde ese día en adelante Louis se puso a observar y sus sospechas de que era traicionado por la esposa aumentaron. La puso en confesión, dispuesto a concederle libertad si ella lo desease. Pero Berthe negaba todo deshecha en llanto, rendida a sus pies. Sujeto por el trabajo, el joven artista sólo muy tarde comprendió que se encontraba en una situación muy delicada ante la sociedad, pues descubrió, finalmente, que la reputación de la esposa estaba muy comprometida, y urgía una reacción. Pensó en provocar a Ferdinand para un duelo. Pero un duelo con Ferdinand, un espadachín de renombre, sería un suicidio. Entonces decidió salir de Brujas, partir para Francia o Italia, y ver si podía salvar a tiempo a Berthe de un destino oscuro. Un gran tormento le rompía el corazón, provocándole además el remordimiento por la traición que él mismo, hacía cerca de diez años, infligió a su colectáneo de Numiers. Y, sentado ante su mesa de trabajo, sólo en su aposento, Louis pensaba:

- ¡Sí, Dios mío, es el castigo! Hoy siento las consecuencias de la falta que siempre me pesó en la conciencia. ¡Es justo, Señor! La misma persona que fue mi cómplice, por quien yo daría la vida, es el instrumento para mi castigo. Tu justicia es infalible, Dios mío, la respeto y me inclino ante ella. Sin embargo, dame fuerzas para mantenerme sereno, a fin de no desesperarme. ¡Señor, perdóname el crimen contra Henri Numiers!

Louis, no obstante, decidió partir de Brujas con prontitud. Pero sería necesario poner en orden los propios negocios, vender mobiliario, objetos de arte, cuadros, reunir una cantidad que le ayudase a mantenerse en los primeros tiempos. Intentó separarse de la esposa, pero Berthe no estuvo de acuerdo con esa decisión y dijo que lo acompañaría de cualquier forma, pues lo amaba. Las relaciones entre el matrimonio se habían alterado, no obstante a los esfuerzos de la bella mujer para estrecharlas como antes. Louis ya se despidió de los servicios del Conde y se preparaba para dejar Brujas. Éste, irritado con la perspectiva de perder la amante, se volvió agresivo, dispuesto a provocar todas las consecuencias. Louis, sin embargo, decidió exponer los cuadros que aún poseía en un salón de arte en su propio Palacio, deseando así despedirse de la sociedad que tanto admiraba su talento y recoger la máxima cantidad para establecerse en Francia.

Ferdinand de Górs-Pracontal, uno de los admiradores de la pintura en Flandes, compareció seguido de su corte de amigos, como era de esperar. Se encontraba, por tanto, reunida allí toda la selecta sociedad de Brujas, emocionada por la perfección de las telas que el artista exponía. Felicitaciones y elogios se le acumulaban, lamentando todos que tan admirable persona proyectase dejar Flandes, y una a una las telas fueron adquiridas por los visitantes. El retrato de Berthe estaba allí, en un lugar de honor, ornamento indispensable a la belleza del salón, pero no a la venta. De pronto, las personas presentes enmudecieron, mirándose unas a las otras, en actitud de sorpresa. Louis lo notó y, perspicaz, comprendió que se escandalizaban por las palabras que el Conde de Pracontal profería

ante el retrato de Berthe. Emocionado, a pesar suyo, se dirigió al lugar indicado, presintiendo consecuencias desagradables por la actitud de burla con que el Conde se dirigía a las personas que lo rodeaban. Ferdinand, delante de aquella obra, lo intrigaba, y, celoso del propio trabajo, se aproximó e interrogó:

- ¿Descubristeis algún defecto en esta tela. Señor Conde? ¿Quiere tener la bondad de señalar lo que no es de vuestro agrado en ella?

- ¡Pues no, noble artista! - y se inclinó exageradamente ante el Barón. - Yo diría que, al contrario de lo que suponéis, pusisteis un feliz símbolo en este cuadro, escribiendo en él una hermosísima poesía: "Mi luz y mi sol, mi Berthe. Para ella mi amor y mi arte. Ante ella, respetuoso, mi corazón y mi espíritu."

- Vos conocíais esos pensamientos, Señor, están ahí desde que terminé el cuadro. Me admiro de que sólo ahora reparaseis en ellos...

- Sí, pero sólo ahora descubrí un detalle, noble artista, el cual mostraba a estos Señores... Y es que la luz que emana de la Señora aquí retratada es tan alucinante que deja su órbita natural para alumbrar esferas diferentes...

Todos habían comprendido la alusión del Conde, inclusive Louis. El insulto fue chocante por demás para que él dejase de reaccionar. Se puso pálido como la cera y se sonrojó después, haciendo esfuerzos por serenarse. En la sala hubo murmullos disimulados, semejantes al susurro de una mosca en desbandada. Berthe se ocultó entre los cortinajes de un arco, aterrorizada.

Ferdinand sonrió al lanzar el insulto y se volvió, para continuar contemplando el cuadro, apuntando, provocativamente, con su antejo de oro, donde brillaban esmeraldas. Indignado Louis, que no conseguía dominarse, sintió hervir la sangre en las venas y, sin que los circunstantes tuviesen aún tiempo de volver en sí del espanto por la audacia del Conde,

que a todos los presentes menospreció, Louis exclamó, herido e intrépido ante la ofensa:

- ¡Sois un miserable, Conde de Pracontal!

Y, serio y altivo, saca violentamente del cinturón uno de los guantes que llevaba y lo lanza al rostro de Ferdinand.

El guante cae a los pies del disoluto hidalgo. Ferdinand lo recoge y exclama, con la voz trémula de rencor:

- Podría mataros aquí, como se mata a una mosca, Louis de Staneisbourg, en respuesta a las palabras de insulto que acabáis de dirigir a mi honra de hidalgo, pero...

- Matadme, Señor, ¿qué os lo impide? Todos saben que esa es vuestra costumbre...

En el cúmulo de rabia Ferdinand da un paso hacia el adversario y su espada ya se halla a la mitad, fuera de la vaina:

- Jamás rechazaré un desafío, Barón de Stainesburg. Mis victorias en los duelos son incontables. No temo a la esgrima, jamás temí a las guerras. ¡Acepto el duelo que me proponéis, y él será de muerte!

Mañana, a las ocho horas, nos encontraremos detrás de los muros de Saint-Nicolás. Podéis escoger las armas. Todas me son familiares.

Dio la espalda a los asistentes y salió, seguido por la mirada recelosa de todos ellos.

En poco tiempo el salón quedó vacío. Berthe se acercó a Louis, intentando suavizar la situación, que era alarmante. Él la rechazó, con desprecio:

- ¡Apártate de mí, infame! ¡No me insultes con tu presencia!

Y Louis quedó sólo, tumbado sobre una poltrona, desanimado.

Moría la tarde en irradiaciones de reflejos rojizos, de verano. En el aposento las Venus, las Madonnas, las Vírgenes, las Bacantes, parecían revivir y palpitar a la claridad bermeja del Sol que se ponía tras los campanarios. De pronto él se levanta, toma un instrumento que encontró en la mano, se dirige al retrato de Berthe y lo rasga sin piedad, inutilizándolo para siempre. Y, pensando en el duelo que le espera a la mañana siguiente, envuelto por la atmósfera roja del Sol en los cortinajes bermejos, Louis cae en llanto doloroso, y de repente tiene la impresión de que todo se transforma en sangre, y que él mismo se hallaba sumergido en sangre. Se sentía sólo, inconsolable, abandonado. Pero, en verdad, no estaba sólo.

En el aposento había otro ser: Era el alma torturada de su hermano colectáneo, Henri Numiers, que todo lo presenció y que, lleno de angustia iba y venía por el salón lamentando el infortunio que alcanzó a su querido compañero de la niñez.

Capítulo 5, La perla de brujas.

Desde la víspera Berthe se entregaba a crisis de súplicas y llanto ante su infortunado esposo. En vano rogó a Louis que pidiese un aplazamiento para el encuentro, a fin de prepararse mejor para la pelea. Procuraba explicarse, le rogaba perdón, llegó incluso a confesar que se dejó seducir por Ferdinand para salvarlo a él, Louis, de una muerte segura, pues él estaba enfermo, sin recursos para tratarse, sin un amigo que lo socorriese, pero ahora quería su perdón, quería nuevamente su amor.

- Sería preferible que me dejases morir de miseria, Berthe de Sourmeville, a salvarme por ese vergonzoso precio. Es mejor que yo muera, porque después de esa confesión no me siento con ánimo para seguir viviendo: la vergüenza fustigaría mis pasos.

- Fue por amarte tanto que erré, Louis, no me fue posible verte en aquel estado y cruzarme de brazos...

- La traición y el perjurio están en la masa de tu sangre. Hiciste lo mismo con los Numiers, pues, si no hubieses insistido tanto en acompañarme yo hubiera partido sólo, de Staneisbourg.

- Perdóname todo, Louis, no soporto el dolor de verme así acusada por ti. Erré, pero mis errores fueron por amarte mucho.

- Es tarde para arrepentirse, mi pobre amiga. Yo no te odio, te lamento. Tu aflicción es falsa, no tienes corazón, nunca lo tuviste, hieres a todos aquellos que te aman. Y ahora vete, déjame tranquilizarme, necesito calma para el encuentro de mañana. Necesito poner papeles en orden, recomendar mi alma a Dios...

- Pero eso es un suicidio, Louis, ¿quieres entonces matarte? ¡Huyamos, aún hay tiempo!

- Suicidio o no, es inevitable el encuentro. Me quedaré. Moriré. Poco importa el resto.

Ella salió llorando, amparada por Lucienne, que asistió a todo, y él se puso a rasgar papeles y a repartir con amigos y auxiliares lo que poseía de valor, excluyéndola en ese simulacro de testamento. Como en un sueño, allí, de bruces sobre la secretaría que perteneciera a su padre, revivió, en las telas del pensamiento, toda aquella su vida, que un duelo estúpido amenazaba destruir. Volvió a verse pequeño, en el regazo de su madre, en Stainesburg, donde los campos eran floridos y los campesinos dispuestos. Volvió a ver la imagen austera del padre, que tanto lo amó y se sacrificó por él, volvió a ver a Berthe pequeña, a la que tantas veces él llevó en los brazos, por las alamedas de tilos del antiguo parque de Stainesburg. ¡Y después su vida de joven, las luchas y desilusiones, ay de él! ¡El retorno a Stainesburg, que lo hizo desgraciado, haciendo desgraciado primero a Henri, su arrebatadora pasión por la prima, su crimen contra los Numiers, que nunca dejó de acusarle la conciencia, sus sacrificios, sus disgustos, oh! ¡Su vida fue un libro de dolores y sufrimientos! Y ahora, rematando tan duras peleas Ferdinand, que sedujo a Berthe, haciéndolo también un desgraciado. Era un momento horrible, aquel en que, ante la tumba, repentinamente le surgían los recuerdos, los deméritos que fustigaban su conciencia. ¡Oh, instante solemne y formidable ese, en el que se lee en el archivo de los recuerdos la página de hechos pasados, extrayendo de nuestro ser sudores y agonía!

¡Feliz de quien, en ese instante augusto de agonía, puede sonreír a la página de los propios recuerdos!

Desgraciado aquel que llora sobre ella. Louis lloró copiosamente.

Solamente al amanecer Louis se retiró del gabinete de estudio, donde pasó la noche. No volvió a ver a Berthe en esa noche memorable. Ahora, se sentía tranquilo. Después de vibrar dolorosamente, sus nervios se tranquilizaron bajo la imposición de lo inevitable. Por eso cuando, al amanecer, Berthe lo vio salir del gabinete se admiró de su serenidad, mientras él se sorprendió del abatimiento en que se encontraba la desgraciada.

- ¡Pobre infeliz! - dijo él, levantándola, pues ella pasó la noche delante de aquella puerta. - Levántate, pobre Berthe, y procura tranquilizarte. ¿Quién sabe? Es posible que yo no sucumba...

- ¡Oh, Louis, mi bienamado! La desgracia extendió sus garras sobre mí. ¡Estoy pérdida! ¡Quisiera morir también!

Pero él ya no la oía. Estaba conmovido y no se quería inclinar al sentimiento afectivo que ahora volvía con afecto de piedad.

- ¡Estás perdonada, querida amiga de mi niñez! - murmuró.

Instantes después la aldaba de la puerta de entrada llamó con fuerza. Eran sus testigos que lo venían a buscar, pues se aproximaba la hora del encuentro con Ferdinand de Pracontal.

Berthe de Sourmeville no tenía temple para sufrir esperas e incertidumbres. Era un alma positiva y valiente, impaciente e intrépida, que no se resignaría a situaciones pasivas. El día en que esa alma se renovase para el amor de Dios y se diese a la práctica del Bien, su triunfo repercutiría en los Cielos, y ella sería considerada ejemplo para las almas frágiles, que dejan de creer en el propio progreso.

- Deprisa, Hans, mi carruaje - dijo, inmediatamente tras la partida del Barón. - Lucienne, mi capa y mi puñal. Mataré a Ferdinand si aún

llego a tiempo. Asistiré al encuentro. Louis no puede morir a manos de aquel miserable.

Y partió, afligida, desesperada, inconsolable.

Los bosques de Saint-Nicolás estaban compuestos de pequeños grupos de pinos, muy limpios y propicios a los encuentros de aquella especie, tan frecuentes en aquellos ingratos tiempos. Situados al fondo de los muros del Convento de Saint-Nicolás, tomaron su nombre y como tal eran conocidos.

Louis llegó antes que Ferdinand, acompañado de los testigos y de algunos amigos, que pretendían reconciliar a los adversarios antes del inicio de la pelea. Después llegó el orgulloso Conde, feroz también en la mirada y ligeramente pálido. Apenas saludó al adversario. No atendió a las propuestas de reconciliación hechas por los amigos de ambos, en lo que fue imitado por Louis. El rudo hidalgo sabía que iba a cometer un homicidio y, a pesar de la dureza de su corazón, no podía huir a la impresión de que el hombre al que iba a matar fue su amigo y vilmente traicionado por él.

Tras las cortesías de costumbre comenzó la pelea llevada a florete, única arma que Louis de Stainesburg dominaba con alguna soltura.

La lucha era desigual, y a las primeras investidas Ferdinand mostró sus detestables intenciones. Seguro de su propia fuerza, el espadachín que él era se divertía en aquel encuentro, cansando a su víctima antes de herirla, para después ufanarse sobre su sangre con una victoria más.

Berthe de Sourmeville, la desventurada causante del drama que llena nuestras páginas, y triste lección a aquellos que se desvían del camino de la justicia para perderse en los lodazales del egoísmo y demás pasiones, Berthe llegó al lugar algunos minutos después del inicio de la lucha. Desesperada, dominada por las violentas emociones que desde la víspera la sacudían, la esposa de Louis se diría que era el espectro del propio infortunio. Al verla, los testigos del duelo se apenaron y, con un

gesto prudente, intentaron apartarla, aconsejándola volver al carruaje y esperar allí el final de la lucha. Pero la vibrátil criatura resistió con una protesta concisa desarmando a los interlocutores:

- ¡No, Señores! Voy a quedarme. Se trata de mi marido. Me quedaré.

La pelea, entretanto, continuaba. Berthe no tuvo oportunidad de tentar contra la vida de Ferdinand, como fue su intención. Ferdinand bromeaba y reía, durante la lucha. Louis, atento, se cansaba inútilmente, prefiriendo no oír los reproches del adversario. Solamente dijera, cierta vez, que el adversario le alabó el desembarazo con que empuñaba el florete, lo que, él creía, no era propio de un artista:

- Es verdad. Señor, reconozco mi inhabilidad en esgrima. Si, en otro tiempo, yo hubiese podido prever que en Flandes existían hidalgos indignos, me hubiera preparado mejor y hoy os podría ofrecer la honra de una lucha más interesante. Infelizmente sólo ahora comprendo que me equivocaba, y me entristezco por el disgusto de no poderos matar.

Entretanto, Berthe se empeñaba en la lucha y, con frases estimulantes, se diría que quería suplir la inhabilidad del marido. Pero su parcialidad sólo podía provocar lo contrario de lo que ella deseaba. Irritaba a Ferdinand, perturbaba a Louis, que ya se encontraba herido en la muñeca, con la sangre llegándole a los blancos encajes de la camisa que llevaba. Empalidecía, pues comprendía que el enemigo lo llevó hasta allí para divertirse mejor y hacerle sufrir por mero exhibicionismo. Como en un sueño, le surgían nuevamente las frases más accidentadas de su vida y él las volvió a ver dentro de sí con el constreñimiento de quien no tiene tranquila la conciencia en la hora de la agonía. Entonces, en aquel momento grave y doloroso en que, por vías naturales, en él se cumplían las leyes de una Justicia, mientras Berthe evaluaba la extensión de la catástrofe provocada por su crimen de dos veces adúltera, mientras, ansiosos, los testigos aguardaban el desenlace de la lucha, y Ferdinand,

satánico, calculaba el golpe que vibraría en el pecho del adversario, en un sentimiento sublime, revoloteó en el corazón de Louis de Stainesburg.

Él volvió a ver a Henri y la infancia de ambos. Volvió a verse a sí mismo, pequeñito, compartiendo con Henri el seno vigoroso de la vida que Marie le daba para salvarlo de la muerte, en perjuicio del propio hijo. Volvió a ver las solicitudes del compañero de la niñez, los juguetes de ambos, la ternura que los unía, tan leal y tan pura. Pero, después, la ingratitud cruel contra aquel que jamás le diera motivos para enfadarse. La tortura de Henri, la desgracia hiriendo a los Numiers...

Un sollozo de amargura le estremeció, al mismo tiempo que un grito de dolor, en las fibras del alma. La visión se le enturbió de debilidad, que la pérdida de la sangre provocaba, y él, en el fondo del pensamiento murmuró, dolorido y resignado:

- ¡Henri, hermano mío, amigo mío! ¡Desde donde estás perdona el crimen que practiqué contra ti!

Eso fue todo. Un dolor agudo y profundo le hizo lanzar un gemido largo y ronco; él soltó el florete, que cayó a un lado, y se llevó la mano al pecho.

La sangre le salía a borbotones del corazón. Cayendo en los brazos de Berthe, expiró rápidamente, pero sintiendo aún sobre el rostro los besos angustiados de la extraña mujer que lo amó y lo traicionó.

El arma de Ferdinand de Górs alcanzó el pecho de Louis de Staneisbourg, la perla de Brujas.

Capítulo 6, Donde se ve que la astucia vence a la fuerza.

Berthe se encontraba desesperada. El remordimiento, la nostalgia, la humillación, la decepción la herían tanto como el día terrible del duelo que hizo víctima a Louis. Enfermó y durante muchos días se debatió en crisis nerviosas que la enloquecían, amparada solamente por la fidelidad de Lucienne, pues nuevamente los amigos la abandonaron, quedando señalada en el concepto de la sociedad. Un odio indomable por aquel que ella consideraba el asesino de Louis y a quien hacía responsable de la desgracia que la alcanzó ahora, le perturbaba la mente, haciéndola un ser incapaz de continuar reaccionando para también poder vivir. Sólo pensaba en vengar a Louis de cualquier modo, y, así, no se permitía a sí misma paz para volverse hacia Dios, no mantenía equilibrio para intentar también remediar la vida, y cada vez más se perdían en las tinieblas del odio, tal como en el siglo XVI, encarnada en la personalidad de Ruth-Carolina, se perdió en las tinieblas de la venganza contra Luis de Narbonne. Como Espíritu, Berthe de Sourmeville poco progresó, pues como decimos desde el principio, llevada por las pasiones, indignada sintiéndose, en lo profundo del ser, apartada de aquella familia de La-Chapelle, a quien tanto amó, pero a quien no merecía pertenecer, Berthe olvidó los propósitos para los que reencarnó en Flandes y se mantuvo estacionaria como Espíritu, cultivando el egoísmo y abrigando las malas pasiones en el corazón. En efecto, no le es fácil a un Espíritu endurecido en el error reformarse en una sola existencia.

No obstante, pasó un largo mes después de los trágicos acontecimientos de los bosques de Saint-Nicolás. Berthe juró a sí misma vengar a Louis, pero no concebía aún ningún plan para esa pretensión, por cuanto enfermó y se mantuvo por largos días presa de delirios. En el aislamiento en el que se recogía desde que vio morir a Luis, ella sólo pensaba en vencer al hombre, que no sólo había robado la vida a aquel

que ella amaba, sino que también destruyó en el corazón del mismo el amor por ella misma. La antigua esposa de Henri Numiers, no se acusaba de las propias liviandades y traiciones a la fe conyugal. Como todos los pecadores orgullosos, ella atribuía los propios errores a la acción de otro, considerándose víctima de Ferdinand y no su cómplice. A su vez, Ferdinand de Gors no olvidaba su pasión por ella. La ausencia avivó en él la atracción por la bella mujer y el hidalgo, en aquellos dos meses en que no obtuvo la menor noticia de la antigua amante, se mantuvo en continuo mal humor, impaciente por verla, por cuanto tenía la intención de reconciliarse con ella, e incluso ofrecerle el propio nombre, en el caso de que ella se mostrase exigente, pues la verdad era que se creía amado.

- Por ella -decía él a sus íntimos- haré cualquier cosa. La amo. Fue la única mujer que me supo cautivar. Ella hará de mí el mejor de los hombres o el más perverso sanguinario. Quiero ofrecerle la paz y hasta, si es preciso, mi nombre de esposo.

Le escribió varias veces durante el lapso de tiempo en que Berthe se mantenía bajo riguroso luto, pero no obtuvo respuestas a las apasionadas misivas, a las que las poesías no acompañaban más, pues en su palacio enmudeció para siempre, la voz del trovador que cantaba los bellos versos de amor.

Sin embargo, un día, el portador que llevaba las cartas a la Baronesa, volvió con otra en fino papel de lino perfumado. Ferdinand rompe el lacre que cerraba la misiva y, aturdido, lee las siguientes frases, trazadas por la alta caligrafía y la energía de su cómplice:

- ¡Señor Conde! Una vez más fuisteis el más feliz y vencisteis. Un destino singular nos impulsa el uno para el otro. Os amo siempre. Os espero mañana, en mi casa.

Pero Ferdinand temió el escándalo de visitar la residencia del hombre a quien asesinó y respondió inmediatamente:

- No es prudente que yo os visite. Venid vos a mi residencia, bien disfrazada y ocultada. Todo está preparado.

Pero Berthe insistió, estableció condiciones y Ferdnand las aceptó:

Berthe preparó en secreto su partida de Brujas y hasta de Flandes, ayudada solamente por Lucienne y por el marido de esta, que dejó la vida militar con el pretexto de servir a Luis de Francia (Luis XIV), a su entender el mayor y mejor rey del mundo. La intención de Berthe era vengarse de Ferdnand y salir hacia Francia de cualquier forma, en el mismo día, o en la misma noche de los acontecimientos que premeditaba. Como su casa continuaba cerrada desde la muerte de Louis - pensaba ella - nadie desconfiaría de su partida. Despidió a los criados, no preparó equipaje, no se despidió de nadie, y para los amigos continuaría residiendo en Brujas, a pesar de la miseria que llamaba a sus puertas. No obstante, hizo que Lucienne partiese para Francia unos días antes. En París Lucienne debería buscar una pequeña casa donde los tres pudiesen vivir los primeros tiempos. Para eso la criada llevaba consigo cuantía suficiente, ignorando, entretanto, los proyectos de venganza de su Señora.

En el día señalado para el encuentro con Ferdnand todo estaba preparado. Dos caballos ensillados esperaban en la caballeriza y los disfraces para ella y Hans a la espera de ser usados. Ferdnand cenó pronto, con algunos cortesanos importantes, y se mostraba nervioso. Se quejaba de dolor de cabeza y apenas tocó los alimentos, aspirando, de vez en cuando, el frasco de sales que sus criados le llevaban. Se disculpó con los invitados tras la cena, diciendo tener necesidad de reposo, solicitando que no lo molestasen. Entró en sus propios aposentos y se encerró allí para dormir. No obstante, en el momento en que se vio sólo, sus ojos le brillaban de alegría, el aspecto enfermizo desapareció y, acelerado, dijo al criado de cuarto, que lo esperaba:

- Deprisa, Raoul, vísteme sin ruidos y con ligereza. Pero vísteme con elegancia y perfúmame bien. Deseo visitar a cierta dama extranjera de alto linaje.

El criado obedeció y, solícito, atavió al amo tan bien como era posible. Ferdinand lo gratificó con algunas monedas de oro y, satisfecho, considerándose bello, exclamó:

- Está bien, me siento feliz hoy, y deseo que los que me rodean también lo sean. Te doy permiso durante veinticuatro horas. Ve a pasear, diviértete. Y no digas a nadie que salí esta noche. Nadie deberá saber que visité a una dama hoy...

- Seré discreto como siempre, mi Señor.

El Conde temía ser criticado por los propios amigos, por continuar teniendo relaciones con Berthe, cuando acababa de matarle al marido, y, por eso, al visitarla por primera vez después del día fatal quiso ser cauteloso, no diciendo a nadie donde pretendía pasar la noche, saliendo ocultamente del palacio y dispensando la compañía de sus guardas sin prever que, así, servía a los intereses de la propia dama a quien visitaba.

En el pequeño Palacio Stainesburg, en aquel recinto antes alegre de fiestas, ahora la oscuridad era casi completa. Berthe y Hans eran sus únicos habitantes.

Ferdinand salió de su casa a pie, disfrazado con una capa burguesa a fin de no llamar la atención de algún noctámbulo que por casualidad encontrase, sólo, feliz. Salió por una puerta secreta y se encaminó, rápido, para donde lo esperaba la mujer que hacía brotar la sangre de cuantos corazones la habían amado. Una pequeña máscara de terciopelo negro le cubría parte del rostro, precaución que siempre tomaba para sus aventuras nocturnas, pero que con la oscuridad de aquella noche se hacía innecesaria.

Berthe lo recibió solemnemente, usando cierta ceremonia. Sabiéndose esperado, el Conde no sospechó nada del gran silencio reinante en casa, o atribuyéndolo al luto que aún guardaban, ni incluso cuando la Baronesa lo interrogó:

- ¿Vinisteis sólo, Señor Conde?

- Absolutamente sólo, Señora mía, no se preocupe, fui discreto - creyendo que ella temía por la propia reputación.

Pálida, un tanto abatida, a pesar de su faz maquillada y sus labios sanguíneos, que anunciaban la enfermedad que ya se anidó en su organismo; con sus cabellos rubios caídos en dos madejas sobre el pecho y vistiendo terciopelo negro, aquella criatura irresistible se mostraba a Ferdinand apasionado más seductora que nunca.

Conmovido y, no obstante, sintiéndose tímido ante la viuda de Louis, él se inclinó hacia ella y murmuró:

- Señora, heme aquí nuevamente a vuestros pies. Ruego que me perdonéis y olvidéis posibles resentimientos. Bien visteis que fue un combate leal. Os pertenezco. Aquí me tenéis para haceros dichosa.

- No guardo resentimientos contra vos, Señor Conde, y la prueba es que os recibo en mi casa. Nunca me olvidaré de los favores que siempre nos prestasteis. Apenas guardé conveniencias y ahora soy yo quien os pide perdón por los muchos disgustos que os he causado. Sed bienvenido.

Ferdinand estaba encantado y, humildemente, se sentó a su lado, a un gesto de ella:

- Pero Baronesa... Me parecisteis hostil el día en que...

- Ferdinand, por Dios, no recuerde aquel instante terrible. Eso pasó, olvidemos todo, sí olvidemos todo para poder ser felices. ¡Yo quiero ser feliz!

Él se volvió vivamente, insinuante, protector:

- Berthe, no vaciles en aceptarme. Te amo. Te daré mi nombre de esposo. Serás poderosa y feliz.

Se abrazaron, se besaron y se prometieron mutuas felicidades. Ferdinand se entregó completamente a la confianza en aquella mujer que lo fascinaba. Berthe, a su vez, se mantenía a la altura de la elegante comediente que era desde el siglo anterior. Débil, sola, abandonada por todos, ya que sólo un amigo le quedaba - aquel hombre que allí estaba listo para servirla, pero a quien ella odiaba con todas sus fuerzas - no pudiendo emplear contra él la fuerza se valía del disimulo y de la astucia para realizar la venganza que le devoraba el corazón. Pero, no obstante, por muy malo que fuese Ferdinand, amaba a Berthe sinceramente y esta le debía favores: aquel hombre protegió a Louis, lo levantó, lo retiró de la mediocridad de hidalgo arruinado para tornarlo, y también a ella, en buen concepto por una sociedad noble. Ese hombre tal vez no hubiera sido el traidor que fue si ella misma, antes que él, no hubiera sido traidora e infame.

La cena, entretanto, fue servida por Hans en una sala discretamente iluminada por pequeños candelabros. Ferdinand lo notó:

- ¡Os gusta la semioscuridad, Señora!

- Ciertamente, querido Señor. La penumbra es propicia al sueño y al devaneo...

- En la mesa yo nunca devaneo, querida Baronesa. Me contento con la realidad de los platos y de los vinos... A la luz de la luna, sí, con un firmamento bordado de estrellas, bajo el rumor de los árboles de tila y al perfume de las adelfas... me siento romántico...

- Es porque en vuestro Castillo hay parques y adelfas olorosas, mí querido Conde. En mi pobre palacio, sin embargo, no los hay, y tenemos que soñar en la mesa o en el lecho... Pero, ¿no bebéis nada. Conde Ferdinand? Probad este vino viejo, de las bodegas de Stainesburg, por favor. Mirad, Conde, cómo brilla la espuma...

Ferdinand sorbió de un trago aquel vino que Berthe le servía, confiado y encantado con la gentileza de la anfitriona, sin sospechar que sorbía la muerte. Sorbió una nueva copa, y otra, y otra...

Pero aquel vino no producía la muerte con facilidad. Berthe no quería precipitar demasiado el crimen. Aun así ella arriesgaba su propia vida, pero la energía de la extraña mujer no temía consecuencias.

- Que yo muera después - pensaba - pero que el causante de mi desgracia muera antes que yo. Pobre, enferma, sin amigos, ¿de qué me valdrá ahora la vida? Faltándome el capital, la vida me será un suplicio de miseria...

Entretanto, Ferdinand sentía indispuerto el organismo. Unos escalofríos le enfriaban lentamente el cuerpo. La garganta se le cerraba y le abrasaba y lo torturaba, mientras que la cabeza, pesada y dolorida, parecía querer reventarle de un momento a otro.

- Me siento mal, Baronesa, mi vista se oscurece, encended más velas, por favor, vuestro vino se diría que está en malas condiciones...

Ella se rió con una carcajada de loca:

- ¿Y si yo hubiese envenenado en vino, Señor Conde?

- Oh, no haríais tal cosa, Señora, por favor, yo...

En efecto, Ferdinand estaba envenenado, y ella se divertía con sus sufrimientos. La pecadora hablaba, hablaba sin cesar, a veces temblaba

de fiebre nerviosa, arrepentida de lo que hacía, horrorizada por lo que estaba presenciando.

- Alegraos, Conde - decía ella a su víctima, que, aterrorizado, sólo con ella, ignorado allí, por sus hombres, sentía a cada nuevo instante confirmarse los mortíferos efectos de la droga que ingirió - la droga que eché en vuestro vino no causa dolores. Sólo es un narcótico poderoso, que hará adormeceros sin posibilidad de despertar. En verdad, yo hubiera preferido mataros como matasteis a mi Louis. Pero sería peligroso para mí. No intentéis levantaros para agredirme. No podréis hacerlo. Vuestros órganos se endurecen. Vuestras fuerzas se agotan. ¿Qué veneno es? No lo sé, lo compré a una droguera ambulante por dos lindas esmeraldas, regalo vuestro...

Después, trágica, rencorosa, se aproximó a él, que entraba en agonía:

- ¡Desgraciado! ¡Desgraciado y maldito! ¿Sabes, perro, por qué te mato? Para vengar a mi Louis, a quien traicionaste y asesinaste. ¡Muere, infame Ferdnand de Górs, muere como un miserable que eres, sin glorias ni amigos, engañado y estúpido como un imbécil, muere, vergüenza de Flandes, la muerte insultante de las manos de una mujer!

Lo tiró al suelo empujándolo de la silla, donde se retorecía, haciéndole resbalar, moribundo, jadeante; le golpeó en el rostro, lo hirió con la punta del tacón de su zapato de satén, le escupió varias veces, y cuando vio que el hombre que mató a Louis estaba muerto, se retiró, horrorizada de sí misma, de aquella sala trágica, buscando a Hans y diciéndole en el auge del terror:

- ¡Hans, amigo mío, llévame de aquí, no aguanto más, no aguanto más!

Sin embargo, Hans había desaparecido. Horrorizado con lo que presenció, la temió con pavor y huyó de ella, para no aparecer nunca más en Brujas.

Entonces, llena de angustia y nerviosismo, se cambió de ropa, se vistió de burgués, buscó el caballo que quedaba en la caballeriza y cabalgó en la oscuridad, dirigiéndose a un destino incierto.

Horrorizado, sucumbió, exhausto de dolor extremo a las últimas posibilidades de sus fuerzas, el Espíritu Henri Numiers, que asistió a la muerte de Louis y ahora asistió al crimen que su ídolo de otros tiempos, acababa de practicar, se arrodilló en tierra en actitud de vencido y, sumiso y humilde, murmuró para que la misericordia del Eterno lo oyese:

- ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡No puedo más! ¡Socorredme, por piedad!
¡Quiero ir con el Padre Rómulo! ¡Solamente él me confortará!

Hacia diez años que el desgraciado Caballero de Numiers buscó en la muerte voluntaria el olvido para las propias amarguras, sin, entretanto, encontrarlo.

QUINTA PARTE

EN EL MUNDO REAL

Capítulo 1, El antiguo hogar.

Nada más había en la Quinta Numiers que recordase el esplendor de otro tiempo. Diez años de desolación habían pasado por allí como diez siglos de infortunio, desde el día en que una esposa traicionó la fe conyugal. Lleno de dolores y angustias, Arnold nunca más trabajó en su antigua propiedad y por eso la ruina dominó la morada donde en otro tiempo, se levantaba la bella mansión con sus jardines sombreados de castaños y cerezos. Por todo eso, los Señores de Stainesburg se hallaron en el derecho de llamar nuevamente al patrimonio de su aldea, aquellas tierras que fueron suyas y se adueñaron de todo, y, más tarde, por la muerte de Louis, también el palacio de Brujas, pues eran los únicos herederos del joven Barón. Y hasta incluso el título fue por ellos reivindicado.

Ahora Arnold, enfermo, tenía las facultades mentales alteradas, y vivía por las aldeas como un mendigo, buscando a Berthe con el fin de matarla, y vengar al hijo, durmiendo, a veces, al relente o amparado por los viejos amigos que se apiadaban de él. El Presbiterio, no obstante, era su abrigo más seguro, porque Rómulo y Thom no lo desamparaban. Pero, alucinado, frecuentemente huía de allí para vagar de aldea en aldea.

Mientras tanto, Rómulo del Ambrozzini llegó al término de su vida de apóstol. Enfermo, exhausto de toda una vida de trabajos a beneficio del prójimo, el venerado anciano esperaba a cada instante ser llamado al tribunal divino. Olvidado por sus superiores en aquel rincón del mundo, prisionero del amor y del deber, dio a las tres aldeas de su parroquia las mejores energías de su vida y ahora se preocupaba por la escuela de su sustituto, que podría no amar tanto a sus ovejas como él las había amado durante más de cuarenta años.

Antoine Thomas de Vermont, el Thom querido de aquellos corazones humildes, seguía siendo el mismo, a pesar de los diez años transcurridos. Siempre silencioso, humilde, caritativo y amoroso, era el ídolo de su padre adoptivo y su padre adoptivo era su ídolo.

Rómulo y Thom habían intentado todo para socorrer a Arnold, pero fue en vano. Arnold se volvió de un carácter salvaje, odioso, a quien la rebeldía enloqueció. Y pobre, más pobre que el último campesino de las cercanías, el viejo padre, no pudo salvar de la ruina la hermosa Quinta por donde antes le gustaba pasear en las tardes de descanso rodeado de la vecindad, que iba a escuchar sus prédicas, y servido por Marie, cuya bondad y sencillez él jamás olvidará.

Deshecho en llanto, el angustiado Espíritu Henri Numiers, que dejó su protección espiritual de las intermediaciones del Presbiterio, a fin de reunirse con Berthe, en quien no dejaba de pensar con intensidad, a él volvió tras la invocación fervorosa que hizo. La acción motora de la propia voluntad, sin que él lo percibiese, lo hizo transportarse al domicilio de Rómulo, siendo entonces nuevamente encaminado, por los asistentes espirituales, a la protección del Más Allá de la Tumba, que le convenía. La paz reinante en aquel hogar, la confortadora atmósfera de amor y caridad que envolvía el ambiente, tuvieron la virtud de lanzar sobre los sufrimientos del suicida el bálsamo de la confianza en sus amigos. En verdad figuras espirituales lo socorrían, como la primera vez. Pero, creyéndose en el Presbiterio terreno, asistido por el Padre Rómulo y Thom, murmuró, como desfallecido:

- Padre mío, socorredme, tened compasión de mí. ¡Yo creo en Dios! Sí, yo creo en Dios. Enseñadme a orar.

Y una oración sencilla, pero fervorosa, vibró dulcemente en aquel recinto que era el retrato espiritual del Presbiterio, en busca de lo Alto, mientras Henri la acompañaba entristecido.

Amanecía. A lo lejos, en los establos vecinos, balaban las cabras y las ovejas. En el horizonte, los primeros rayos del Sol rompían la neblina que la noche extendió para envolver la Tierra.

El viaje de fuga de la Baronesa de Stainesburg se realizó sin incidentes. Mientras se cambiaba de ropas, no obstante, vistiéndose de hombre, Berthe se vio obligada a hacer una nueva programación para su destino. No se le pasó por la imaginación que, Hans, hubiese avisado a la policía de lo que acababa de pasar en su casa. Si lo hiciese él se denunciaría a sí mismo, pues fue su cómplice. Sin embargo, sabía que su caso era de vida o muerte, y que necesitaba darse prisa y huir. Se dio prisa y huyó, dejando el palacio donde fue tan feliz. Comprendía que, sola, como estaba, no podía seguir a Francia. Pero las puertas de la ciudad, o barrera, estaban cerradas en aquella hora de la noche. Ofreció propinas, sacudiendo las monedas de oro que retirara de la bolsa de Ferdinand, y la dejaron pasar, creyendo que era un hombre que buscaba amores pecaminosos fuera de la ciudad. El caballo era fuerte y veloz, y ella galopó. No tenía la menor idea para dónde iría a fin de esconderse. De pronto, no obstante, reconoció el camino por donde marchaba. Era el camino silvestre y desierto de Stainesburg. Pero, ahí, percibió que habían pasado una noche y un día, y que ahora caía otra vez la noche.

Un terror inexplicable se apoderó de ella al reconocer que había alcanzado el camino de Stainesburg:

- Pues, ¿qué? - murmuraba mientras galopaba - ¿es a Stainesburg donde iré?

Pero no paraba y proseguía. Su caballo quedó en un puesto de cambio, como garantía para el otro, que ella cambió por el primero. Supo por Hans que, a su vez, supo por los oficiales de su antiguo cuartel, que Henri se había suicidado. Ella misma vio su fantasma varias veces. Pero, aun así, temía a cada instante tropezar con aquel exesposo tan

violentamente ultrajado. Y sus padres adoptivos, ¿cómo la recibirían? Seguramente le pedirían cuentas de su procedimiento...

Se puso a llorar silenciosamente, temblando de frío, azotada por tremendos recuerdos:

- ¡Oh! ¡No! No me encontraré con ellos. Me aplastarían con su desprecio. Toda esa gente a la que desprecié en otro tiempo me despreciará ahora. Me entregarán a los gendarmes, cuando sepan lo que hice a Ferdinand. ¿Qué será de mí? ¿Dónde iré a parar?

De repente se acordó del Presbiterio, del Padre Rómulo, de Thom. Nunca más, en diez años, supo de ellos. Nunca les escribió una carta siquiera, ni mandó un donativo para sus pobres. No obstante, ella sería ahora uno de aquellos pobres del Presbiterio.

- ¡Sí! Llamaré a la puerta del Padre Rómulo. Pediré amparo por esta noche. ¡Estoy exhausta! Mañana, al amanecer, seguiré hacia la otra Flandes. No quiero ser reconocida en Stainesburg. Pero... ¿Qué haré yo en la otra Flandes? ¿Y si el Padre Rómulo murió? ¿Y si Thom ya no vive en el Presbiterio?...

No tenía otro remedio sino seguir. Y siguió.

El caballo, finalmente, paró delante de una mansión adornada de flores trepadoras, en cuyo jardín una exhuberancia de bancales de rosas embalsamaba el aire con sus últimos perfumes. La noche cayó completamente, y del viejo hogar de piedra salían luces y un vocerío humano, se oía incluso a distancia. Era el Presbiterio, y, fiel a su ideal de fraternidad, Rómulo y Thom suministraban a los muchachos de las cercanías las lecciones de la noche.

- ¡Aquí está el Presbiterio, lo reconozco, es el mismo! - decía a sí misma, desmontando del caballo. - ¡Oh! Hace muchos años llegué a esta casa, casi tan angustiada como hoy. Entonces, como hoy, yo procedía de

entre los hidalgos, perseguida por ellos. Entonces, como ahora, mi destino era más que incierto...

Se escondió en la oscuridad, a la espera de que la casa de Rómulo se desalojase para presentarse ante él. ¿Y si Rómulo y Thom ya no viviesen allí?

Pero la puerta crujió en las rudas bisagras. Thom apareció en el umbral empuñando una linterna y, uno a uno, los alumnos se despidieron. Berthe se echó sobre el rostro la capucha de la capa, temiendo ser reconocida. No lo fue, realmente. Uno de los muchachos, distinguiendo un bulto protegiéndose en la propia capa, se volvió y dijo a Thom, que, en el umbral, aseguraba aún la linterna:

- ¡Hay un mendigo aquí, Señor!

- Hazlo entrar, Pierre, esta casa no dejó de recibir a los que sufren.

Berthe de Sourmeville, entonces, subió los escalones de piedra que daban acceso al jardín. Thom alumbraba, paciente, los escalones para que el supuesto mendigo entrase:

- Entre, hermano, no tema nada -dijo él- aquí encontrará reposo y protección.

Berthe cruzó los umbrales de la misma puerta que veinte años antes cruzara al salir de Stainesburg para Numiers.

La linterna, ahora, estampaba su luz sobre ella. Thom la miraba, curioso, sin poder observar el rostro que la capucha ocultaba a medias. Al fondo, sonriente y amable, el Padre Rómulo decía:

- Siéntese, hijo mío. Aquí tiene esta poltrona, junto al fuego, la noche es fría, caliéntese.

Y volviéndose hacia Thom, que continuaba mirando al recién llegado:

- Thom, tráele la cena, hijo mío.

Entonces Berthe entró confiante. Delante del Padre Rómulo, que fue su muy amado padre carnal en la existencia anterior, ella apartó la capucha y su bello rostro color de lirio, y sus bellos cabellos color del Sol se mostraron a los dos hombres. Thom dejó escapar una exclamación de sorpresa:

- ¡Oh, Berthe, bendita seas! - mientras Rómulo, caminando hacia ella, y abrazándola paternalmente, decía, mezclando con las de ella sus propias lágrimas:

- ¡Oh, Berthe, hija mía! Entra y sé bienvenida a esta casa. ¡Desde que te fuiste, hace diez años, yo esperaba este momento!

La nieta del molinero, entonces, resbaló de entre sus brazos y cayó al suelo, sin sentido, vencida por el cansancio y las emociones.

Capítulo 2, Ocaso.

La ausencia de Ferdinand de Gors no causó alarma en los tres primeros días tras su desaparición. Era costumbre del viejo bohemio, refugiarse en domicilios ajenos a fin de disfrutar de placeres en compañías amables, tal era la costumbre de la época. De otro modo, él dijo a su criado de cuarto, que estaría en compañía agradable y el criado calmó con tal noticia las primeras inquietudes de los familiares, y convidados del Conde, el segundo día de su desaparición. No obstante, pasaron cinco días sin tener noticias del hidalgo. Entonces, los criados se pusieron en movimiento en su búsqueda. Las residencias que él poseía en Brujas, en Pracontal e inmediaciones, fueron visitadas, pero todo fue inútil. Los amigos e invitados fueron interrogados, pero ninguno de ellos daba información a su respecto. Las autoridades policiales entonces se pusieron a buscarlo. Los antros de Brujas, los albergues de mala fama, por todas partes por donde hubiese vida alegre e irregular, Ferdinand fue buscado, y hasta los conventos tuvieron que abrir sus portones para la visita de las autoridades competentes. Pero no se encontraba ni siquiera una pista que pudiese esclarecer el misterio. Se pensó incluso que el Conde hubiera podido ser víctima de una emboscada y su cuerpo tirado en un foso o en un matorral, y por eso los bosques y los fosos de Brujas fueron rastreados, pero sin resultado. Entretanto, al visitar los bosques de Saint-Nicolás, alguien, casualmente, recordó que Ferdinand, antes de desaparecer, mató en duelo, allí, a su amigo Louis de Stainesburg. Que fue propagado por la ciudad que la esposa del muerto juró, delante de los presentes a los funerales de su marido, que su muerte sería vengada. Quien recordó eso -un criado de la familia de Górs- comunicó las primeras impresiones a sus Señores. Berthe de Stainesburg fue sugerida para prestar declaraciones y dar explicaciones. Su residencia continuaba cerrada, sin que la vecindad supiese de su paradero. Una escolta de gendarmes y un oficial recibieron orden de visitar la mansión. Por largo

tiempo sacudieron la aldaba, llamaron, gritaron. Sin embargo, todo indicaba que el palacio estaba deshabitado, pues ni los criados atendían. En la policía no había solicitud de Berthe de Stainesburg para dejar el país, pero había permiso para su criada Lucienne para visitar Francia. El oficial decidió entonces hacer que sus hombres escalaran los muros del jardín y entraran en los patios. Así fue hecho. Después de mucho examinar, comprobaron que una puerta lateral sólo estaba cerrada con un picaporte y un portón del fondo sólo cerrado con una baqueta de madera. Comunicaron el descubrimiento al oficial, y este, penetrando también en el patio, dio orden para que el palacio fuese investigado.

Al entrar en el primer aposento, el hedor nauseabundo de putrefacción, les desagradó al olfato. Siguieron el rastro, y el cadáver de Ferdinand fue encontrado tirado sobre las alfombras de la sala comedor, pero Berthe había desaparecido, y con ella sus criados. Entonces las autoridades se pusieron en movimiento a fin de capturar a la bella Baronesa, después de una orden especial de detención, pues se trataba de una hidalga y no había aún pruebas de que Ferdinand hubiese muerto a sus manos, sino sólo sospechas.

Entretanto, Berthe de Sourmeville pretendió seguir viaje el día siguiente al de su llegada al Presbiterio, pero el Padre Rómulo y Thom no lo consintieron. Ella ardía de fiebre, tosía constantemente, y la hemoptisis apareció, anunciando que ella contrajo la misma enfermedad que contrajo Claire, y que su final terreno estaba próximo. Rómulo y Thom la escondieron en un aposento humilde de la torre del Presbiterio, y cuidaban de ella con desvelo paternal, pues, en efecto, ellos eran el padre y el hermano muy queridos en su anterior existencia, cuando, como Ruth-Carolina, ella vengó la masacre de la propia familia y así se comprometió ante la Ley de Dios. Pero por mucho que los dos hombres la escondiesen de la curiosidad de los aldeanos, la noticia de su vuelta traspasó los muros del Presbiterio, llevada por la vieja criada que auxiliaba en el tratamiento, y llegó a los oídos de Arnold Numiers. Berthe confesó a sus generosos protectores los acontecimientos de su vida en Brujas sin omitir el menor detalle, concluyendo con la muerte de Louis y

el envenenamiento de Ferdinand por ella misma. Rómulo y su pupilo se sobresaltaron: ¿Qué hacer, ahora? ¿Denunciar a Berthe, entregarla a la policía, ya que era una criminal? Sus corazones repugnaban tal medida. ¿Cómo entregar a Berthe a las autoridades, en aquel miserable estado de salud? ¿Acaso no sería también un crimen? ¿Esconderla, quedar con ella allí, ignorando el crimen practicado por ella? Era la mejor propuesta, pues Berthe no podía siquiera sentarse en el lecho, ni conseguiría seguir viaje a fin de exiliarse en un país extranjero. Su enfermedad era grave, y de hora en hora las fuerzas se le escapaban. Pero, y si la policía la descubriese allí, entre ellos, ¿qué hacer?

Felizmente para ellos, que eran virtuosos y merecían la protección de los cielos, las autoridades de Brujas no se les ocurrió buscar a Berthe en Stainesburg. No conocían particularidades de su vida y, como se decía en Brujas, que ella se trasladó a Francia fue, allá donde se dirigieron las atenciones después de inspeccionar la ciudad, y sus alrededores en su búsqueda.

No obstante, Arnold se estremeció de alegría al escuchar la afirmativa de que su nuera se encontraba en el Presbiterio. Extendió la noticia por los cuatro puntos de las dos aldeas, afirmando que su venganza estaba próxima, que mataría a Berthe donde quiera que la pillase, aunque fuese en la iglesia, y la arrastraría por los cabellos hasta el valle donde sepultó a Henri. Tomó la navaja de Henri, la cual era una reliquia para él, y la mostraba a cuantos lo oyesen, afirmando, entre blasfemias e insultos, que, con aquella navaja, con la cual Henri mataba a los lobos de la montaña, él mataría a la infiel que llevó a su hijo al suicidio.

Como era de esperar, la noticia llegó a los oídos de los dos sacerdotes, los cuales redoblaron la vigilancia en torno de la enferma. Arnold rondaba el Presbiterio día y noche, al acecho de un momento que le hiciese encontrar a la nuera y liquidarla sin más demora. Por su parte, Berthe suplicó a Thom que la llevase a la tumba de Henri, pues se

arrepentía sinceramente de la traición inflingida a él y deseaba pedirle perdón al lado de su tumba. La noticia de que Marie falleciera por el disgusto del drama que alcanzó su casa la hizo derramar abundantes lágrimas. Ahora reconocía que ella misma se hizo desgraciada llevada por las pasiones y los malos deseos del corazón, y que un abismo ahora se abría para su futuro. Llamaba a Henri y a Louis en sus delirios y les pedía perdón, deseando ardientemente verlos a su lado. Thom la consolaba, le hablaba de Dios, le repetía las promesas de Jesús, buscaba cultivar en aquella alma rebelde los dones redentores de la fe y de la esperanza, le aconsejaba que buscara a Dios y se enmendase, pues ella iba a entregar el alma al Creador, y sería necesario prepararla para que su arrepentimiento y el deseo de enmienda fuesen realmente sinceros, para darle fuerzas y amparo para la vida del Más Allá. Pero Berthe que, al reencarnar, olvidó los compromisos de enmienda asumidos en el mundo espiritual, a quien las pasiones habían desgraciado y comprometido ante las Leyes Divinas, solamente se preocupaba ahora de Henri y de Louis, pesarosa por el mal que les causó. Thorn, sin embargo, era su gran consuelo, y muchas veces murmuraba para sólo oírlo él:

- ¡No merecí tu amor tan puro, Thom, hermano mío! Perdona los disgustos que te causé. Te amé mucho, pero no tuve fuerzas para hacerme digna de ese amor. Y estoy segura de que, si me hubiera sido posible haber vivido siempre a tu lado, no me hubiera hecho tan desgraciada.

- No seré yo, sino tú misma que, buscando a Dios, harás tu redención, hija mía...

Pero por mucho que el Padre Rómulo y Thom lo desearan, no consiguieron a tiempo pacificar la conciencia de la infeliz mujer. El recuerdo de Henri y de Louis, su desgracia, la muerte trágica de ambos, la destrucción de la Quinta Numiers eran pesadillas que la enloquecían, errores que requerían siglos para ser reparados. Ferdinand se le aparecía en sueños como un obsesor que la persiguiese con su amor pecaminoso, que la aterrizzaba. Entonces despertaba gritando, pidiendo socorro y, a veces, blasfemando contra el infierno en que se transformó su conciencia.

Y sólo podía descansar, si Thom o el Padre Rómulo se acercaban a ella y oraban con las manos sobre su cabeza.

Dos largos meses transcurrieron así. Sin embargo, una noche, su estado se agravó. Berthe entró en agonía, y al amanecer expiró bajo las oraciones de su padre y de su hermano de una existencia pasada.

Arnold Numiers, no consiguió realizar la proyectada venganza. Rómulo y Thom le impidieron llevar a cabo el abominable crimen. Y cuando las autoridades de Brujas consiguieron descubrir la pista de Berthe y llegaron a Stainesburg, solamente lograron encontrar una sepultura rasa con una cruz tosca de madera, colocada allí por las manos cariñosas de Antoine Thomas de Vermont, el Thom bienamado por las almas humildes de Stainesburg, de Numiers y de Fonteine.

Capítulo 3, El despertar.

Una noche, sólo, en su cuarto de dormir, en la Quinta Numiers, Louis de Stainesburg oyó la voz de la conciencia decirle amorosamente:

- Huye de Berthe, hijo mío, vete al extranjero, imponte a ese amor imposible, que sólo un crimen de consecuencias imprevisibles podrá satisfacer. Berthe pertenece a otro por el matrimonio. Resígnate a ese imperativo y ámala como si ella fuese tu hermana. Acuérdate de que ella es la esposa de Henri, y que Henri es tu hermano por el corazón.

Esa voz, que él bien comprendió, eran advertencias del Espíritu de su madre, que deseaba velar por él, desde más allá de la tumba donde se encontraba. Si Louis hubiera atendido a esa voz espiritual, que le hablaba a través de la conciencia, hubiera observado la ruta que le fue trazada por el deber al reencarnar, y ninguna razón de sinsabores había sido creada para deprimir su espíritu, suministrándole remordimientos y la certeza de que nuevas etapas de luchas se levantaban en su trayectoria.

Louis de Stainesburg, oyó esa voz, pero no la atendió. Como el hombre es libre y las Leyes Divinas no lo obligan a obedecerlas, el hijo de la Baronesa Claire, se desvió del buen camino trazado en el Espacio, antes de la reencarnación, y erró: débil, invigilante, imprudente él, se arrojó en los brazos de una felicidad ficticia, que su ingenuidad supuso que era real, cuando la verdad es que ningún acto practicado fuera de las leyes de Justicia concederá felicidad al hombre.

La consecuencia del lamentable engaño del hijo de Claire de Sourmeville, ya la conoce el lector. Es el engaño de todos los corazones que huyen al cumplimiento del deber. Uniéndose indebidamente a su prima Berthe, esposa de otro hombre, la más desoladora decepción,

amargó sus días y él se reconoció herido por las propias manos de aquella por quien erró, y que no es difícil que ocurra en la sociedad humana.

Dramas iniciados en la Tierra, en el teatro emocionante que es el desarrollar de la vida humana, fatalmente nos perseguirán en la vida del Más Allá. La muerte no es la destrucción, sino el proseguimiento de la vida en un segundo plano. Dolores, afectos, odios, todo lo que constituye el hombre moral no finaliza bajo la lápida de una sepultura. Se alarga, prosigue, continúa en un desenvolvimiento grandioso hasta la victoria del bien, epopeya magnífica del alma humana en los trabajos de la evolución. ¡Hombre! Conoce los grandes poderes que posees y, por las acciones que practiques, da un impulso vivo y fuerte a tu alma, para que ella se pueda aproximar de prisa al foco de luz de donde procedió.

Ahora, Louis Frederych de Stainesburg, una vez desencarnado, despertaba lentamente del largo letargo que sucede a la muerte del cuerpo. Un silencio profundo lo rodeaba, y él, despertando con dificultad, sentía una tristeza angustiante. No sabía dónde se encontraba, y con esfuerzo, como quien vuelve en sí de un largo desmayo, procuraba reconocerse y buscar coordinar las propias ideas. Su primer balbuceo fue un nombre venerado, un nombre que desde la niñez él siempre repetía con una gran ternura en el corazón, el nombre que arrulló sus horas de niño y que más tarde lo consolaba de las amarguras de cada día:

- ¡Madre mía!

- ¡Madre mía! - repetía lentamente, quejoso y conmovido. - Fuiste tú, sí, madre querida, a quien yo vi y reconocí en el supremo momento, cuando el arma de Ferdnand se clavó en mi corazón. ¡Bendita seas por el bienestar y la esperanza que me diste en aquella hora! Tu presencia fue la imagen de Dios perdonando mis pecados. En Dios y en ti, madre mía, fue en quien pensé en el momento terrible en que reconocí que sucumbía...

En efecto, Claire, vaporosa como las neblinas de la primavera, y tiernamente, como en otro tiempo delante de su cuna, se inclinaba ahora

sobre él, asistiendo al despertar de su Espíritu en la vida real, o mundo espiritual.

¡Grandiosa es la misión de las verdaderas madres, la cual no destruye la tumba!

- ¡Vamos, reanímate para la esperanza de una vida nueva, hijo mío! Ora al buen Dios, que yo te enseñé a conocer como refugio infalible en las horas difíciles... y prepárate para perdonar a los que te hirieron...

Pero él despertaba con lentitud.

El paso de Louis Frederych para el Más Allá, fue violento y ahora era difícil el despertar, aunque no doloroso. Finalmente, él pudo, algunos días después del desenlace, recuperar la lucidez que un sueño profundo contribuyera para definirse. Ahora, completamente despierto, las ideas se estabilizaban, y una tristeza infinita se apoderó de él, haciéndole llorar copiosamente. Pensaba en Berthe, cuyo amor causó su caída en la senda del deber; pensaba en Ferdinand, cuya traición lo hirió dolorosamente, llevándolo a purificar el dolor de Henri por él herido, y pensaba en Henri, al cual él se empeñó en robarle la esposa adorada, destruyendo así la vida de aquel que con él compartió el seno materno, privándose de la leche que le pertenecía para que él, el frágil Louis, adquiriese la fuerza vital. Un deseo inmenso de volver a ver a Henri, de pedirle perdón, de llorar en sus brazos, de sacrificarse por él, de reparar el mal que le hizo, asaltó su alma, robándole toda la satisfacción que la permanencia en el Más Allá le podría proporcionar. Era un remordimiento atroz, que nada aplacaba, mientras la imagen vigorosa, pero triste, del hermano colactáneo permanecía presente como un vivo recuerdo, corporificada, sin concederle treguas. El desolado Espíritu Louis Frederych, se puso de rodillas y lloraba, bañado en lágrimas:

- Concédeme, Dios de Misericordia, un medio de reparar el mal practicado contra mi pobre Henri. ¡Quiero amarlo, Señor, protegerlo, sacrificarme por él!

No culpaba a Ferdnand por el duelo que lo hizo víctima. Reconocía que él mismo, Louis, fue quien desafió al Conde y lo perdonaba. Prefería recordar que Ferdnand fue su amigo, que mucho lo benefició, que fue incluso su amparo durante los difíciles días en que luchó intentando salir victorioso ante la sociedad. Y así, lentamente, iba haciendo derecho a un mejor estado espiritual. Y tanto oró y suplicó, arrepentido, que el reconfortamiento de lo más Alto bajó sobre él, alboreando esperanzas en la oscuridad de su corazón.

Una vez que fue conocedor de las realidades de la vida en lo Invisible, el Espíritu que olvidó el propio deber en la vida terrena, entra a curtir el sufrimiento por los delitos perpetrados, no satisfaciéndose con el simple arrepentimiento, ni con el perdón con que le puedan favorecer. Él quiere más, mucho más. Quiere la reparación del mal practicado, el rescate del error, quiere el sacrificio, la confianza, el amor de aquel a quien hirió o perjudicó en una hora de insensatez. Él quiere lavar la conciencia de las manchas deshonorosas que la encubren, y no consigue paz ni alegrías mientras no siente que la conciencia se satisface con el sacrificio, que la redimió aclarándose de las miserables sombras que la empañaban.

Louis se encontraba en las condiciones expuestas anteriormente, pero su madre vino en su ayuda:

- Para que puedas ingresar en las regiones espirituales amenas, hijo mío -decía ella- tendrás que progresar un poco más, quitándote de la mente los pensamientos negativos, a fin de adquirir nuevas percepciones espirituales, que te permitan comprender y sentir la realidad del ambiente donde vivieras. A su vez, esta será el fruto de tu propio trabajo, pues el ambiente en que de preferencia vivimos en esta vida del Espíritu, será creación nuestra, si no fuera el producto cariñoso de aquellos que nos

aman y que nos aceptarán en su medio, si tuviéramos capacidad para vibrar con el diapasón moral-intelectual que ellos mismos adquirieron...

- Pero, ¿cómo puedo conseguir esa posición brillante que me describes, querida madre? ¿Qué he de hacer para adquirir el grado de percepciones sutiles que me permitirán acompañar tus pasos hasta donde se encuentra tu morada espiritual?

- Por el trabajo, hijo mío, pues el alma libre del cuerpo también trabaja, por la lucha en busca del progreso, por el dolor, por el amor a Dios, a los hombres y a los Espíritus, como nosotros, por la fidelidad al bien, al deber y a la justicia. El progreso del Espíritu, sus conquistas y sus glorias, las deberá a su propio esfuerzo de cada día, a través del tiempo. Para obtener paz, por tanto, urge que olvides el pasado de pasiones que te perdió por la necesidad de instruirte en el conocimiento de las Leyes de Dios, y te fortalecerás para reparar ese pasado deprimente que acabas de vivir. Es necesario que te examines a ti mismo, analices las imperfecciones que tienes, y te prepares para corregirlas en tu próxima vuelta a la Tierra. Te dejaré sólo por algún tiempo, pues será necesario que trabajes por ti mismo. La ayuda, mía o de otro, vendrá a su tiempo, no quedarás desamparado.

Pero Louis, tímido, alarmado ante la idea de verse sólo en la indecisión de los primeros pasos en la vida espiritual, exclamó, bañado en lágrimas:

- ¡No, madre mía, no me abandones! ¿Cómo me podré fiar con estos recuerdos amargos tan vivos, estos remordimientos, estas nostalgias, este temor, que me aflige? Por Dios, no te vayas, ayúdame a reconquistar aquella paz que me dabas en mi niñez...

- Sólo, ahora, recuperarías más fácilmente las propias energías. Dios, en su misericordia suprema, ya nos concedió mucho, permitiendo que yo te pudiese hablar y consolar, orientando tus primeros pasos.

Procura orar, Louis mío, pidiendo fuerzas a Dios para conducirte debidamente. No te olvides de lo que te acabo de decir: A ti mismo has de deber tu felicidad de Espíritu. Por el trabajo, por la lucha, por el dolor, por el amor a Dios y al prójimo, por la observación a la justicia y al deber. Comienza, pues, a trabajar desde ahora, pensando sobre los medios de la reparación que pretendes realizar junto a Henri.

Claire de Sourmeville se retiró sutilmente, desapareciendo de la vista de su querido hijo. Este, entonces, consideró mejor sobre el lugar en que se encontraba y se vio en el lecho de un hospital modesto, pero tranquilo y muy claro. Y extrañó, sobre todo, la semejanza de ese lugar con la enfermería del Presbiterio, donde Rómulo y Thom acogían a los enfermos pobres de las tres aldeas amparadas por sus virtudes de cristianos.

Así es que, en el Más Allá de nada valen los privilegios humanos, ni los títulos nobiliarios, ni las glorias terrenas. Allí solamente las cualidades del corazón, adquiridas en los caminos del amor y del sacrificio, tienen realmente valor. Pero, infelizmente, el hombre sólo se convence de esas grandes verdades al entrar, destituido de virtudes, en la realidad de la vida espiritual.

Entretanto, Henri, se encontraba en un ambiente espiritual evocativo del Presbiterio, que le era familiar y confortador, así como Louis. Pero, en verdad, estaban separados, y cada uno permanecía en su atmósfera personal, sin tener noticias uno de otro. Muchas veces, tal medida es necesaria para que no se agraven los dolores morales de aquellos que no se entendieron en la Tierra, y también a fin de que el tiempo oscurezca amarguras, y la ausencia evite que los rencores de los adversarios, prosigan en marcha destructora.

Un día, Henri, vio a Rómulo a su cabecera. Aquel estado de indecisión duró meses. Durante ese tiempo, Rómulo, alma angélica y virtuosa, abandonó el cuerpo carnal y alcanzó el Más Allá, lúcido y feliz,

prosiguiendo en el camino de beneficencias, que desde siglos pasados recorría. Pidió y obtuvo de las leyes superiores del Más Allá la gracia de continuar sirviendo, en la vida espiritual, a las almas delincuentes de aquellos que sirvió en la Tierra: Henri Numiers, Louis de Stainesburg, y Berthe de Sourmeville. Pasados los primeros días de timidez, durante los cuales el Espíritu que desencarna se aturde, llevado por las diferencias del medio ambiente, Rómulo del Ambrozzini, reconoció en sí mismo que fue, en existencia anterior, el Conde Carlos Felipe 1° de La-Chapelle; que desencarnó asesinado, con toda su familia, durante la matanza de San Bartolomé, en Francia, por una compañía de soldados comandada por Luis de Narbonne; que este, Narbonne, reencarnó como Henri Numiers, a quien él, Rómulo, amaba y servía buenamente desde la niñez del mismo; que Berthe fue su hija en aquella existencia y se llamaba Ruth-Carolina, pero que esa alma querida, aún poco trabajada en la lucha por el progreso moral, se perdió ante la Ley del Todopoderoso, porque, como Ruth-Carolina, vengó la muerte de la propia familia en la persona de Luis de Narbonne, y que, por tanto, erró mucho, pero erró siempre por amor; que Marie Numiers existió, en la misma época, como profesora de Ruth, exactamente como en Flandes; y que Arnold Numiers, habiendo sido un amoroso padre adoptivo de Luis de Narbonne, bajo la personalidad de Monseñor B..., ahora, con mayores razones, se puso a odiar a Berthe de una forma para hacer temer el futuro espiritual de la pobre delincuente. Estaban todos, por tanto, fuertemente entrelazados por el pasado, hecho peligroso, que entrelaza también el futuro en luchas ardientes por la redención de todos. Examinando tales realidades, el alma generosa de Rómulo, sintió en el corazón un amor por felicidad aún más profundo, por aquellas entidades, y decidió dedicarse a todas, auxiliándolas en su recuperación moral. Como Espíritu, pudo localizar a Ferdinand de Górs-Pracontal, y se prestó a examinar su situación, a fin de ver lo que podría hacer en su favor. Se dedicó entonces a beneficiar a todos ellos, pero evitando ayudarlos a recordar el pasado reencarnatorio en la Francia de Catalina de Médicis, pues, exceptuándose Louis, ninguno de ellos estaba preparado para ese importante evento.

Una vez despierto, comprendiendo la propia situación, no por eso Henri se libró de los sufrimientos acarreados por el hecho del suicidio. Inconsolable, viendo que se hizo un desgraciado sin desaparecer de sí mismo, como fue su deseo, él ahora se veía destituido de todo, hasta incluso de la paz de conciencia, de su madre, de Berthe, por cuyo amor se mató. A su lado, sólo la caridad de Rómulo (su víctima del siglo XVI) guiándolo en la situación equívoca en la que se encontraba. De vez en cuando choques terribles, como convulsiones nerviosas, lo sacudían y entonces Rómulo y sus auxiliares asistían a las impresiones de la caída que Henri se permitió desde la montaña rocosa de Stainesburg, su descenso por el vacío, sus gritos de socorro, el horror de la catástrofe que lo alcanzó, y que llevaría siglos para desaparecer. Otras veces, no obstante, Henri lloraba y oraba, manifestaba deseos de volver a ver a los que amaba, se quejaba de dolores del cuerpo, se sentía un entorpecido paralítico, herido, seguro de que el suicidio no hizo más que agravar las torturas que lo mortificaban. Sin embargo, no blasfemaba, no se rebelaba. Aceptó el agravamiento de los propios dolores como consecuencia de los propios actos. Sumiso, aceptaba también ser dirigido por Rómulo, pasivo a sus consejos y advertencias.

Sin embargo, Berthe de Sourmeville, la gran responsable del desbarajuste de Numiers y de Brujas, no logró asilo en un ambiente ameno, como lo era la estancia hospitalaria de Louis y de Henri. Una vez desprendida de los lazos carnales, se vio atacada de pesadillas infernales, durante las cuales seres mezquinos, integrados en falanges malhechoras, la afligían con visiones que la exasperaban. Se vio a la intemperie, por las calles de Brujas, donde brillaba por su belleza y el lujo disfrutado, a ver a Louis tumbado en los bosques de Saint-Nicolás; o en Numiers, a ver a Henri despeñándose por la montaña, o también a Ferdinand jadeando en la terrible agonía del envenenamiento. Tales visiones la enloquecían de horror, los remordimientos la exasperaban, pues aquellos tres hombres fueron las grandes víctimas de su amor, ellos la amaron con fervor, pero ella a todos traicionó, vilipendió, engañó. En vano gritaba llamando a Thom en su ayuda. En vano iba y venía, buscando el Presbiterio. No acertaba con el camino que la conduciría hasta allá, no encontraba el

refugio querido que la abrigaba en la desgracia. Lo que ella encontraba era el valle tenebroso donde la sepultura de Henri se levantaba, era la pobre tumba de Franz Schmidt cubierta de piedras, en medio del campo, era la tumba de Louis, era la sala-comedor de su palacio de Brujas, donde yacía eternamente el cuerpo de Ferdinand agonizante.

Una confusión tremenda, implacable, la enloqueció durante mucho tiempo. Se veía en Numiers, la bella mansión que la acogió, buscaba a Henri, buscaba a Marie. Pero sólo encontraba a padre Arnold, que, azotándola, la expulsaba llamándola traidora y adúltera.

Una corte de bufones la seguía riéndose a carcajadas, tirándole piedras y exclamando, en vocerío:

- Las adúlteras son apedreadas por orden del Profeta Moisés...

Y ella, entonces, corriendo y gritando, sin descanso, sin esperanza, sin treguas se preguntaba a sí misma:

- ¿Qué ocurrió conmigo? ¿Qué ha pasado? ¿Esto será realidad o delirio? ¿Quién soy yo? ¿Qué se ha hecho de mí? ¿Soy yo o en mí existe otra persona? Henri, ayúdame, quiero volver a nuestro antiguo hogar, pero tu padre me azota, me hiere. ¡Padre Rómulo, Thom, ayúdenme, defiéndanme de estos verdugos, tengan compasión de mí!

Y además de esas pesadillas la visión de sus actos incorrectos, pues, uno de los tristes privilegios del Espíritu criminal es la vivacidad aterradora de la propia imaginación, que lo tortura con la paginación elocuente de los propios actos vergonzosos, de las faltas cometidas en las horas de desenfreno de las pasiones.

Y así se pasó largo tiempo, sin que ella pudiese percibir si horas o siglos se sucedieron a su alrededor.

Sin embargo, un día, se dejó caer, exhausta, sin saber dónde caía. Un quebranto invencible la abatió. Sentía el ser dolorido, los azotes de Arnold la afligían, un terror exagerado del propio futuro, alcanzó sus sensibilidades, se reconoció miserable, sin hogar, sin amparo, las vestimentas rotas, llenas de lodo. No más las sedas de lujo, las piedras de las joyas, la belleza de las formas: ahora no era más que un bulto repelente recubierto por un sudario negro, desgredado, feo, aspecto propio de los infames en el Más Allá de la tumba. Se puso a llorar y cayó desfallecida en un lugar que se le figuraba la orilla de una senda. Un doloroso aturdimiento le surgió. Parecía un desmayo. Ella jadeaba, sollozante. De pronto, no obstante, vio que una silueta nívea se aproximaba. Un dulce perfume de rosas le reconfortó el olfato mientras un rayo de esperanza le calentaba el corazón. La silueta bajó sobre ella, levantándola en los brazos como si ella fuese una niña. Un aposento surgió en sus débiles percepciones. Una claridad protectora de Sol, que se irradiaba, penetrando el ambiente, le indicó que estaba siendo socorrida. La silueta amiga la depositó sobre un lecho suave y murmuró en sus oídos:

- Descansa, Berthe mía, no temas nada más. Soy yo, el Thom, que siempre te amó. Estás en tu casa de Más Allá de la tumba, pues estás en mi casa...

Y la infeliz se adormeció bajo la imposición de aquella voz protectora.

Capítulo 4, Las primeras lecciones.

Muchos años pasaron después de los últimos acontecimientos narrados aquí. Sobre la Tierra se vivía ahora mediado el siglo XVIII. Ni uno sólo de nuestros antiguos personajes vivía ahora en la Tierra. Todos habían regresado a la vida espiritual, continuando allí las ardientes luchas por la redención o preparándose para el retorno a los paisajes terrenos, en nuevos testimonios indispensables para el propio progreso. Otros mentores espirituales investidos de responsabilidades más directas, sustituyeron a Rómulo y Thom en la vigilancia a Louis Frederych, y Henri Numiers, los cuales obraban libremente, después de recibir las instrucciones y los consejos necesarios. Henri, no obstante, no prescindía de la asistencia de sus buenos amigos Rómulo y Thom, y frecuentemente les rogaba que no lo abandonasen. Por tanto, eran diferentes las tendencias de los dos Espíritus, y Louis presentaba mayor progreso, ya que era resignado, humilde y sumiso. Se dedicaba a la beneficencia de los sufrientes de las regiones infelices del Espacio y de la Tierra, y aprendió, con sus amigos espirituales, a esparcir el bien y el consuelo, la esperanza y el auxilio por donde quiera que pasase. Pero Henri, paralizado por los complejos del suicidio, avergonzado ante esa tremenda e irremediable falta, se preparaba para una futura encarnación, mientras auxiliaba a Rómulo en los múltiples quehaceres de la vida de lo Invisible. Sabía que le era necesario reencarnar a fin de remediar los propios complejos vibratorios, dejados por el suicidio que practicó. Pero se negaba en aquel lugar a habitar un nuevo cuerpo, sentía horror a la Tierra y a la sociedad humana, y sufría, incapaz de olvidar su infeliz amor por Berthe de Sourmeville. Poco progresó, por tanto, pues a fin de alcanzar ciertos conocimientos espirituales sería necesario que él primeramente corrigiese sus impresiones de suicida, que desequilibraban la armonía del cuerpo espiritual, orientador de la vida, y él no se curó aún de las conmociones que le hacían revivir la caída monstruosa desde la montaña

de Stainesburg y perderse en alucinaciones que le hacían convulsionar el ser. Su deseo de permanecer aún libre de un cuerpo carnal fue respetado, pues las Leyes del Todopoderoso, jamás violentan al Espíritu a una reencarnación que le repugne. Muchas veces Rómulo le decía:

- Anímate, hijo mío, y toma un nuevo cuerpo. La angustia que te perturba, la situación mediocre que mantienes aquí sólo se modificará después que habites un cuerpo material, cuya grosería sea capaz de detener tus vibraciones, viciadas por el traumatismo mental, que el suicidio creó. Es preciso que te reconcilies contigo mismo, trabajar para progresar mejor.

- Pero sé que seré un deforme físico, Padre mío, que seré un trapo humano, casi tan monstruoso como a lo que reduje mi cuerpo saludable y bello...

- ¡No tanto! Si naces de padres sanos, la hereditariad carnal te hará hasta bello. Acuérdate de que la armadura carnal será la forma rígida que detendrá tus impresiones mentales, impresionadas por el trauma. Si fueses un deformado, será porque tu mente provocará la deformidad, pero lo cierto es que podrás nacer perfecto. ¡Ora y vigila, Henri Numiers, recurre a Dios, sé valiente, hijo mío!

- Temo perder a mi Berthe para siempre, separándome de ella por la encarnación. No seré feliz jamás si no es con ella a mi lado...

Y se deshacía en llanto, desanimado e infeliz.

Por ese tiempo, él ya se dio cuenta de que en su anterior existencia fue un fanático religioso militar, y se llamaba Luis de Narbonne. Revivió, ante Rómulo, voluntariamente, los trágicos días de San Bartolomé, y se volvió a ver asesinando a la familia de La-Chapelle, engañado y traicionado por la bella Ruth-Carolina, que vengó a la familia. Reconoció en Rómulo y en Thom a los dos magníficos jefes de esa familia, Carlos Felipe 1º y Carlos Felipe 2º de La-Chapelle. Pero, si lloró en los brazos de ambos ese pasado desolador, también se reconfortó en la certeza de

que fue perdonado por toda la familia, que pertenecía también a ella en los siglos anteriores. Sólo no obtuvo aún el perdón de Ruth:

- He de obtenerlo, padre mío -decía él- aunque me sean necesarias seguidas existencias de dolores y sacrificios. Todos me perdonaron, ya expurgué aquel crimen como judío español perseguido y muerto en la hoguera, ¿por qué Ruth no me perdona?

Y se llena de piedad al ver en su padre, Arnold Numiers, al viejo Monseñor de B..., y en su madre, Marie Numiers, a aquella austera Dama Blandina, que rescató la complicidad con Ruth contra él, en el siglo anterior, como su madre dedicada, humilde y sufridora, en el presente.

La reencarnación le apareció entonces como Ley Divina de Evolución, capaz de elevar al pecador del oprobio del crimen a la santificación del espíritu a través del trabajo, del dolor, del amor, en el período de vidas sucesivas. Y un gran bienestar y una gran esperanza suavizaron los dolores que padecía.

Entretanto, Louis de Stainesburg adelantó mucho durante ese largo tiempo. Con todo, Henri continuaba con la pesadilla de su conciencia y él se afligía por no haber sido aún posible volverlo a ver, hablarle, suplicarle perdón. En verdad, él deseaba más amplias reparaciones y se empeñaba en el estudio de poder realizarlas. En su ser se habían extinguido las sombras de la amargura que durante algún tiempo alimentó por Berthe y Ferdinand, y una gran piedad y un compasivo amor por ella, dulcificaba ahora su corazón. Su madre, mentora espiritual más asidua a su lado, no sólo alimentaba tales propósitos, sino que lo guiaba en meditaciones y estudios indispensables a los testimonios aún necesarios para su progreso general. Pero el recuerdo de Henri lo preocupaba, y él sabía que no conseguiría paz mientras no se reconciliase con él y recibiese su perdón:

- Necesitarás de una nueva existencia para que esa reconciliación se efectúe, hijo mío - insistía su madre advirtiéndole. - Recuerda que tu traición causó la desgracia de una familia y el suicidio de un hijo de Dios. Por tu causa Henri retardó el propio progreso general, sufre superlativamente y dos siglos no serán bastantes para que él deje de sufrir. ¡Es necesario volver a la Tierra y reparar el error!

- Estoy listo para eso, madre querida. ¡Aconséjame!

Y Claire lo aconsejaba, instruyéndolo en la vida espiritual y en el conocimiento del Evangelio del Cristo de Dios en espíritu y verdad, mientras él se levantaba, y todo se entregaba a la dulce necesidad de buscar y conocer las cosas de Dios.

Sus amigos espirituales lo atendían, cuando él les pedía auxilio para la reencarnación:

- Para la reparación que necesitas será necesario que renazcas unido a Henri, por fuertes lazos de parentesco. Pero él necesita ser oído también a fin de aceptar o no el albedrío salvador. Y Henri no se encuentra aún en condiciones de decidir sobre tan importante asunto. En el caso de que él se niegue a tenerte por lazos de parentesco, la ley le facilitará el derecho de reparar en otro, en las mismas condiciones que él, lo que a él le debes.

En cuanto a Berthe quedó, al principio, bajo la tutela de Thom, temporalmente protegida en su habitación espiritual. Sería necesario protegerla contra las hordas obsesoras que husmean entre los delincuentes desencarnados, elementos adiestrables para su bando siniestro. Arnold, también desencarnado, la perseguía, y la caridad mandaba que Berthe fuese socorrida antes de la crisis del sueño reparador. Si los obsesores la sorprendiesen durante aquel sueño, la arrebatarían para su grupo y sería difícil volverla a ver. Thom sabía eso. La ley de fraternidad que regula el mundo espiritual, le daba la posibilidad de ese socorro. Thom pidió de lo Alto un auxiliar para

socorrer a Berthe. Entonces se presentó Marie Numiers dispuesta a reiniciar, ante la Berthe que fue tan querida para su Henri, la protección maternal que le venía dedicando desde el siglo XVI. Así, pues, Thom la llevó, adormecida, al lugar que le convenía: el escenario espiritual de la mansión Numiers con su paisaje de los días felices. Allí fue internada Berthe, y pasó por un largo período de sueño, hasta que despertó con bastantes fuerzas para comprender todo, e iniciar la propia reeducación bajo la tutela de aquellos dedicados amigos. Ella reconoció, entonces, el hogar amigo que fue abandonado, y cuya reproducción espiritual ahora la acogía en la desgracia. Reconoció los jardines, los pomares, los castaños, los cerezos, una nostalgia cruciante del pasado le arrancaba lágrimas de pesar por lo que hizo. En vano buscaba a Henri. Ella estaba sola con Marie que velaba por ella, ante la soledad de aquella Quinta hermosa, pero abandonada. Además, la montaña de Stainesburg, majestuosa y siniestra. Ella la contemplaba, acordándose de que Henri se lanzó desde ella, desesperado por su abandono, y entonces, presa de alucinaciones de la mente culpable, lo veía despeñarse golpeándose de piedra en piedra y gritando socorro, hasta desaparecer en el fondo del valle. Entonces, le surgían a ella crisis ardientes de remordimientos, ella se retorció, se debatía contra lo que veía, rogaba perdón, blasfemaba, lloraba a gritos. Marie, no obstante, llegaba y la calmaba orando sobre ella, la llevaba al lecho, donde ella reconocía el mismo lecho que fue el suyo, haciéndola descansar.

Entretanto, Thom no perdía tiempo. Visitaba a Berthe continuamente, instruyéndola en cuanto a la conducta que debía observar.

Le hablaba de la necesidad de buscar a Dios e iniciar el trabajo de los rescates necesarios, pues era un Espíritu delincuente, y si iniciase un aprendizaje adecuado inmediatamente mucho más fácil, serían las reparaciones terrenas futuras. Ese aprendizaje consistía en la práctica del bien, en el ejercicio de la caridad, en el estudio de las Leyes Divinas que ella infringió, en las consideraciones a respecto de los propios errores,

especie de examen de conciencia que la llevaría al deseo de enmendarse y a la voluntad de expiar el pasado en el trabajo de realizaciones edificantes. En el aislamiento de aquella mansión, asistido por las luces de lo Alto, el virtuoso Thom, llevó a Berthe a una regresión de los propios actos hasta la existencia anterior. Ella quedó, entonces, consciente de que vivió en los tiempos de Catalina de Médicis, y fue su cómplice en el caso Luis de Narbonne. Sería necesario perdonarlo definitivamente, pues él ya sufrió mucho, y merecía ser perdonado por ella. Ella reencarnó en Flandes a fin de pagar ese drama desagradable y redimirse, como su esposa. Pero reincidió en el crimen de traición, no se redimió, antes agravó la situación practicando errores por desgracia más nefastos que el primero.

A la evocación de Luis de Narbonne, ella extendía sus recuerdos hasta Henri Numiers, reencarnación de aquel, y caía en llanto. Se lanzaba a los brazos de Thom, y exclamaba, inconsolable:

- Thom de mi alma, tu bien sabes que erré por amor a ti y a aquellos a quien amábamos. Hoy ya no odio más a Luis de Narbonne, me arrepiento de lo que hice y lo amo en la persona de mi pobre Henri. Soy muy desgraciada, Thom, y sé que sufriré aún por mucho tiempo. ¡Amo a Henri, sí, mil veces sí! ¡Pero amo también a Louis, y entre los dos yo jamás sabré elegir!

- Será necesario sublimar ese amor, Berthe mía, amándolos espiritualmente, como a hermanos, así, como me amas, como yo te amo. El amor fraterno es dulce, compasivo y eterno, y jamás provoca disgustos...

Pero Berthe aún no comprendía la sutileza del amor espiritual, amaba a Henri y a Louis con amor humano y sufría, nostálgica de ambos hasta el desaliento y la desesperación.

Entretanto, Rómulo del Ambrozzini, se prometió a sí mismo examinar la situación de Ferdinand de Pracontal y cumplió la promesa. La ley de caridad faculta a cualquiera de nosotros, el auxilio al prójimo,

y nada nos sería vedado si nos pusiéramos a practicar el bien. Así fue que buscó información acerca de Ferdinand, e investigó su situación. Vio entonces que ese antiguo titular terreno era un Espíritu mediocre, bastante débil. Que no fue un hombre propiamente malo, sino el fruto de su época materialista y frívola. Que su más acentuado defecto era la inclinación hacia los apetitos sexuales, la fascinación por la mujer, el gusto por lo bohemio. Que amó sinceramente a Berthe y se desorientó al comprobar que no era amado por ella, y que no pasaba de ser un juguete en sus manos interesadas. Que no se batiría en duelo con Louis si no hubiera sido por este mismo desafiado, porque jamás pensó en matarlo. Que murió sin odios en el corazón, aunque sorprendido por la traición de Berthe. Que, una vez desencarnado, durante mucho tiempo permaneció como agonizante, sufriendo los efectos del veneno, retorciéndose de dolores reflejos mentales del cuerpo espiritual. Que permaneció largo tiempo en el Palacio Stainesburg, donde desencarnó, o en su propio palacio, de Brujas, donde residía. Que, sin ser malo, era, no obstante, egoísta, sin medir consecuencias para satisfacer sus propios deseos, y que estaba dominado, en ciertas ocasiones, por Espíritus también endurecidos, como él, compañeros de sus liviandades de bohemio, y que todo indicaba que aún tardaría en renovar sus propios sentimientos para consigo mismo y para con Dios. Rómulo hizo más: se transportó a Brujas y buscó a Ferdinand. Lo encontró vagando por las calles, acompañado por una corte de entidades nocivas, como él, sin lo mínimo de responsabilidad espiritual. Envuelto en fajas vibratorias oscuras sin ser negras, reía a carcajadas con los compañeros buscando gozar lo máximo de los deleites humanos, hasta incluso de las libaciones del alcohol. Esforzándose por cumplir con los deberes cristianos de amor y fraternidad, Rómulo y Thom, bajando las propias vibraciones para hacerse comprender, se hicieron visibles al infeliz bohemio, revelaron su cualidad de sacerdotes del bien, y lo convidaron a un recogimiento para analizar su nueva situación. Ferdinand, muy delicadamente, como convenía a un hidalgo para con los hombres de la Iglesia, manifestó que agradecía el interés por él, pero que se sentía bien y era feliz, que nada le faltaba y no se sentía

un criminal para confesarse delante de un sacerdote. Que los duelos que tuvo fueron lícitos, autorizados por las autoridades competentes, y que, si venció a sus adversarios, también arriesgó la vida, y que, si necesitase, algún día, el socorro de la Iglesia, no dudaría en buscarlo. Rómulo comprendió entonces que Ferdinand temía la Verdad, y procuraba engañarse a sí mismo, con un modo de vida espiritual ficticio, que solamente le acarrearía dolores futuros. El caso de Ferdinand sería, pues, de esos entregados a la Ley del Progreso, que por sí misma actúa en beneficio del delincuente, y no insistió. Pero lo protegió con sus cariñosas oraciones.

Durante ese largo tiempo, Rómulo, Thom, Claire de Sourmeville, Marie Numiers, Olivier de Guzmán y demás amigos de viejas épocas reencarnatorias, se habían dedicado al beneficio de Berthe, Henri y de Louis. Ahora, no era posible intentar algo más. Esos pobres delincuentes necesitaban volver a los escenarios terrenos, como Espíritus encarnados, a fin de dar testimonio de las cualidades buenas ya adquiridas durante su estancia en el Plano Invisible, el arrepentimiento de las faltas cometidas y los necesarios rescates. Sin que tal medida fuese intentada, no podrían progresar más. Los grandes errores cometidos durante la vida planetaria no pueden ser reparados en el Más Allá. Será necesario el recurso decisivo de la reencarnación, medida sin argumentación que certifica, sin sombra de duda, la firme decisión de la enmienda y la resolución de la práctica del bien. Las nobles entidades amigas, por tanto, decidieron pedir instrucciones a los mentores más elevados, responsables directos de los tres delincuentes en pauta, y más Ferdinand de Pracontal, de quien Rómulo se apiadaba profundamente. Los mentores atendieron bondadosamente la solicitud y programaron una reunión decisiva al respecto del asunto, reunión a la que Berthe, Henri y Louis deberían asistir.

Capítulo 5, Preparativos.

El primer personaje en llegar al lugar de la reunión con los mentores espirituales, fue Berthe de Sourmeville. Vino acompañada de Marie Numiers, su preceptora todavía y siempre, y auxiliada por Antoine Thomas de Vermont, su hermano de antiguas etapas reencarnatorias.

Reuniones de esa naturaleza, en el Más Allá de la tumba, son comunes, incluso rutinarias, pero no contienen, seguramente, fórmulas obligatorias, carácter general. Varían en la presentación y en la forma, para protegerse en la motivación a que se destina y en la responsabilidad del asunto a tratar.

El lugar de la reunión, no obstante, no era una región sublimada del Espacio ni ambiente apropiado para el hecho. Era, sí, el propio Presbiterio, o su prolongación espiritual.

Allí ya se encontraba Rómulo, benemérito guardián de esa falange delincuente, acompañado de dos varones espirituales de gran categoría moral, que presidían la reunión, y deliberarían sobre la situación de los tres Espíritus deudores.

Con el entrecejo ceñido y la cabeza inclinada hacia el frente, denotando aflicción, Berthe se mantenía en ansiosa expectativa.

El momento era de los más solemnes y delicados para todos, pues sería el careo de los tres delincuentes con sus protectores espirituales.

Louis de Stainesburg entró en seguida, amparado por su madre, ya que su padre no se encontraba en el Más Allá, sino en la Tierra, en nuevas tareas necesarias para el propio progreso. Se encontraba tranquilo y confiante, y sus modos eran discretos y humildes. Y a continuación entró Henri Numiers, escoltado por su viejo amigo y protector desde la vida

terrena, Olivier de Guzmán, cuya desencarnación también hacía mucho que se realizó. Y luego detrás Franz Schmidt, protegido por el Padre Rómulo, unido a ese drama por haber amado a Berthe, y por haber sido despreciado por ella, mientras que los malos tratos y humillaciones recibidos de Henri lo llevaron al suicidio. Tímido, humilde y discreto. Franz aguardaba los acontecimientos confiante.

Henri Numiers se diría que estaba enfermo. Agitado por temblores y estremecimientos constantes, se veía que él no conseguía paz interior, y que una hiriente angustia lo oprimía. No reconoció a Berthe ni a Louis, tal vez ni incluso los hubiese visto. Estos, sin embargo, lo vieron y reconocieron, y dieron expansión a cruciantes llantos, sin, no obstante, hablarse, y mutuamente se aproximaron a fin de saludarse. Los paralizaba la vergüenza, la certeza de que habían errado y que, ahora, la Ley del Todopoderoso los separaba a través de la conciencia culpable de ellos mismos. Henri, sin embargo, reconoció a Franz Schmidt, y le pidió perdón deshecho en lágrimas, abrazado a él.

Rómulo comenzó la ceremonia, que sería breve, pues no podían perder tiempo:

- Amados hijos -comenzó diciendo él- cuyas vidas acompañé desde la cuna a la tumba, estoy seguro de que no ignoráis que no podréis mejorar la propia situación, sin que aceptéis el retorno a los escenarios terrenos en un nuevo cuerpo carnal. Vuestro delito ante la Ley Suprema de Dios fue grave y no podrá ser rescatado tan sólo en la Espiritualidad, pues ofendisteis a la Ley Divina, a la sociedad terrena, al hogar, a la familia, a vosotros mismos, con los malos ejemplos que disteis. Es necesario, por tanto, lavar la conciencia de esas manchas con los ejemplos de resistencia al mal que practicasteis. Es necesaria la prueba del perdón de unos a los otros durante los fuegos de las luchas terrenas. La reencarnación es el recurso supremo que el Todopoderoso os concede para liberaros del pecado que entenebrece vuestras conciencias, a fin de poder conquistar definitivamente la paz íntima. La reencarnación es una bendita oportunidad que Dios os concede a fin de rehabilitaros del mal

practicado y no sufrir eternamente. Aquí, entre nosotros, no conseguiréis nada más sin redimiros de los graves errores del pasado. Nuestros maestros aquí presentes traen la concesión de lo Alto para que podáis reencarnar. Esta concesión está en la Ley Natural del Progreso y no debéis rechazarla. Si lo hacéis, agravaréis los propios sufrimientos. No obstante, sois libres de elegir el género de las luchas por los testimonios, el lugar, la familia donde reencarnaréis, y hasta el país donde viviréis. Sin embargo, si no queréis partir ahora, vuestra voluntad será respetada.

- Me someto a la Ley, estoy decidido y listo para partir. Deseo ser hermano de Henri Numiers, amarlo, ayudarlo, consolarlo, dedicarme a él. Quiero ser traicionado como yo mismo lo traicioné ahora - dijo Louis de Stainesburg.

- Recuerda, hijo mío, de que, después de traicionar a Henri, en Numiers, fuiste traicionado en Brujas...

- No fue bastante. Sé que viví en Francia en el siglo XVI, y fui el Príncipe Federico de G... Abusé de mis poderes y encubrí el crimen de Ruth-Carolina, traicionando vilmente a Luis de Narbonne y dejándolo morir de desesperación en una cárcel subterránea. Luis de Narbonne es, ahora, Henri Numiers. Quiero retirar de mi conciencia ese terrible drama. Quiero dedicarme a Dios, a mi prójimo, sacrificarme en la práctica de la beneficencia a los sufrientes. ¡Quiero sufrir, Dios del Cielo, para no desviarme de vos jamás, y quiero abolir de mi vida las dulzuras del matrimonio para amar solamente a mi prójimo con aquel amor que Jesucristo nos enseñó a sentir.

Louis hablaba deshecho en lágrimas. Era sincero y fuerte en la decisión. Los mentores lo aprobaron:

- Pensaste bien, Louis Frederych de Stainesburg. Pero la Ley te concede un largo plazo para que medites sobre este programa redentor. ¡De ser así, tus sufrimientos serán profundos, hijo mío! Medita, pues,

para que no ocurra que olvides nuevamente los compromisos asumidos con nosotros.

- Hace mucho que vengo meditando sobre todo esto. ¡Yo deseo, sinceramente, luchas y humillaciones, venerados maestros!

- Con todo, tuviste concesiones: tuviste una existencia económicamente difícil, fuiste resignado y humilde, discreto y amoroso. Renacerás en una familia rica, que te considerará como mereces.

- Y tú, Berthe, mi querida hija, ¿qué decides en tu favor? - indagó Rómulo, con lágrimas en el corazón.

Sin levantar la cabeza y mirar a quien quiera que fuese, Berthe respondió respetuosamente:

- Sé que soy una desgraciada. No escojo nada, nada puedo escoger. Me entrego a la Ley de Dios.

Uno de los mentores presentes sentenció, como aprobando lo que oía:

- La Ley determina: "A cada uno le será dado según sus propias obras". De esta traición, Berthe de Sourmeville, recibirás traición. Creaste odio en el corazón de los que te amaron. Encontrarás odio a tu alrededor, hija mía. Entretanto, todo eso podrá ser aliviado. Dependerá sólo de tu diario proceder.

- Es lo que merezco - respondió ella.

- Que Dios se compadezca de ti - concluyó el mentor.

- Me ofrezco para auxiliarla en lo que fuera posible. Pido permiso para reencarnar a su lado, como su hermano mayor - rogó Thom, conmovido, lo que fue concedido.

Franz Schmidt, bañado en llanto, se entregó a la Ley, sumiso. Fue autorizado a volver a la Tierra en mejores condiciones, pues fue honrado, trabajador y humilde. Su hogar sería, entonces, el mismo que fuera el suyo en la aldea de Numiers, es decir, renacería en la misma familia a la que perteneció, y su madre sería la misma que él hizo sufrir tanto con el suicidio. Y Franz prometió dedicarse a su madre, reparando así el error que cometió.

En cuanto a Henri Numiers no fue consultado. No poseía condiciones para razonar libremente y escoger el futuro. El mentor, no obstante, observó:

- En cuanto a ti, Henri, te aconsejo tomar nuevo cuerpo lo más pronto posible. Necesitarás completar la existencia que cortaste a los veintisiete años de edad. Necesitarás curarte de ese traumatismo que hace infeliz a tu ser espiritual, y no hay nada como la protección de un cuerpo carnal para corregir tal anormalidad. Necesitarás reconciliarte con Dios y contigo mismo, y el Dolor es el gran educador de nuestro carácter. Tú mismo trazaste tu destino el día en que te arrojaste desde una montaña para dejar de sufrir el dolor de vivir sin la mujer amada. Nada podemos hacer por ti. El suicidio tendrá que seguir su rumbo siniestro hasta que se extinga su último vestigio en tus vibraciones generales. "A cada uno le será dado según sus propias obras" - es necesario repetir siempre esta sentencia inalienable proferida por el Cristo de Dios. Serás hermano carnal de Louis a fin de que sea más fácil poder reconciliaros. Y como fuiste amigo de servir al prójimo, liberal, desprendido de los bienes terrestres, no obstante poseerlos, renacerás en condiciones financieras favorables para el confort que necesitarás en la difícil vida que deberás llevar.

Henri nada respondió. No tenía qué responder. Se inclinó al imperativo de la Ley. El mentor, no obstante, concluyó:

- Fue una pena que cometieras ese error. Fue el único que cometiste, además de la humillación inflingida a Franz Schmidt. Los demás deslices podrían ser tenidos en cuenta de la época brutal en la que viviste. Si no fuera por eso ahora estarías en condiciones felices ante la Ley de Dios.

Arnold Numiers fue traído a fin de ser aconsejado. Le pidieron que perdonase a Berthe por el amor de Dios y la dejase entregada a Su Justicia y no la persiguiese jamás, pues la venganza sería perjudicial para él mismo. Se rebeló y quiso agredirla con una navaja -la navaja de su hijo Henri, imagen mental que él llevó para el Más Allá- y fue necesario que ocultasen a Berthe, para que él no la perjudicase. Le pidieron entonces que reencarnase, para que sus sufrimientos fuesen aliviados, pues él, Arnold, no era malo, fue honesto, trabajador, merecía dominar los propios sufrimientos y eso estaba en sus manos a realizar. Que borrarse el deseo de la venganza que lo alucinaba, y admitiese el perdón, pues el odio lo cegaba, haciéndolo feroz.

Pero Arnold no acabó de escuchar la bella prédica que le hacían. Huyó del lugar... y su libre albedrío fue respetado.

Y todo fue hecho así.

Epílogo, La vuelta.

La reencarnación de un Espíritu aún no evolucionado, puede hasta incluso no ser percibida por él, según sea su atraso moral-espiritual. En ese caso, la reencarnación será realizada por la ley de evolución que impulsa siempre, naturalmente, hacia delante, hacia arriba, hacia el progreso, tal como se verifica en todas las cosas y hechos de la Creación Divina. Pero es siempre controlada y establecida por los mentores espirituales elegidos para el delicado servicio, especie de técnicos, de especialistas del asunto, auxiliados por el guardián de cada solicitante al retorno a la Tierra, y, por encima de todo, por la Ley Divina del Amor, Justicia y Caridad.

Así fue que, a fin de deliberar definitivamente sobre la reencarnación de nuestros personajes delictuosos, se reunieron esos técnicos para escoger lo que más les convenía, es decir, lugar de nacimiento, familia, clase de vida, posibilidad a probar etc..

Ese trabajo es siempre difícil de resolver, pues deben ser obedecidas invariables leyes divinas, pero entrando como factor importante el análisis de los méritos y deméritos de los reencarnantes. Olivier de Guzmán, que formaba parte de la comisión de investigaciones del medio ambiente familiar a ser escogido, indicó la familia de Guzmán d'Albret, de Francia, a la cual él mismo perteneció, para que Berthe de Sourmeville naciera de su sangre. Era una familia noble, honrada, austera, cuyos ejemplos serían lecciones diarias para ese pobre Espíritu que venía de errar en el seno de la familia. Berthe fue, por tanto, advertida de que podría vencer en el nuevo medio familiar, bastando sólo estar atenta al cumplimiento de los deberes que le serían indicados día tras día a través de ejemplos y advertencias. Que no se descuidase de los deberes para con Dios y del respeto a Sus Leyes, pues Arnold Numiers, desencarnado, constituiría un peligro para su paz, porque la odiaba, no

quiso perdonarle el crimen contra Henri, y podría perjudicarla si no moderase su odio, hasta incluso anulando su existencia con la obsesión. Antoine Thomas, se presentó voluntariamente para reencarnar con ella en calidad de hermano mayor, a fin de reconfortarla y guiarla en lo que fuese lícito ante sus deméritos, pues la victoria de Berthe dependería sólo de la obediencia a los postulados del Evangelio.

Antoine Thomas, reencarna, por tanto, en cierta familia bretona, en Francia, a la espera de Berthe de Sourmeville, y recibe el nombre de Víctor François Joseph de Guzmán d'Albret.

Entonces, en la misma reunión, se decidió que Louis Frederych de Stainesburg, y Henri Numiers, reencarnasen en la misma familia como hermanos gemelos, a fin de que los lazos fraternos corrigiesen, de una vez para siempre, las hostilidades que hacía siglos se repetían.

Preguntado si aceptaría ser hermano carnal de Louis, Henri respondió, llorando, que siempre lo consideró como hermano, y que la traición sufrida por el mismo, no llegó a odiarlo, porque Louis también sufrió mucho, amaba a Berthe desde la niñez, y él, Henri, sabía que estaba arrepentido del hecho practicado, pues, frecuentemente, oía las súplicas de perdón que el colactáneo dirigía a Dios en su favor. Sin embargo, Louis como causante de la desgracia de Henri, debería ayudarlo ahora, consolarlo, auxiliarlo en su calvario de suicida reencarnado, pues Henri sería un enfermo, un sufriente en testimonios continuados de humildad, resignación y fe en Dios. Y reencarnaron en la familia de Guzmán d'Ebreux. Estaban, por tanto, Berthe, Louis y Henri, por misericordia de la Ley Divina, unidos como hermanos y primos, ya que era tan grande el amor con el que se habían amado, con el fin de probar reajustes decisivos.

En cuanto a Ferdinand de Pracontal, no fue incluido en la relación en suma. Espíritu insumiso y voluntarioso, sin ser malo, sería obligado, seguramente, por la Ley de Progreso, y sus actos obedecerían al propio libre albedrío, emparejado con influencias malsanas de entidades afinadas con sus sentimientos bastardos. (*Ver el prólogo*).

Rómulo del Ambrozzini, Marie Numiers, Claire de Sourmeville y Olivier de Guzmán serían los tutelares de la pequeña falange en pruebas y testimonios en busca del perfeccionamiento moral-espiritual. Los demás habían vencido el drama del siglo XVI, pero delinquieron en la nueva etapa vivida en Flandes Occidental, con la excepción de Antoine Thomas, que, redimido, prefería reencarnar con el grupo delincuente con el fin de ayudarlos de algún modo.

Y así fue como se desarrollo un drama más en la Tierra, teniendo como escenario Francia, esa patria de todos, para la rehabilitación espiritual de pobres infractores de las leyes de Amor y de Justicia.

Estos fueron los acontecimientos que dieron causa al drama desarrollado en la provincia francesa de la Bretaña, y por mí observados en el ambiente etérico de Flandes Occidental, a través de mis facultades psicométricas espirituales.

En los días actuales todos los personajes de este drama están redimidos, bajo la inspiración inmortal de la Ley de *Amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo*.